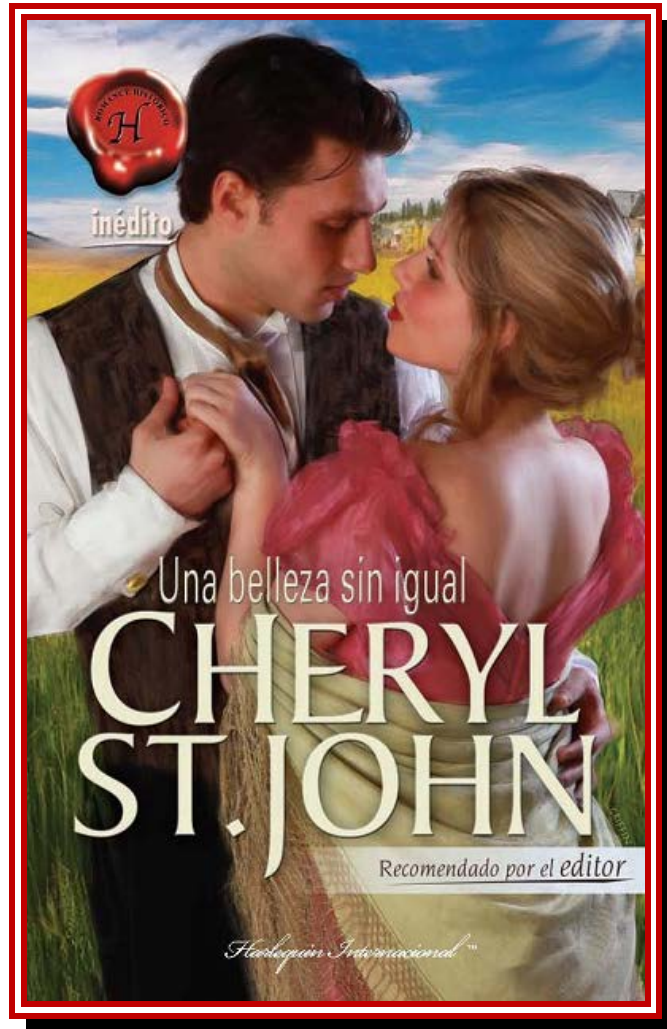


Una belleza sin igual

Cheryl St. John



Argumento:

El escándalo era lo menos conveniente en sus circunstancias

Elle Reed trabajaba en una casa de citas hasta que escapó de esa vida llena de peligros para acabar dando su consentimiento a un matrimonio de conveniencia. Sin embargo, no viviría mucho tiempo como una mujer respetable si no conseguía mantener su pasado y su corazón bajo siete llaves.

El amor era lo menos importante en el matrimonio para un hombre que había empezado de cero y tenía aspiraciones políticas. Nathan Lantry necesitaba una esposa adecuada para garantizar su elección y darle una madre a sus hijos. Aun así, el deseo hacia su bella esposa comenzó a ser irresistible, hasta que los secretos de su pasado empezaron a desvelarse...

Nota del editor

Era la criatura más bella que uno podía imaginar. Nacida en un burdel pero educada de la manera más exquisita y refinada. Era un artículo de lujo atesorado para el placer, pero también era una muchacha inocente, con todo el derecho a buscar una nueva vida.

Esta es la clave de la novela que nos permitimos recomendar: la sutileza con que Cheryl St. John nos describe el descubrimiento que hace su protagonista de las cosas esenciales de la vida. Es decir, el amor, el sentido del deber, la ternura, la lealtad... Por todo ello, esperamos que disfrutéis junto con nosotros de esta magnífica historia.

¡Feliz lectura!



Capítulo 1

Dodge City, Kansas, abril de 1873

La doncella de Elle acompañó al visitante hasta el comedor. Ella tendió su mano enguantada, él tomó los dedos un instante con una sonrisa inusualmente forzada y separó la silla. Su actitud era extraña, pero ella no mostró curiosidad ni preocupación. Se sentó a la mesa elegantemente puesta con platos con bordes dorados y cubiertos de plata, donde otras cinco parejas ya estaban charlando.

—El cielo estaba especialmente bonito hoy —comentó ella con un acento francés impecable—. Ha sido una tarde deliciosa para leer en la terraza.

—También hace una noche muy agradable —añadió él.

Él llevaba tres años acudiendo dos veces a la semana y su conversación durante la cena seguía centrándose en el tiempo y otros asuntos triviales. Sabía que estaba casado, pero nunca había dicho el nombre de su esposa, ni nada de su familia. Ansel Murdock tenía cuarenta y bastantes años, era accionista en el mercado de ganado y pertenecía a un club de caballeros y a la iglesia episcopal. Sin embargo, los lunes y viernes por la noche visitaba a Gabrielle Dubois o Elle, como la llamaban desde que tenía diez años.

Cenaron el pato asado y los espárragos al vapor, pero cuando sirvieron la *mousse*, ella bebió café mientras él se deleitaba con el postre. A ella nunca le servían postre, aunque lo probaba cuando nadie la veía.

Al terminar la cena, la doncella servía jerez en dos copitas de cristal. Ella solía subirlo a la habitación para beberse más tarde. Esa vez, él la acompañó y su impaciencia la puso nerviosa. Siempre era un caballero y nunca tenía prisa. Cerró la puerta y dejó la copa en una mesita junto al sofá.

—¿Quieres oír el fonógrafo?

—Gabrielle, tengo una mala noticia.

Ella se sentó sobre la tapicería de terciopelo azul y se colocó los pliegues del vestido de tul amarillo.

—¿Qué pasa, Ansel? ¿Estás enfermo?

Elle disimuló la preocupación y no frunció el ceño.

—Tengo una salud excelente, pero voy a tener que mudarme. Tengo una oportunidad que no puedo desperdiciar y... bueno, mi esposa quiere volver al Este ahora que nuestros hijos están en la universidad.

A ella se le cayó el alma a los pies, pero mantuvo una expresión agradable.

—Entiendo.

El señor Murdock disfrutaba en exclusiva de sus atenciones. Era generoso y ella no tenía más ingresos. Cuando él se marchara, la asignarían a otro caballero y si éste no era suficientemente adinerado o no quería tener la exclusiva, necesitaría a más de un visitante.

—Eres joven, Gabrielle —siguió él como si le hubiera leído el pensamiento—. Eres, con mucha diferencia, la mujer más hermosa de Dodge City y probablemente, de todo Kansas. No te faltará compañía.

Ella lo sabía muy bien. Se habían interesado otros hombres, pero el señor Murdock los había mantenido a raya.

—Tienes razón, claro. Espero que esta nueva época sea favorable para todos.

Ella siempre era cordial y afable. Apoyaba las opiniones de los hombres y satisfacía sus deseos. No se le notaron ni todas las preocupaciones que le rondaban por la cabeza ni su precario porvenir.

Ansel se acercó y le tomó la cara entre las manos, un gesto cariñoso muy poco habitual.

—Eres un tesoro, Gabrielle. Echaré de menos nuestras veladas.

—*Yo también —replicó ella—. Ma vie changera. Je crains demain autant que je regrette hier.*

Su vida iba a cambiar y temía el porvenir tanto como lamentaba el pasado.

—Unas delicadas palabras de amor, cariño —dijo él con una sonrisa—. Tengo algo para ti.

Muchas veces le llevaba un perfume o una joya, pero ese día no le había visto ningún paquete. Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una fina carpeta de cuero. La abrió y mostró una cartilla de ahorro. Se la enseñó y el saldo la dejó sin respiración.

—Es una cuenta en un banco. Pensé dártelo en efectivo porque es más prudente, pero, a largo plazo, esto es seguro. Tu dinero está a salvo y nadie puede quitártelo.

Elle miró la cartilla luego lo miró a él. Nunca le había dado dinero. Él pagaba discretamente y se salvaba la apariencia de su relación como amantes. Madame Fairchild pagaba a Elle como a todas las chicas después de haber descontado una asignación por la comida y la ropa. Las cuentas que pagaban los caballeros eran exorbitantes, pero el champán era caro y la costurera de Elle era francesa. Elle vivía rodeada de esplendor y comía con refinamiento, pero tenía muy poco dinero después de haber pasado cuatro años allí.

—Es para que tengas un respaldo. Algo que es solo tuyo y que nadie tiene que saberlo —él cerró la cartilla y se la dio a ella—. ¿Entendido?

Elle asintió con la cabeza. Nunca había tenido más que algunos dólares. Su cabeza empezó a dar vueltas por ese cambio y la repentina fortuna.

—Este dinero te vendrá muy bien cuando lo necesites. Guarda muy bien la cartilla.

Ella estrechó la carpeta contra su pecho, contra su corazón desbocado. Se le empañaron los ojos de lágrimas, giró la cabeza y parpadeó para secárselos.

—Gabrielle —él le levantó la cabeza con un dedo en la barbilla—. Consérvalo donde está mientras puedas ganarte la vida por tu cuenta. Ahora eres joven y hermosa, pero llegará un día en que ya no serás la muchacha más

deseable.

Lo sabía muy bien. Su madre tenía cuarenta y pocos años cuando murió, pero habría podido pasar por su abuela. Había oído hablar de mujeres que ya no estaban en el esplendor de su juventud y que habían acabado en burdeles y sitios peores. Ella vivía con el miedo a un destino parecido.

— ¿Lo entiendes?

— *Je comprends* — contestó ella asintiendo con la cabeza.

Él, satisfecho por haber aliviado su conciencia en lo relativo a ella, se quitó la chaqueta y la colgó del perchero.

— Sí, pequeña, voy a echarte de menos.

El señor Murdock se había marchado hacía más de una hora. Elle se había bañado y había cosido la cartilla en el bajo de un abrigo de terciopelo que solo se había puesto una vez. Como no podía concentrarse para leer, estaba mirando la chimenea apagada cuando llamaron tímidamente a la puerta.

Se levantó y quitó el pestillo.

— Celeste...

La menuda chica miró por encima del hombro para comprobar que no había nadie.

— ¿Puedo pasar?

Elle abrió la puerta y se apartó. La otra chica no había estado nunca en su habitación y abrió los ojos como platos al mirar alrededor y ver los muebles tan elegantes. No comentó nada.

Celeste ya se había lavado la cara para acostarse. Elle cerró la puerta e hizo una mueca al ver el labio y la nariz todavía abultados de la chica y que había disimulado cuidadosamente durante toda la semana. Tenía al pelo recogido en lo alto de la cabeza, un pelo teñido de negro porque *madame* Fairchild creía que las pelirrojas eran un perjuicio.

— ¿Estás herida?

Se toleraban algunas bofetadas y un puñetazo de vez en cuando y los sirvientes podrían haberle atendido las heridas si eso era lo que había pasado. No podía imaginarse el motivo para que hubiese ido a su habitación.

— No, pero ella deja que él vuelva — contestó la chica—. Como si nada hubiese pasado. Sabía que lo haría.

Elle asintió con la cabeza. También lo había sabido.

Celeste sacó un recorte de periódico de debajo del chal y lo desplegó.

— Mira esto.

Elle lo leyó.

Caballeros con recursos de Wyoming buscan jóvenes inteligentes y refinadas para casarse con ellas. Se facilitarán billetes de tren cuando se acepte el enlace.

—¿Qué es un enlace? —preguntó Celeste.

—Una unión.

—Estoy cansada de recibir puñetazos —el tono de Celeste indicó su decisión—. Me voy de aquí.

—¿Vas... vas a marcharte?

—Y no voy a mirar atrás —Celeste miró la expresión de Elle—. Me crié con un padre y una madre, Gabrielle. Tuve una familia. Fui al colegio e hice cosas como los demás, sé que esta casa no es vida para una mujer. Hay algo mejor. No me importa pasar hambre de camino a otro sitio. Me marché de aquí. Todos los cócteles de gambas del mundo no compensan un ojo morado o unas costillas doloridas los viernes por la noche. Ya he mandado un telegrama de contestación.

Elle miró fijamente el recorte hasta que los dedos le temblaron. Por primera vez, la posibilidad de marcharse era real. Quería cambiar como fuese su situación. Ansel Murdock iba a marcharse y su destino pendía de un hilo. Podía acabar sola y sin que la amaran, como su madre. Esa posibilidad le aterraba. Había salido algunas veces y se había dado cuenta de que no estaba lo suficiente curtida para aguantar la burla de la gente de la ciudad. Era aceptable que un hombre fuese a una casa de citas, pero no que una mujer trabajase allí. Además, tenía una cuenta en un banco a su disposición.

—Elle —dijo ella.

—¿Qué? —preguntó Celeste con el ceño fruncido.

—Me llamo Elle.

Sweetwater, Wyoming. Mayo de 1873

Nathan seguía desconfiando del plan de llevar jóvenes para casarse con ellas. Los consejeros territoriales le habían indicado firmemente que necesitaba una esposa para afianzar su imagen familiar si quería aspirar a presentarse a las elecciones a gobernador en otoño. La conversación había derivado a buscar novias y las miradas de seguidores estaban clavadas en él.

Leland Howard era el único hombre de Sweetwater que tenía una casa suficientemente grande para recibir a un grupo de gente en el que entraban todos los integrantes del ayuntamiento con sus esposas, todos los empresarios solteros y las novias recién llegadas. Los hombres habían decidido que la casa de Howard era el sitio indicado porque sería terreno neutral y no le daría ventaja a Nathan si las mujeres veían su casa antes de conocerlo.

—Aquella bajita es guapa —comentó Tom Bradbury.

Nathan la miró. Era una mujer diminuta, con el pelo muy negro y lacio y tez rosada. Levantó los ojos color avellana y miró a la multitud con una incomodidad evidente. Era demasiado tímida para ser la esposa del

gobernador. En realidad, no era el gobernador, todavía tenía que ver su nombre en la papeleta, pero una esposa era un compromiso para toda la vida. Necesitaba una que aportara algo en la campaña y en los años que desempeñara el cargo, por no decir nada de que fuera una buena compañía para toda su vida. Se dio la vuelta para mirar hacia la mesa del bufé. Cuando volvió a mirar hacia la reunión, se fijó en un grupo de hombres que estaban muy juntos. Seguro que era otra conversación acalorada sobre dejar de emplear la plata para acuñar monedas. Los dueños de minas o de acciones habían discutido largo y tendido la ley con al presidente Grant. Uno de los hombres también se fijó en Nathan y retrocedió un paso para que se acercara. Otro lo imitó y Nathan se unió al grupo. Una vez allí, se encontró con la criatura más impresionante que había visto en su vida. El vestido rosa le dejaba los hombros al descubierto. Tenía una piel de color marfil y tan suave como si fuera de nata. El pelo dorado con reflejos caoba le caía como una cascada sobre los hombros. Estaba contestando algo que había preguntado un hombre cuando debió de darse cuenta de algún cambio en el ambiente. Fue mirando a todas las caras hasta que llegó a la suya y le clavó unos ojos azules y brillantes como el agua de un lago de las montañas. Los pómulos altos y las cejas elegantemente arqueadas le daban un aire de delicada sofisticación, pero la boca...

La reacción visceral a esa mujer lo sorprendió como no podría haberlo hecho otra cosa. Sus labios carnosos le evocaron imágenes sensuales y le crearon una docena de fantasías disparatadas en la cabeza. Ni siquiera pudo tomar aliento. Sintió una opresión muy fuerte en el pecho.

—Nathan, te presento a la señorita Elle Reed de Illinois. Señorita Reed, el señor Lantry —los presentó Leland.

Ella le ofreció la mano.

—Es un placer, señor Lantry.

Su voz era más profunda de lo que se había imaginado, la dicción impecable y el tono sensual sin ser vulgar. Él le tomó la mano enguantada, pero pudo imaginarse una piel cálida y delicada.

—El placer es mío, señorita Reed —Nathan miró a los hombres—. ¿Ha podido comer algo?

—Todavía, no. Tengo un poco de hambre.

Los demás captaron la indirecta y se alejaron. Nathan le ofreció el brazo y la llevó hacia el bufé.

—Es muy poco frecuente disfrutar de la compañía de jóvenes tan bellas por esta parte del país. Estos hombres la acapararían toda la noche si se lo permitiera.

—Todo el mundo ha sido muy amable hasta el momento. Nos han dado unas habitaciones magníficas en el hotel. El personal es muy atento y la comida buena.

Él le entregó un plato y tomó otro. Ella se sirvió un trozo diminuto de pastel de ternera y unos dátiles. Luego, se quedó mirando los flanes de nueces

más tiempo del necesario para elegir uno.

—¿Pasa algo? —le preguntó él.

—No —contestó ella con una mirada de cierto bochorno—. No suelo comer postre. Estos tienen un aspecto irresistible.

Ella tomó una paleta de plata y eligió dos. Nathan tomó un tenedor y se lo entregó a ella.

—¿Le gustaría sentarse?

—Sí —contestó ella aunque siguió dando la vuelta a la mesa.

Pasó de largo los diminutos sándwiches, fue directamente hasta los pastelillos rellenos de crema y tomó uno con las pinzas de plata. Luego, se sirvió un bombón de chocolate recubierto de azúcar glaseada.

Él la llevó al jardín iluminado con antorchas y le indicó un banco de piedra. La señorita Reed se sentó y se alisó la falda. A él le gustó que se comportara con elegancia y seguridad. Le gustaba todo de ella; su cuello esbelto y la suave piel que podía verse por encima del borde del escote, donde un pequeño estuche de oro resplandecía a la luz de las antorchas. Su cintura era increíblemente estrecha.

—Exquisito —comentó ella después de probar el flan.

Él no pudo disimular la sonrisa. Tenía medio plato lleno de dulces.

—¿Sabe cocinar, señorita Reed?

Ella arrugó la frente por la preocupación, pero fue un gesto muy fugaz.

—La cocina no entró en mis estudios, pero aprendo enseguida si hace falta. ¿Cocinar es un requisito para una esposa en Sweetwater?

—Le pido perdón. Mi pregunta ha sido un torpe intento de entablar conversación. Estoy seguro de que podría aprender a cocinar. Apostaría que a la mayoría de los hombres que hay aquí esta noche les da igual los conocimientos de cocina que tenga.

Ella dejó su plato sobre el regazo y lo miró con curiosidad.

—¿Usted busca esposa, señor Lantry?



Capítulo 2

Él había participado en esa iniciativa porque Sweetwater necesitaba más mujeres. Había atendido a las recomendaciones del consejo, pero no se había comprometido. Ya había tenido una esposa y no había pensado en tener otra. Una mujer no había sido prioritaria durante los dos últimos años, pero... había conocido a esa mujer.

—Mis compañeros del consejo territorial creen que una esposa daría cierta sensación de estabilidad y transmitiría la imagen de una familia sólida cuando me presente a la elección.

Los ojos azules de ella lo miraron con interés evidente.

—¿A qué elección?

A él le pareció que detrás de esa superficie deliciosa había algo más que una joven hermosa y segura de sí misma.

—De gobernador de la comarca. Quizá, algún día, del Estado.

—¿Y usted? ¿Qué piensa usted? —le preguntó ella.

Esa vez, ella lo preguntó en un tono muy delicado.

—Tengo hijos. Una influencia refinada les sentaría muy bien.

—¿Hijos? ¿Es usted viudo?

—Sí.

—Mis más sinceras condolencias. ¿De cuántos tiene que ocuparse?

—De tres.

Aquello empezaba a parecerse a una entrevista y, efectivamente, podía serlo. Él supuso que esa señorita con el pelo color caoba podía elegir a cualquier hombre de los que estaban allí.

—¿Por qué una joven encantadora como usted ha contestado al anuncio y se ha venido al Oeste? No me parece una aventurera.

—No, creo que no lo soy. Mi amiga Celeste ya había mandado un telegrama y me pareció normal acompañarla. Empezar de cero era preferible a las perspectivas que tenía en mi ciudad.

—¿Ha dejado familia?

—No. Mis padres están muertos. No tengo familia.

—Eso es una desgracia.

Nathan lo dijo sinceramente, porque le pareció que ella era demasiado joven para tener que tomar decisiones trascendentales. Sin embargo, se comportaba con una seguridad en sí misma muy sofisticada.

—Es evidente que es una mujer de ciudad. Esta tierra está muy poco civilizada. Nuestra vida social no es como la que usted está acostumbrada a

llevar.

—Se sorprendería si supiera a lo que estoy acostumbrada —replicó ella bajando la mirada.

Ella tomó aliento, lo que hizo que él se fijara en los pechos que se escondían debajo de la tela rosa, y se quitó unas migas inexistentes de la falda.

—Se me dan bien las cuentas y puedo llevar una contabilidad —siguió ella—. Sé leer música y toco bien el piano. Habló francés con fluidez y sé bordar. Tengo conocimientos y puedo enseñar distintas asignaturas si algún niño necesita mi ayuda.

Él seguía pensando que esa joven hermosa e inteligente podía elegir marido en Illinois. Le parecía asombroso que hubiera dejado su entorno familiar y que hubiera viajado a Wyoming con la intención de casarse.

—Estoy impidiéndole que coma cuando quería haber evitado que otros lo hicieran. Por favor, disfrute.

Ella le sonrió con agradecimiento, tomó el pastelillo relleno de crema y lo mordió levemente.

—Maravilloso —dijo ella con un agrado evidente.

—¿Quiere una taza de té? —le preguntó él a cabo de unos minutos.

—Estaría bien... pero...

—¿Qué?

—¿He visto champán?

Él tuvo que hacer un esfuerzo para no arquear las cejas. Era un cambio estimulante en comparación con la mayoría de mujeres abstemias que él conocía.

—Le traeré una copa.

Él volvió con dos copas y ella aceptó una dándole las gracias.

—Nunca me había dado el placer de satisfacer mi afición por los dulces y discúlpeme por haber parecido una glotona.

—Al contrario. Tiene muy poco apetito —replicó él sentándose a su lado—. ¿En su ciudad no había pastelillos rellenos de crema?

—En el colegio para señoritas de la señorita Haversham no nos dejaban comer nada que pudiera estropear nuestra figura.

Efectivamente, todas las jóvenes que él había visto hasta el momento estaban demasiado delgadas.

—Todas las personas se merecen un capricho de vez en cuando —comentó él con una sonrisa.

Ella dio un sorbo de champán como si estuviera acostumbrada a su sabor.

—¿Cuántos años tienen sus hijos? ¿Son chicos o chicas?

—Christopher es el mayor y tiene seis años. Grace...

—Vaya, la hemos encontrado, señorita Reed —William Pickering eligió ese momento para aparecer con un grupo—. Observo que Nathan tiene cautiva a nuestra invitada.

Elle miró a Nathan como si se disculpara y se levantó.

—Yo me ocuparé del plato —se ofreció él.

Ella se lo entregó y lo miró con una expresión casi suplicante, antes de levantar la barbilla y darse la vuelta para alejarse con los demás.

William le tocó el codo y algo oscuro y primitivo se despertó dentro de Nathan. Luego, presentó a Elle a otros tres jóvenes y todos entraron en la casa.

Él se quedó con un vacío desconocido en las entrañas. Era extraño que le hubiera afectado y alterado tan profundamente.

—Una noche preciosa.

Nathan no se había dado cuenta de que tenía la mirada clavada en el grupo hasta que oyó una voz femenina detrás de él.

—Nunca había visto tantas estrellas —siguió ella—. Nunca he pasado mucho tiempo mirando al cielo para verlas, pero en la ciudad no son tan brillantes.

El pelo moreno de la mujer estaba recogido en un moño muy elaborado y unos rizos le colgaban a los lados de la cara. Su vestido claro resplandecía a la luz de las antorchas. Lo miró con unos ojos muy oscuros y le sonrió con un sorprendente aire seductor.

—¿Eres Nathan Lantry?

—Sí —él quería seguir a Elle para cerciorarse de que los perros de presa no la devoraban—. ¿Tú eres...?

—Lena Kellie.

—Encantado de conocerte.

—Creo que este pueblo habría podido necesitar una docena más de mujeres.

—Se necesita ser de una pasta muy especial para aguantar aquí.

—¿Crees que las chicas de la señorita Haversham servirán?

—Parece que los hombres opinan que sí.

—¿Y tú? —ella lo miró descaradamente a los ojos—. ¿Estás buscando novia?

No la había buscado hasta hacía media hora.

—Es posible.

Ella le apoyó una mano en la manga y volvió a mirarlo a los ojos.

—¿Ya has visto algo que te guste?

A él no le había agradado su acercamiento. Había visto a alguien que le gustaba mucho.

—¿Quieres una copa de champán?

—Sí, gracias.

—Acompáñame adentro.

La última vez que Elle pudo respirar tranquilamente fue hacía una hora, en el jardín. Desde entonces, la habían mirado como bobos, le habían sonreído, habían hablado de ella cuando los hombres creían que no estaba prestando

atención y había comido tantos pastelillos rellenos de crema que iba a reventar las costuras del vestido. Cuando aquellos hombres descubrieron su afición por los postres, todos, uno detrás de otro, fueron llevándole un dulce.

¿Hasta cuándo iba a durar esa subasta de ganado tan civilizada? Dos hombres se habían declarado al presentarse y otros tres le había pedido la mano después de algunas galanterías. Nunca se había imaginado que encontrar marido fuese tan fácil. Sin embargo, ¿cómo podía elegir?

El más joven, el que tenía una sonrisa tímida y patillas claras parecía el más seguro y el más entrañable. Era algo aniñado y la juventud e inocencia tenían cierto encanto. El mayor parecía el más adinerado y eso era algo digno de tener en cuenta. La edad no tenía mucha importancia si un marido era un buen hombre. Sin embargo, la mejilla se le contraía con una mueca cada dos por tres. Independientemente de lo rico que fuese, tendría que aguantar esa peculiaridad durante las cenas de los próximos treinta o cuarenta años.

Celeste parecía a gusto con un hombre alto que, según le habían dicho, tenía un rancho. Tenía una mirada amable y una sonrisa cálida, pero ella sabía muy bien lo engañosas que podían ser las apariencias. Era imprescindible que Celeste encontrara a alguien atento y a Elle le gustaría poder estar segura de que él lo era.

La conversación se convirtió en un zumbido alrededor de ella y ya hacía un calor incómodo en la habitación. Miró al círculo de hombres para buscar una escapatoria y vio a Nathan Lantry. Estaba como un faro inmutable en medio de una galerna. Aunque todos los hombres vestían de una forma parecida, Nathan llevaba el traje oscuro y la camisa blanca con una elegancia que resaltaba su estatura y la anchura de sus hombros. Tenía los pómulos marcados y las cejas oscuras eran tajantes, pero sus ojos amables y los labios bien delineados suavizaban su aspecto.

—Discúlpeme —le pidió a su pretendiente más cercano para dirigirse hacia Nathan.

Lena estaba con él y al verla acercarse su expresión adoptó un aire depredador. Se acercó un poco más a Nathan y la miró con recelo.

—¿Todo va bien? —preguntó Elle en un tono sereno.

—Muy bien —contestó Lena, aunque miró hacia otro lado.

—Tengo que preguntar una cosa al señor Lantry —Elle se dirigió a él—. ¿Podría hablar un momento con usted?

—Naturalmente —él miró a Lena—. Discúlpanos.

Él la llevó a un amplio pasillo con las paredes forradas de madera y cuadros enormes de paisajes y escenas de caza. Había mesitas con paños bordados que tenían candelabros y baratijas.

—¿Qué pasa, señorita Reed?

—¿Conoce al ranchero que se llama Adams?

—¿Paul Adams? Sí, lo conozco. ¿Está pensando en casarse con Adams?

—No, pero mi amiga Celeste está pensando en aceptarlo —a ella le pareció

captar cierto alivio en sus elegantes facciones—. Sin embargo, quiero estar segura de que es digno de confianza, de que no es violento.

Él arqueó las cejas con sorpresa, pero contestó inmediatamente.

—Paul es un buen hombre. Honrado y trabajador. Que yo sepa, trata bien a sus empleados. El verano pasado se construyó una casa en la zona sudoeste de sus tierras. No está lejos de la ciudad.

—¿Cree que será un marido respetuoso?

Sus miradas se encontraron durante más tiempo del que él necesitaba para contestar. Elle sabía cuándo atraía a un hombre, pero ésa fue la primera vez que sintió una reacción positiva a su interés. Se sintió inexplicablemente a salvo con él.

—No tengo motivos para pensar lo contrario —contestó Nathan mirando hacia otro lado.

—Gracias.

Era evidente que Nathan Lantry estaba incómodo. Él no sabía nada sobre ella, por eso, la súbita vergüenza que sintió no se debió a que él la censurara. Tenía que haberse equivocado al creer que había vislumbrado algún interés por su parte. Elle se dio la vuelta hacia la puerta.

Nathan no debería sentirse defraudado porque ella solo hubiese querido preguntarle algo por el bien de su amiga. ¿Qué había esperado? Elle Reed, además de hermosa, era ilustrada, educada y elegante. Su preocupación por su amiga lo había conmovido. Sería un necio si no la considerara la pareja idónea para un hombre de su posición. Además de sus virtudes externas y más evidentes, era bondadosa y podría ser una influencia beneficiosa para sus hijos.

—¿Y usted? —le preguntó él antes de que pudiera marcharse del pasillo.

—¿Yo...? —preguntó ella dándose la vuelta.

—¿Se ha fijado en alguien? ¿Quiere preguntarme por alguien para usted?

Ella volvió a acercarse unos pasos sin contestar.

—¿Alguien le ha hecho una proposición? —insistió él.

Elle asintió con la cabeza.

—¿Quién?

—El dueño del periódico.

—Lewis Frost.

—Sí. El rancho de South Pass. Tiene tierras que dan al valle.

Nathan no pudo imaginársela en un rancho.

—El señor Pickering —siguió ella después de pensarlo un poco.

¿Tres? William Pickering no era un mal hombre, pero pasaba en el bar las noches de los viernes y los sábados.

—Y unos cuantos más —añadió ella.

¿Seis? ¿Ocho? Naturalmente, no le extrañaba. Todos los hombres de la reunión la habrían considerado tan apetecible como lo había hecho él. Un trofeo así no se presentaba todos los días. Ni siquiera una vez en la vida. Sin embargo, no iba a precipitarse y casarse otra vez para que una mujer quedara

insatisfecha. Su esposa no supo lo que hacía cuando se casó con él y se fue al Oeste. Hizo todo lo que pudo, pero el noviazgo fue breve, no se habría casado con él si hubiese sabido todo lo que significaba, y nunca fue realmente feliz.

Sin embargo, Elle Reed había ido al Oeste voluntariamente. Pensaba casarse con uno de los hombres que se lo pidiera esa noche. No sabía qué tal le iría con uno de los demás, pero él la trataría como merecía una dama. Haría bien en casarse con él. Podría aprender a amar a sus hijos y ellos a ella. Se le aceleró el pulso. Con un ímpetu que lamentaría más tarde, buscó las palabras adecuadas.

—Sería un honor para mí que me incluyera en la lista de pretendientes, señorita Reed.

Los ojos azules de ella tintinearón a la luz del farol de gas que colgaba de la pared. Él sintió algo en las entrañas, como si hubiese saltado desde un acantilado. Quizá lo hubiese hecho.

—¿Usted, señor Lantry?

—Estoy pidiéndole la mano. Seré un buen marido. Tengo alguien que me ayuda con mis hijos y una cocinera, de modo que no se lo pido para que haga las tareas domésticas.

Ella escuchó sin reaccionar visiblemente.

—Se lo pido porque creo que podríamos formar una relación satisfactoria para los dos.

Ella no apartó la mirada de la de él.

—Entiendo.

¿Habría dicho lo suficiente para convencerla de que era la mejor elección?

—Soy el abogado de la ciudad y tengo tres lucrativos negocios. Mis hijos y yo asistimos regularmente a la iglesia, formo parte del consejo municipal y no...

—Acepto.



Capítulo 3

Él parpadeó como si quisiera asimilarlo y, con toda certeza, pareciendo un necio.

—Así de sencillo.

—No es una decisión complicada.

¿Debería sentirse halagado? Nathan soltó la respiración. Estaba aliviado. Más aliviado de lo que parecía lógico por la situación. No había conocido a Elle Reed hasta aquella noche. No le habría partido el corazón si hubiese elegido a Lewis Frost o a William Pickering, pero supo inmediatamente que se habría arrepentido si hubiese dejado pasar la ocasión sin intentarlo.

—Le doy mi palabra de que no la defraudaré.

Ella sonrió, pero no se notó en sus ojos, que reflejaban cierta preocupación... aunque sus palabras la desmintieron.

—No lo dudo.

—La ciudad costea las habitaciones del hotel hasta el final de la semana — le explicó él—. Si necesita tiempo para planear la boda... o adaptarse, me ocuparé de que conserve su habitación.

—Solo conozco a cuatro personas que podría invitar a una boda y no sabría por dónde empezar a organizarla. Puedo resolverlo si quiere, pero no por mí, por favor. Bastará con una pequeña ceremonia.

—Entonces, yo me encargaré —se ofreció él—. Me imagino que el oficiante estará ocupado después de esta noche.

Elle no tenía fantasías de colegiala sobre una boda en la iglesia y un vestido de satén blanco. Casarse con Nathan Lantry era lo mejor que podía hacer para asegurarse el porvenir. Lo habría hecho en una carreta en medio de una tormenta de arena si hubiese hecho falta.

Se oyeron unos pasos y Lena apareció por la puerta que daba al pasillo. Clavó la mirada en Nathan y se dirigió directamente hacia él.

—Echaba de menos tu compañía.

—¿Lo anunciamos ahora? —preguntó Nathan a Elle.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Un anuncio... ? —le preguntó Lena a Elle con el ceño fruncido.

—He aceptado la petición del señor Lantry —susurró Elle.

—Debería habérmelo imaginado —replicó la otra mujer en tono despectivo, antes de volver a la sala.

Nathan apoyó la mano en la espalda de Elle y la llevó hasta un sitio destacado entre la ruidosa reunión. El inocente contacto le pareció

tranquilizador y dominador a la vez. Él encontró a Leland Murdock y se inclinó para decirle algo en voz baja. Las cejas de Leland se elevaron como impulsadas por un resorte, sonrió a Elle y se dirigió a la multitud.

—¡Atención, por favor!

Se hizo un murmullo seguido por un silencio expectante.

—Tenemos un primer anuncio —comunicó Leland.

Se oyeron más murmullos y Leland le hizo un gesto con la cabeza a Nathan. Nathan dio un paso al frente.

—Creo que voy a ser el primero —Nathan fue mirando todas las caras—. He pedido a la señorita Elle Reed que sea mi esposa —se hizo un silencio sepulcral—. Ella ha aceptado.

Se oyeron vítores y algunos gruñidos, que eran de esperar. Celeste se abrió paso para llegar hasta Elle y la abrazó con todas sus fuerzas.

—Me alegro mucho por ti.

El ranchero alto y delgado que Nathan había llamado Paul Adams también se abrió paso y se quedó en medio del círculo.

—Yo tengo otro anuncio que hacer.

—Adelante, Paul —le animó Leland.

Paul se sonrojó, pero tomó aliento.

—Voy a casarme con Celeste, con ella.

Se dio la vuelta para mirar a Celeste y ella le tomó la mano y sonrió de oreja a oreja.

Al cabo de una hora, otras cuatro mujeres se habían prometido. Casi todas habían encontrado pareja, excepto Lena. No había sido porque no se lo hubiesen pedido, pero ella, evidentemente, estaba reservándose para una oferta mejor. Elle, por su parte, nunca tendría una oportunidad mejor que la que tenía en ese momento.

El novio de Elle organizó la ceremonia para el sábado por la tarde. Otras dos parejas iban a casarse el mismo día por la mañana. Elle asistió a las dos ceremonias, una en el juzgado, un pequeño edificio al lado de la oficina del *sheriff*, y la otra en la iglesia metodista. Después de la recepción, informal y conjunta, volvió apresuradamente al hotel para prepararse para su boda.

Aunque Celeste se había casado unas horas antes, su marido y ella se quedaron para la boda de Elle, que se celebraría en la iglesia a la que pertenecía Nathan. Elle sintió un alivio inmenso cuando oyó que llamaba a la puerta y la abrió para que entrara.

—¿Te lo habías imaginado? —le preguntó Celeste—. ¿Te habías imaginado en tus fantasías más disparatadas que nos casaríamos?

—No —contestó Elle—. Y menos que nos casaríamos con ciudadanos destacados y que podríamos pasear por la ciudad sin que se burlaran de nosotras. Esta mañana, cuando iba a tu ceremonia, me saludaron educadamente

como media docena de veces.

—Tenemos regalos de boda —comentó Celeste en un tono extasiado mientras abotonaba el vestido de Elle y le cerraba el collar de perlas—. Colchas, platos y cosas así. Paul tiene familia por los alrededores. ¿Los has visto en el juzgado?

Elle se dio la vuelta para mirarla con la esperanza de que Paul Adams fuese el hombre que había descrito Nathan.

—Acudirás a mí si él es... desagradable, ¿verdad? Tengo algo de dinero y puedo pagarte un hotel o un billete de tren.

—Sí, pero no te preocupes. Paul es un buen hombre, Elle —su sonrisa vaciló—. Todas estamos haciendo lo que teníamos que hacer, pero también podríamos aprovecharlo al máximo. Cuando haya pasado esta noche, podré ocuparme de todo lo demás.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Elle.

—La primera vez deberíamos ser unas inocentes vírgenes.

—Ah, es verdad.

Elle también había pensado en la noche que se avecinaba, pero no le había dado muchas vueltas.

—Grita un poco —le aconsejó Celeste— y no parezcas ansiosa. Ahora somos unas buenas chicas.

—Lo recordaré.

—¿Por qué crees que Lena está reservándose? —le preguntó Celeste para cambiar de tema.

—No le hizo gracia que Nathan me pidiera que me casara con él. Eso fue evidente.

—Tu hombre es uno de los más ricos de la zona. Seguramente le costó digerirlo.

A Elle le gustó que se refirieran a Nathan como «su hombre».

—Como Lena no pudo conseguirlo, seguramente quiera quedarse con el siguiente más rico. Me alegro de que el mío sea amable. No voy a tener que preocuparme de cocinar o limpiar o ayudar con las tareas del rancho mientras a Paul no se le agrie el carácter...

Elle miró el reloj y empujó a Celeste hacia la puerta. Paul estaba esperando en el vestíbulo del hotel con el sombrero en la mano.

—El señor Lantry le ha mandado un carruaje —le dijo él señalando hacia la puerta—. Incluso, nos ha invitado a la recepción.

Efectivamente, un carruaje negro tirado por dos preciosos caballos color caoba esperaba en la calle.

—Hay sitio para los tres —comentó Elle.

Las tres únicas bodas a las que había ido en su vida se habían celebrado el mismo día y nunca había pensado haber asistido a ninguna de ellas, sobre todo, a la suya. Quería morderse las uñas mientras los tres recorrían la ciudad, pero dominó los nervios cuando Paul la ayudó a bajarse y acompañó a las dos

mujeres hasta la puerta.

Una vez dentro, la luz del atardecer entraba por las vidrieras e iluminaba representaciones de Cristo en distintas escenas. Una de ellas, en un jardín, proyectaba una sombra verde hasta los pies de Nathan, que estaba al final del pasillo. Tres niños, vestidos con sus mejores galas y colocados por orden de estatura, alargaron el cuello para ver cómo se acercaba Elle. Ella sonrió vacilantemente a los tres. Estaba feliz y sentía un vacío en el estómago a la vez. Era el mejor día de su vida, pero no sabía nada de niños... ni de ser una esposa.

Nathan, muy elegante, llevaba unos pantalones negros con rayas grises, una chaqueta también negra y una camisa blanca inmaculada con una pajarita también blanca. Al verlo así, la realidad se hizo patente. Estaba entregándose a ese hombre increíblemente apuesto y que era un desconocido. Él, a cambio, estaba uniéndose, con sus hijos, a una mujer de la que no sabía nada y, aun así, la aceptaba. Iba a hacer todo lo posible para estar a la altura de sus expectativas y su confianza, iba a entregarse de corazón para que él la quisiera y el matrimonio saliera bien. Ese acto iba a salvarla de una vida de esclavitud y de un porvenir desolador. Él nunca se arrepentiría de haberla tomado como esposa. Iba a conseguir que fuese un hombre feliz.

Cuando vio su nueva casa, Elle se quedó sin aliento. En la penumbra, vislumbró una casa de ladrillo con tres pisos entre robles enormes y rodeada de césped. Detrás, y a un costado, estaba la cochera con unos faroles encendidos en las dos esquinas.

Nathan ayudó a Elle y a los niños para que se bajaran y un hombre curtido acudió para llevarse el carruaje con los caballos.

Las ventanas del piso inferior estaban iluminadas. Algunos carruajes y carretas habían llegado antes y, al parecer, sus ocupantes ya estaban dentro. Una mujer, que Nathan le había presentado como Virginia Shippen, tomó al pequeño Robby de la mano cuando se acercaron a la casa. La mujer, baja y afable, era unos veinte años mayor que ella. El niño de tres años no dejaba de mirar a Elle con curiosidad, pero apartaba la mirada cuando ella le sonreía.

Grace, de cuatro años, observaba a Elle en silencio. Durante el paseo en coche, había mirado fijamente el pequeño bolso que llevaba. Tenía dos trenzas rubias que fueron rebotando contra el vestido cuando echó a correr hacia la puerta de la casa.

Christopher, el hijo mayor de Nathan, tenía una expresión seria, pero se adelantó para abrir la puerta a Elle.

—Esta es nuestra casa —le comunicó con solemnidad.

Su pelo era más moreno que el de sus hermanos y lo llevaba peinado con una raya impecable. Una vez dentro, la miró y ella pudo comprobar que tenía los ojos color avellana con unas pestañas largas y muy negras.

—Gracias, Christopher.

Él se sonrojó y miró hacia otro lado. Se acercó una mujer con un vestido negro y delantal blanco, que se hizo cargo de los sombreros y prendas de abrigo. Elle solo llevaba una cinta de encaje veneciano y una peineta de nácar y se la dejó puesta. Estaban en el recibidor, iluminado por una lámpara de techo de gas, y se oían las voces y la música que salían de una puerta abierta a la derecha.

—Papá, ¿podemos quedarnos a la fiesta? —preguntó Christopher.

—Claro —contestó Nathan—. Es una noche especial. Os doy una hora para que saludéis a los invitados y comáis algo. Luego, la señora Shippen os acostará y yo iré a arroparos.

El rostro de Christopher se iluminó con una sonrisa que desveló dos hoyuelos encantadores en las mejillas. Robby extendió los brazos hacia su padre y él lo tomó en brazos.

—Me imagino que estarás un poco aturdido por todo el día de hoy, ¿verdad?

El niño apoyó la cabeza en el hombro de Nathan, quien le dio unas palmadas en la espalda y posó su cabeza sobre la de su hijo. Elle observó la escena con interés.

Nunca había visto a un hombre relacionarse con sus hijos y sintió una triste añoranza. No había conocido el amor o los cuidados de su padre. Dudaba que su madre hubiese sabido quién era y si lo había sabido, él no había reconocido a Elle. Esos niños eran unos privilegiados no solo en el sentido económico. Tenían un padre que los amaba, un hombre que representaba un papel en sus vidas y que se preocupaba por ellos. Ella también sería receptora de su cariño y atenciones. Nunca había deseado tanto un cambio. Se estremeció al pensarlo.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Nathan.

—No, nada.

—Entonces, ¿vamos a saludar a nuestros invitados?

Aparte del cariño de Nathan hacia sus hijos, tenía que asimilar muchas cosas a la vez; el tamaño de la casa y los preciosos muebles; los invitados, muy elegantes, que los rodeaban o se paraban para felicitarlos; cómo lo miraban las personas de su categoría y lo honraban al asistir a su boda.

También habían asistido todas las chicas que la habían acompañado al Oeste, todas menos una. Elle supo instintivamente que las habían invitado y aceptado como sus amigas independientemente de la posición de sus nuevos maridos.

—Gracias por invitar a Celeste y a las otras chicas —le dijo ella durante un instante que estuvieron solos.

Él le había dado una copa de champán y le había sonreído después de que diera un sorbo. Ella notó que las mejillas le abrasaban por el gesto.

—Tus amigas son bien recibidas, naturalmente.

Ella no podía entender por qué su delicadeza la había avergonzado. Hacía

muchos años que no se ruborizaba y él solo le había sonreído.

—No... no he visto a Lena.

—Le mandé una invitación para que viniera con un acompañante —le explicó él—. Declinó. Siento que te haya desdeñado.

—No somos muy amigas —replicó ella encogiéndose de hombros.

—Tu amiga Celeste estará a menos de una hora a caballo de Sweetwater. Lo organizaré para que puedas ir a visitarla cuando quieras. Ya sé que las dos tendréis que adaptaros a vivir en un sitio nuevo.

—Eres muy amable —dijo ella sin salir de su sorpresa.

Él miró hacia otro lado como si estuviera pensando, pero volvió a mirarla.

—Quiero que seas feliz.

El tono cálido de su voz y esas palabras dirigidas solo a ella, hicieron mella en la capa de dignidad distante que se había creado para protegerse. El calor que había sentido en las mejillas se extendió por el pecho y le atenazó el corazón. A nadie le había importado su felicidad. No sabía cómo reaccionar ni cómo creerlo, pero quería hacerlo y deleitarse con ese privilegio. Aunque hubiese sabido qué decir, no habría podido decirlo. Por primera vez, se preguntó por su esposa anterior, por la mujer que había amado. Si era tan atento con ella, una mujer que acababa de conocer, ¿cómo sería que la amara un hombre así? ¿Qué se sentiría con un amor así?

Inmediatamente, dejó a un lado las fantasías. Había ido a Sweetwater con la intención de ser respetable y encontrar un refugio seguro. No iba a soñar. Se conformaba con ganarse el respeto de Nathan y de la comunidad. Sobre todo, quería ser digna de él y merecer su confianza.

Una pareja se acercó y Nathan le presentó a Eldon y Rowena Templeton.

—Tengo entendido que eres de Illinois —comentó Eldon—. ¿Cómo es la tierra en esa parte del país?

—Es verde, con campos exuberantes y ríos sinuosos —contestó ella como si lo conociera.

Había oído hablar del paisaje de Illinois a un hombre durante una cena en casa de *madame* Fairchild. Ella solo conocía las praderas llanas, secas y rebosantes de ganado de Kansas y hasta eso lo había visto a través de las ventanas cerradas y con barrotes.

—Parece precioso —intervino su esposa—. Ya sé que Nathan se alegra de que hayas elegido venir a Wyoming, pero tiene que ser un cambio considerable para ti.

—Es un cambio muy grande y para bien.

—Eres un hombre afortunado, Nathan Lantry —le dijo Rowena con una sonrisa.

—Sí, es verdad —reconoció él.

Nathan miró a Elle y ella le sonrió como habían esperado sus amigos. Él le rodeó la cintura con el brazo y ella se recostó en él. Se quedaron así hasta que ella miró hacia otro lado.

Se sentía cansada después de conocer a tanta gente y ser el centro de atención, pero lo disimuló, como las emociones. Cuando los invitados fueron marchándose poco a poco, Nathan le dijo que podía excusarse y subir a su habitación.

—Es la última habitación a la derecha —le explicó él—. Me temo que no te han deshecho el equipaje, pero tendrás mucho tiempo para organizarte durante los próximos días.

Subió las escaleras, dejó los murmullos atrás y encontró la habitación que le había indicado. Unos quinqués iluminaban plácidamente el abundante espacio y ella se preguntó quién habría hecho los preparativos. ¿Habría sido la mujer con vestido negro y delantal blanco que les abrió la puerta?

Sus seis enormes baúles estaban alineados contra una pared y fue abriéndolos para buscar los cepillos, camisones y cosas de aseo. Habían puesto una palangana con agua y unas toallas en un lavabo que había detrás de un biombo pintado con pavos reales y flores orientales. Elle estaba muy acostumbrada a desabotonarse el vestido, se lo quitó y lo colgó del biombo antes de quitarse también la ropa interior. Se lavó con un paño grueso y su fragante jabón y luego se secó. Después de aplicarse glicerina en los codos, manos y pies, se espolvoreó talco por el cuerpo y se puso un camisón casi transparente. Se tomó su tiempo para cepillarse el pelo, pintarse los labios y darse colorete. Sacó las joyas que había escondido en medias, guardó las medias en un cajón y los collares y pendientes en un cofre de madera. Miró las piedras preciosas, todas ellas un recordatorio de una vida que quería olvidar, cerró la caja sin elegir ninguna y la metió en el cajón inferior del escritorio. Al final, se puso una bata de seda y se ató el cordón alrededor de la cintura. Se echó un poco de perfume detrás de las rodillas y en el escote y se miró al espejo. Todo era distinto en su nueva vida, todo menos eso. Lo único que sabía hacer era complacer a Nathan cuando fuera a su habitación.



Capítulo 4

La idea de complacer a su marido hizo que volviera a mirar alrededor. Abrió el armario y se encontró los colgadores y las baldas vacíos, salvo por unas mantas. Los cajones de la cómoda solo contenían lo que ella había metido allí. No había indicios de él ni de sus cosas.

Tenía una casa enorme con muchos dormitorios. Seguramente, tendría el suyo. ¿Era normal? No sabía cómo dormían normalmente los maridos con sus esposas. Siguió deshaciendo el equipaje, pero estaba cansada y acabó sentándose en la butaca delante de la chimenea apagada y mirando un bodegón con fruta que caía de una cesta. El cuadro colgaba de un cordón dorado encima de la chimenea. Los ojos estaban cerrándosele cuando llamaron a la puerta. Elle fue a abrir.

Nathan estaba en el pasillo. Seguía vestido con la ropa que había llevado en la ceremonia y en la recepción. Ella sonrió y se apartó para dejarlo pasar. Él se fijó inmediatamente en su bata y en el encaje que asomaba por el profundo escote donde se cerraba. Tragó saliva.

—Ha sido una fiesta muy agradable, Nathan —dijo ella para romper el hielo—. Gracias.

—Ha sido un placer —contestó él mirándola ya a la cara.

—Estaba esperándote.

Él entró y cerró la puerta, pero no con llave. Cuando estuvo más dentro, ella tomó la iniciativa y cerró con llave. Él frunció levemente el ceño con un gesto de incertidumbre.

—Me gustaría hablar contigo.

—Estoy deseando oír lo que tengas que decir. ¿Quieres sentarte? Te ayudaré a quitarte la chaqueta.

—Siéntate, por favor —le pidió él evitando mirar hacia la cama.

Nathan esperó a que Elle se sentara en el pequeño sofá, tomó una silla y se sentó enfrente.

—Sé perfectamente que nuestro matrimonio no es convencional.

Ella no tenía ninguna experiencia con el matrimonio, fuese convencional o no.

—Quiero ser una buena esposa, Nathan.

—Lo agradezco y, sobre todo, quiero que te sientas a gusto aquí. Todo es nuevo para ti; el sitio, el matrimonio... Dadas las circunstancias, estamos obligados a tomar decisiones rápidamente y eso no es lo ideal. El noviazgo permite que una pareja tenga tiempo para conocerse, para adaptarse.

—No me siento engañada. Estoy preparada para ser tu esposa.

—Elle, hay aspectos en el matrimonio que no conviene precipitar —replicó él con delicadeza—. Eres joven y sensible. No voy a aprovecharme de ti y a consumir el matrimonio cuando no estás preparada.

Ella, por fin, entendió su reticencia.

—No vas a acostarte conmigo esta noche.

—No.

—¿Vas a dormir en otra habitación?

—Te he dado una habitación propia para que tengas intimidad.

Sintió un vacío en el pecho, peligrosamente cerca del corazón. ¿No la deseaba? Elle conservó el gesto sereno, pero la incertidumbre la atenazaba por dentro y el miedo hizo mella en su confianza. ¿Dónde se había metido? Media docena de hombres la habían mirado con ojos lujuriosos y ella se había casado con el único que no la deseaba... ¿Cómo iba a ganarse su cariño? ¿Cómo iban a materializar su relación?

—Quiero cortejarte, Elle. Te mereces algún tiempo para que te acostumbres al matrimonio y todo lo que conlleva. Dedicaremos un tiempo al noviazgo antes de pasar a la intimidad.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó ella casi sin poder respirar.

—Había pensado en seis meses.

¿Seis meses? Ciudades enteras se levantaban en menos tiempo. Se libraban guerras y...

—¿Qué haremos durante seis meses?

—Conocemos.

Ella se acordó de lo que le dijo cuando le pidió que se casara con él: «No se lo pido para que haga las tareas domésticas, se lo pido porque creo que podemos formar una relación satisfactoria para los dos». Entonces, ella supo perfectamente lo que había querido decir. Seguía entendiéndolo. No la necesitaba para limpiar, cocinar o cuidar a sus hijos. La había elegido porque necesitaba a una mujer al lado cuando estaba en público y en su cama cuando estaban solos, ¿no? Sin embargo, como creía que ella procedía de un ambiente refinado y era como cualquier otra chica soltera de su edad, también creía que necesitaba protección, una iniciación lenta y cuidadosa a las relaciones entre hombre y mujer. Ella agradeció muchísimo su consideración, pero estaba decidida a ganarse su cariño.

—¿Vas a besarme?

—Yo...

—¿Besarse forma parte del noviazgo?

—Sí, naturalmente.

Ella se levantó.

—Entonces, me gustaría que me besaras.

Cuando él se levantó y se acercó, ella echó la cabeza hacia atrás y lo miró. Él seguía un poco alejado. Ella dio un paso, apoyó una mano en su pecho,

separó los labios y esperó.

Él, en vez de besarla en la boca como había esperado ella, le tomó la cara en una mano y le acarició la nuca con delicadeza. Ella sintió un estremecimiento inesperado que le recorrió los hombros y le endureció los pechos. Él descansó levísimamente la otra mano en la parte baja de su espalda para mantenerla allí. Sus ojos oscuros le recorrieron la cara desde los ojos a los labios y su expresión cambió. La deseaba, pensó ella con alivio.

—Eres una flor única, Elle. Una flor única y exquisita.

Su aliento le acarició la barbilla y el corazón de ella dio un vuelco. Quería que la besara. No tenía nada que demostrar ni un orden del día. Elle quería que ese hombre la besara. Le brotaron unas lágrimas, desconocidas para ella, y cerró los ojos para ocultarlas. Él le levantó la cara y sus labios se posaron en los de ella como un saludo hipnótico. Ella le rodeó el cuello con un brazo para acercarlo más, para que sus labios y sus alientos se unieran más gratificadamente. Tenía unos labios firmes y cálidos. Ella se sintió como si se hubiese bebido una botella, pero solo había bebido dos copas de champán. Ese hombre era embriagador. No sabía que pudiese haber besos así. Lo besaba porque quería besarlo, porque le daba placer. Se quedó asombrada. Quizá el noviazgo no fuese una mala idea después de todo.

Él se apartó unos centímetros. Ella abrió los ojos y él se los miró. ¿Estaba cambiando de idea? ¿Ese beso embriagador conduciría a pasar la noche en la cama?

—Será mejor que me marche —dijo él.

Ella nunca había sentido la desilusión como algo físico que le alcanzara al corazón. No era una soñadora. Los sueños estaban fuera de su alcance y se destruían fácilmente. Tampoco era una romántica que se hacía ilusiones vanas sobre el amor y la fidelidad. No tenía esperanzas y así no sufría desencantos. Que él se marchara solo era una contrariedad. Se tranquilizó a sí misma. Había planeado hacerse querer por él y él se lo había frustrado con el plan del noviazgo.

Elle le soltó el cuello y retrocedió un paso con las piernas temblorosas. La mirada velada de él le recorrió el pelo, los labios y la base del cuello, donde ella se imaginaba que el pulso le latía desenfrenadamente. Le sonrió con recato. Haría que cambiara de idea antes de que pasara una semana.

Llevaba toda su vida sola y la soledad de su habitación no era nada nuevo. Lo más inusitado fue cuando, al despertarse, separó las cortinas de damasco. Pudo ver el inmenso jardín lateral, el tejado de la cochera y el cielo infinito... y lo vio sin barrotes en medio.

A las mujeres que vivían en la casa de *madame* Fairchild les habían dicho que esos barrotes de hierro eran por su seguridad, que los hombres de una ciudad ganadera harían casi cualquier cosa por conseguir una mujer. Sin

embargo, esos barrotes, en general, habían disuadido a las chicas de querer marcharse.

Elle miró la casa vecina con el frontispicio pintado y los tejados de las demás casas cercanas. El día anterior, un hombre contó que se habían hecho muchas mejoras en las calles y edificios con la esperanza de que se eligiera a un gobernador de Sweetwater. Los lugareños esperaban que hubiera una asamblea comarcal y, con el tiempo, estatal. Levantó la ventana al oír los cascos de un caballo y el traqueteo de un carruaje. Eran vistas y sonidos de libertad. Por primera vez, se dio cuenta de lo que le había proporcionado el matrimonio con Nathan Lantry. La libertad de ir a donde quisiera, de poder comprar con la cabeza muy alta. La libertad de disfrutar de la vida sin opresión ni críticas. Quiso convertirse en la mujer que Nathan creía que era. Lo haría. Tenía la ocasión. Se integraría en esa comunidad y se convertiría en su bien más valioso.

Se aseó rápidamente, se peinó y se puso un vestido verde. Agradeció que su vestuario lo hubiese elaborado la experimentada costurera francesa que *madame* Fairchild tenía entre su personal. Una costurera que viajaba al menos una vez al año al extranjero para mantenerse al día de la moda y para comprar telas.

Sin que nadie se lo hubiese dicho, Elle había entendido que se esperaba que estuviese a la altura de la esposa de un gobernador tanto en el aspecto externo como en su conducta. Se puso un collar de perlas y un broche de jade apropiados.

El vestíbulo del piso superior estaba silencioso, pero podía oír la actividad del piso inferior. Bajó al comedor y se encontró con Nathan sentado a la cabecera de una mesa enorme y sus hijos alrededor. Él se levantó y le separó una silla.

—¿Has dormido bien?

—Sí, gracias.

Los niños la miraron en silencio.

—Buenos días —les saludó ella.

Se fijó en que había otro sitio preparado y se preguntó quién faltaría. La señora Shippen apareció por una puerta con una jarra de leche. Sirvió a los niños y se sentó en el sitio vacío.

Se oyeron unos pasos y una mujer rolliza salió de la cocina con una fuente humeante con jamón cortado y un plato con huevos fritos. Entregó la fuente a Nathan y dejó el plato a su alcance.

—Elle, te presento a Charlotte Miller —él sirvió a Christopher, se sirvió a sí mismo y pasó la comida a Elle—. Charlotte, te presento a mi nueva esposa.

—Encantada, señora Lantry —le saludó la mujer con una sonrisa afable.

—Un placer, señora Miller.

—Charlotte —le corrigió la mujer.

Elle se sirvió y pasó los platos a la señora Shippen, quien sirvió a los otros dos niños y les cortó el jamón en trozos pequeños.

—Charlotte es una buena cocinera —comentó Nathan—. Está todas las mañanas y todas las noches. El domingo, después del desayuno, deja el almuerzo en el homo.

Robby se hundió en su silla y empezó a hacer pucheros.

—¿Qué pasa, Robby? —le preguntó su padre.

—Quiero puré de manzanas.

—¿Tenemos puré de manzanas? —le preguntó Nathan a la cocinera.

La mujer asintió con la cabeza. Elle cruzó las manos sobre el regazo y bajó la mirada para no presenciarlo. Nunca se había sentado a una mesa con una familia. Si Nathan estaba preparándose para reprender al niño, no quería verlo. Según su experiencia, los niños comían lo que les ponían delante si rechistar.

—Ahora vuelvo —dijo Nathan levantándose y dejando la servilleta en la silla.

A Elle se le aceleró el corazón en consonancia con lo incómoda que se sentía. Robby seguía hundido en la silla y con los pies colgando debajo de la mesa. La señora Shippen, indiferente, se sirvió los huevos y agarró el tenedor.

Nathan volvió y Robby se incorporó con una sonrisa.

—También comerás un huevo —le dijo Nathan mientras le dejaba una cucharada de puré de manzanas en el plato.

El niño asintió con la cabeza, agarró la cuchara y empezó a comer. Nathan volvió a sentarse y miró el plato de Elle.

—¿Le pasa algo a la comida?

—No, nada en absoluto.

Elle extendió una cucharada de mermelada en una tostada.

—¿Tampoco había mermelada en el colegio de la señorita Haversham? —le preguntó él.

—No. Solo tostada y té —contestó ella.

—No parece la comida ideal para unas niñas en edad de crecer.

Ella dio un mordisco y descubrió el delicioso sabor de la frambuesa. Su vida no había tenido nada de normal, pero tampoco sabía lo que era normal.

—¿Éste es un desayuno normal para vosotros o es una ocasión especial?

—El primer día que pasas con nosotros es una ocasión especial, pero es el desayuno habitual. Cuando Charlotte necesita el día libre, hacemos lo que podemos. La señora Shippen no es mala cocinera.

Virginia Shippen habló por primera vez y se dirigió a Elle.

—El señor hace unos buenos copos de avena.

—La señora Shippen me ha pedido un día libre a la semana ahora que estás tú —le dijo Nathan.

—¿Podré cuidar a los niños ese día? —preguntó Elle.

—Confiaba en que lo hicieras —contestó él con una sonrisa.

—Me gustaría hacer todo lo que pueda. Ayudaré a recoger cuando hayamos desayunado.

—No creo que hoy tenga mucho tiempo —replicó la señora Shippen.

—¿Por qué?

—Te has olvidado —intervino Nathan—. Es domingo y el hijo de la señora Shippen vendrá a buscarla para pasar el día y Charlotte recogerá. Nosotros iremos a la iglesia dentro de... —Nathan sacó el reloj de bolsillo y abrió la tapa—... unos veinticinco minutos.

—Claro, es verdad.

Elle asimiló la información con una sonrisa en los labios. Era domingo y todo el mundo se había levantado temprano y se había vestido para ir a la iglesia. Miró a Grace, que llevaba un vestido de cuadros verdes, y a los niños con camisas blancas y corbatas.

—¿Voy adecuadamente vestida? —preguntó ella.

Nathan la miró con calidez y aceptación.

—Estás preciosa.

Ella agarró la servilleta que tenía en el regazo. Tenía muchos vestidos de tarde y noche, bastantes para el día y unas cuantas faldas y blusas, pero nunca había tenido ropa para ir a la iglesia.

—Es que no estaba segura de lo que se ponen las mujeres de Sweetwater para ir a la iglesia. No quería causar mala impresión. A lo mejor debería llevar un vestido con chaqueta.

—Tendrías calor —replicó él—. Me gusta lo que llevas.

—Entonces, iré a elegir un sombrero —dijo ella levantándose.

—No has comido casi nada.

—Estaba muy bueno, pero ya no puedo más. Bajaré enseguida.

Fue apresuradamente a su habitación, reunió unas cajas con sombreros en el centro y quitó las tapas. Acabó decidiéndose por uno negro de paja con el ala estrecha. El ala estaba adornada con diminutas flores de seda roja y amarilla y un liviano encaje negro le colgaba por detrás. Se miró al espejo, se lo colocó bien y se lo sujetó al pelo con un alfiler largo de nácar. Luego, rebuscó en un baúl hasta que encontró un par de guantes blancos con cuentas de nácar. Era la mañana de su presentación como señora Lantry. Los nervios amenazaban con traicionarla. Esa situación era desconocida, pero no podía permitir que se le notara, tenía que mantener la compostura y serenidad. Sin embargo, el sombrero no entonaba bien con el vestido. Se lo quitó y se quitó también los guantes. Se puso una blusa blanca con una chaqueta de terciopelo color ciruela con manga corta. Ese color exigía un sombrero distinto y cuando llegó abajo, Nathan ya estaba ayudando a los niños a que se montaran en el carruaje.

—Estás preciosa —le repitió él mientras la agarraba del brazo para que subiera.

—He visto la cochera desde la ventana, pero ¿dónde se quedan los caballos? —le preguntó ella.

—Tengo dos caballos en las cuadras. El mozo de cuadras o alguno de sus ayudantes trae un caballo los domingos por la mañana. Si quieres ir a algún sitio y no quieres andar, dímelo por la mañana y lo organizaré para que venga

un cochero y enganche el carruaje.

Le gustaría visitar a Celeste pronto, pero por el momento solo podía concentrarse en esa mañana. Era la única ocasión que tenía para causar una primera impresión. Esperaba con toda su alma estar a la altura y que Nathan no tuviera motivos para avergonzarse de la esposa que había elegido tan precipitadamente.



Capítulo 5

Las puertas de madera ya estaban cerradas y Nathan abrió una. Se oyó la música de órgano y él hizo un gesto para que Elle se adelantara. Entró en la iglesia de madera blanca y los tacones de sus botas retumbaron mientras vacilaba al principio del largo pasillo. Todo el mundo estaba sentado y todos giraron las cabezas mientras Nathan la dirigía con los niños detrás. Elle se sintió muy incómoda e intentó andar con más tranquilidad. La única cara conocida en ese mar de desconocidos era la de Celeste. Vio su sonrisa y se la devolvió. ¿Cuándo iba a elegir un banco Nathan para que dejara de ser el centro de atención?

La llevó casi hasta la primera fila antes de indicarle que entrara y se sentara en un largo banco. Nathan se sentó a su lado, dejó un libro con cubiertas de cuero desgastadas y se puso a Robby en el regazo. Sacó una cajita de cuero del bolsillo y se la dio al niño, quien la abrió y extrajo un par de ovejas de madera diminutas y una jirafa.

El reverendo Kane, que los había casado el día anterior, indicó una canción y el número de una página. Todos se levantaron. Elle miró alrededor e hizo lo mismo que Nathan. Él se levantó con Robby en un brazo y señaló hacia el extremo de un banco que había delante de ellos. Ella tardó un momento en comprender que quería que tomara el libro que estaba metido en una cavidad. Ella lo tomó, hizo lo que hacía la persona que tenía al otro lado y lo abrió por la página indicada.

Como leía música no tuvo problemas en seguir al reverendo Kane. Nunca había cantado con un grupo de personas. Las voces se alzaban a su alrededor, e incluso una mujer entonaba una armonía muy agradable. Nathan tenía una voz sorprendentemente grave y aterciopelada y no parecía nada cohibido. Al contrario, la miró y sonrió varias veces mientras las voces y la música del órgano los envolvían.

Pasaron unos platillos de latón de persona en persona y comprobó que los asistentes dejaban monedas o billetes.

—He olvidado mi monedero —le susurró ella a Nathan.

—No importa. Yo hago la aportación de la familia. Puedes dejarla en el platillo si quieres.

Él sacó unos billetes del bolsillo y se los dio. Ella los dejó cuando les llegó el turno.

El reverendo Kane estaba detrás de un pulpito de madera cubierto con una tela blanca.

—Tengo el placer de hacer algunas presentaciones esta mañana —anunció con su atronadora voz—. La esposa de Paul Adams nos acompaña por primera vez. Bienvenida a Sweetwater, señora Adams.

Todas las cabezas, la de Elle entre ellas, se volvieron hacia Celeste. Ella se puso roja, pero sonrió y agradeció la presentación inclinando la cabeza. Paul, a su lado, sonrió con orgullo.

—La esposa de Nathan Lantry está rezando con nosotros por primera vez. Bienvenida a Sweetwater, señora Lantry.

Los hombres, mujeres y niños la miraron y notó que le abrazaban las mejillas. Ella miró a Celeste y sonrió. El predicador abrió un libro pero Elle no atendió a lo que decía.

—¿Puedes darme la Biblia? —le preguntó Nathan por encima de la cabeza de Robby.

Elle debido de mirarlo con perplejidad.

—Está al otro lado de ti —le explicó él.

—Ah...

Ella encontró el libro que quería y fue a dárselo.

—Sujétamelo —le susurró él.

Ella se lo puso en el regazo.

—Abridla por el segundo libro de los corintios —pidió el reverendo Kane.

Se oyó el sonido de las páginas al pasar. Elle la abrió en el regazo y vio en la cabecera de la página que estaba en Ezequiel treinta y cinco. Miró a la de la mujer que tenía a la izquierda y comprobó que había encontrado el encabezamiento de los corintios. Después de pasar algunas páginas se dio cuenta de que era la única que seguía buscando sin encontrar nada parecido a los corintios. Cerró inmediatamente la Biblia de Nathan. Él la tomó y cambió de sitio a Robby para poder abrirla por el sitio correcto.

Hacia el final del servicio religioso, Robby empezó a ponerse nervioso y Nathan lo tranquilizó moviendo la jirafa por las rodillas del niño hasta que empezó a reírse y Nathan tuvo que parar.

Cuando ya habían cantado la última canción, el niño estaba profundamente dormido recostado en el hombro de su padre. Se levantaron y se mezclaron con la gente que se dirigía hacia la puerta. Una docena de personas los saludaron. Elle se dio cuenta de que había al menos el doble de hombres que de mujeres. No le extrañó que hubieran recibido con los brazos abiertos al pequeño grupo de mujeres.

—Señora Lantry...

Ella se dio la vuelta cuando le tocaron el hombro. Naturalmente, la habían llamado a ella. Una mujer delgada con un vestido verde y un sombrero a juego le dirigió una sonrisa vacilante.

—Soy Betsy Iverson. No he podido evitar darme cuenta de que tiene una voz preciosa.

—Gracias... —dijo Elle.

—Tenemos un coro que canta en ocasiones especiales y nos encantaría que viniera al ensayo de esta semana. El jueves a las dos de la tarde aquí mismo. Luego, vamos a tomar el té en casa de Minnie Oliver.

—Bueno...

Ella nunca había cantado, solo había tarareado algunas notas para aprender una canción al piano, ni tampoco había tomado el té por la tarde, pero, al parecer, ésas eran las diversiones de las mujeres de Sweetwater. Miró a Nathan y vio que él observaba la incómoda situación. Ella arqueó las cejas como si quisiera preguntarle si la invitación de Betsy Iverson era aceptable.

—Parece una buena manera de conocer a las mujeres y es una forma agradable de pasar la tarde —intervino él para sacarla del apuro.

—Muy bien —Elle volvió a mirar a Betsy—. Gracias. Me encantará asistir a la reunión.

—Perfecto. Estamos deseando conocerla.

Nathan asintió con satisfacción. Ella no dejó de sonreír a pesar de todas las miradas de curiosidad. Celeste apareció entre la multitud con su marido al lado. Elle se preguntó si su expresión reflejaría el mismo estupor que la de Celeste. Intentó no romperle los huesos cuando la agarró de la mano, pero estaba tan contenta de verla que no quería soltarla.

—Menuda mañana —comentó Celeste—. Pero el servicio religioso ha sido agradable, ¿verdad?

—Mucho —contestó ella mientras miraba a un desconocido que la observaba detenidamente por encima del hombro de Celeste.

—Ven a visitar a Celeste cuando quieras —dijo Paul Adams—. Le gustará que la acompañes.

—Lo haré —aseguró Elle antes de soltar la mano de su amiga y de que la pareja se alejara.

—¿Te importaría agarrar a Grace de la mano? —le pidió Nathan—. No llega ni a la cintura de toda esta gente.

Elle se dio la vuelta y tomó la mano de Grace.

Una vez fuera, Nathan la llevó hasta el carruaje y entonces, le entregó a Robby. Ella se lo puso en el regazo y apoyó su cabeza sobre su pecho.

—Este niño pesa sorprendentemente mucho.

Christopher y Grace se sentaron en el asiento trasero y Nathan los llevó hacia casa. La noche anterior, Elle había estado demasiado distraída para fijarse en las calles. Casi todas las casas eran más humildes que la de Nathan, pero había algunas igual de impresionantes. Todas estaban cuidadas y pintadas con atractivos colores o en blanco y tenían jardines con setos y árboles crecidos. No se parecía nada a Dodge City con sus calles polvorientas y sus hileras de bares.

Naturalmente, ella sabía que el establecimiento de *madame* Fairchild era un diamante pulido entre piedras toscas y que los clientes eran hombres de negocios que vivían en Kansas solo por el beneficio económico de la actividad ganadera, pero nunca le había parecido tan claro como en ese momento.

—En cuanto nos hayamos cambiado de ropa, prepararemos la comida —le dijo Nathan—. Luego, los niños dormirán la siesta y tú y yo podremos pasar unas horas juntos.

Ella asintió con la cabeza y una sonrisa.

Efectivamente, se encontraron en la cocina después de cambiarse de ropa. Los niños se sentaron en sus sillas para esperar la comida y Nathan le miró la falda y la blusa.

—¿Has traído algún delantal?

Ella negó con la cabeza.

—Tomaremos prestado uno de Charlotte.

Encontró un delantal desteñido en un cajón y se lo dio. Ella se lo puso y se rodeó la cintura con las cintas. Nathan se puso detrás, agarró las cintas rozándole las manos y se las ató. Olía bien, a una mezcla de sándalo y laurel. Desde detrás, apoyó las manos en sus hombros y se inclinó hacia delante para que ella pudiera mirarlo a los ojos. Se quedaron un momento así, hasta que ella desvió la mirada a sus labios. Él la soltó y se fijó en una nota que estaba apoyada en el azucarero.

—Al parecer, tenemos que sacar un puchero del horno y cortar un pan.

—Yo puedo cortar el pan —se ofreció ella.

Él puso la mesa y comieron allí, en la mesa de la cocina.

—Robby va a quedarse sin comer y se despertará hambriento —le dijo Nathan.

—Le reservaré un plato con comida —decidió ella.

—Jimmy Evans cree que vas a ser nuestra mamá —comentó Christopher.

Nathan dejó el tenedor y Elle hizo lo mismo.

—¿Jimmy es amigo tuyo? —le preguntó ella.

—Un poco —contestó Christopher encogiéndose de hombros.

—¿Quieres que sea tu madre?

Nathan pareció quedarse sorprendido por la pregunta. Grace parpadeó mirando a todos y se limitó a masticar.

—No lo sé —contestó el niño encogiéndose de hombros otra vez—. La mamá de Richard Crandall le grita mucho y no le deja quedarse a jugar a la pelota porque dice que tiene tareas.

—Te aseguro que yo no te gritaré —le tranquilizó ella mirando a Nathan—. ¿Tiene tareas?

Nathan negó con la cabeza antes de mirar a su hijo.

—Aunque he pensado que este año vas a ayudar a despejar el camino y la zona delante de la puerta de las cuadras. Estás haciéndote un niño muy fuerte.

—Quitar la nieve será divertido —dijo él.

—La mayoría de la gente no puede elegir a sus madres o a sus hijos —siguió Nathan—. Elle y tú podéis elegir si queréis ser madre e hijo. Nadie va obligarte a que la llares madre o a que la quieras. Eso lo decidirás tú.

Sus palabras le llegaron al corazón. Si todavía no sabía cómo ser una

esposa, ¿cómo iba a saber ser madre también?

—Sin embargo, tienes que ser amable y respetuoso —añadió Nathan—. ¿Lo has entendido?

—Sí —Christopher se acabó despreocupadamente el pan y la mantequilla—. ¿Puedo leer antes de la siesta?

—Claro —contestó Nathan—. Siempre que no molestes a tus hermanos.

Nathan pidió a Elle que los acompañara, limpió la cara y las manos de Grace y la tomó en brazos. Ella se agarró a su cuello mientras subían las escaleras y miró a Elle por encima del hombro de su padre.

El cuarto de los niños era alargado y con contraventanas que se cerraban por dentro. Nathan cerró todas menos una hoja que dejó abierta junto a la cama de Christopher. El niño se quitó los zapatos, eligió un libro y se puso cómodo.

Nathan le quitó las botitas a Grace y la arropó debajo de la colcha. Ella alargó los brazos hacia él, que se inclinó sobre la cama y le dio un abrazo.

—Descansa bien, cariño.

Ella cerró los ojos. Él fue a tapar bien a Robby y luego, los dos salieron de la habitación. Nathan cerró la puerta con firmeza.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó él.

—¿Tienes un piano? —preguntó ella después de pensarlo un instante.

Él negó con la cabeza.

—No importa. Pensé que podía tocarlo para ti.

—Debería tener uno para que los niños pudieran aprender —comentó él.

—Yo podría enseñarles —añadió ella con entusiasmo.

—Estaría muy bien.

—Tengo un fonógrafo en uno de los cajones que trajeron desde la estación. Podemos oír los cilindros.

—Esos cajones están en la habitación acristalada. Vamos a buscar el fonógrafo y lo llevaré a la sala.

La habitación acristalada era una habitación muy amplia que estaba en la parte posterior de la casa y que tenía dos paredes con ventanales, una de las cuales daba a una leve ladera que llevaba a un arroyo.

—Qué sitio tan bonito para vivir...

Ella contuvo el aliento, aunque no había querido parecer tan impresionada.

—Cuando elegí este emplazamiento, Sweetwater seguía siendo una hilera de tiendas de campaña y almacenes —le explicó él mientras buscaba en los cajones.

Ella se dio la vuelta para mirarlo. Se había remangado y mostraba unos antebrazos fibrosos con vello.

—Mi corazón me dijo que tenía que construir una casa aquí y formar una familia —siguió él mientras levantaba la cabeza para ver el paisaje—. La vida da giros inesperados.

Evidentemente, se refería a su esposa. Elle fue hasta la puerta que daba al

exterior. Era una puerta muy liviana y solo tenía que abrirla para salir, nadie se lo impediría. Levantó el gancho que la mantenía cerrada y miró hacia atrás para confirmar que la puerta que conectaba con la casa era la que se cerraba como medida de seguridad.

—¿Pasa algo?

Ella negó con la cabeza.

—Aunque alguien rompiera el gancho y entrara, no podría pasar a la casa —la tranquilizó él.

—Ya lo veo. Estaba pensando que es muy fácil salir y pasear entre los árboles hasta el arroyo.

—Por eso tengo el gancho puesto. Grace y Robby no llegan —le aclaró él—. Christopher sabe que tiene que mantenerse alejado del agua.

Él, naturalmente, pensaba en la seguridad de los niños. Ella solo pensaba en que no había restricciones.

—Puedo salir cuando quiera...

—Claro, pero sé prudente —Nathan encontró el fonógrafo y lo sacó del cajón—. Puedo instalarlo aquí si lo prefieres.

Ella, que no se había movido de la puerta, se dio la vuelta y lo miró.

—Me encantaría.

Él hizo sitio en una mesa y puso el fonógrafo.

—El verano pasado vi uno en una exposición y pensé comprarlo. ¿Has comprado éste en Illinois?

—Lo pedí de un catálogo.

Ella encontró los tubos de cartón con los cilindros de cera, colocó uno y dio cuerda a la máquina.

Se oyó un vals.

Nathan observó a su bella esposa mientras ella escuchaba la música y volvía a mirar al paisaje. Era una visión exquisita de perfección y feminidad. Tenía los ojos azules rebosantes de placer y vitalidad. Pensó pedirle que bailara, pero decidió no hacerlo. Su olor a canela y almizcle le había estimulado los sentidos y cuando le miró la boca... quiso besarla... besarla hasta que esos ojos fuesen como pozas desbordantes de anhelo, de deseo incontenible. Sin embargo, se contuvo. No quería que esa llama se apagara en sus ojos y que el resplandor por las novedades abandonara su expresión. La realidad conseguía eso en una mujer.

La música cesó. Ella se dio la vuelta y lo miró a los ojos. El corazón se le subió a la garganta y amenazó con dejar de latir.



Capítulo 6

La conocía solo desde hacía una semana y ya le devastaba el sentido común. Le recordaba a una mariposa recién salida del capullo y que probaba las alas al viento. Sonreía y él se quedaba sin aliento. Era un necio.

—Vamos a dar un paseo hasta el arroyo —propuso él sabiendo que le gustaría la idea.

Ella aceptó y él la llevó afuera, donde le tomó la mano y pasearon por el césped. Ella había depositado todas sus esperanzas y sueños en manos de él. Su felicidad era una responsabilidad que temía, que apreciaba, pero que también ansiaba.

Se acercaron a la orilla del arroyo y se fijó en el agua que se movía suavemente.

—Mira, es tan clara que puedes ver las piedras del fondo —comentó ella mientras se soltaba la mano para acercarse más.

—Este arroyo dio nombre al pueblo —le explicó él.

—¡Mira los peces que van de un lado a otro! —exclamó ella muy emocionada.

Él asintió con la cabeza, aunque solo se fijó en la expresión de placer de ella. Le recordó a sus hijos en la mañana de Navidad, con los ojos maravillados y resplandecientes por la emoción. Solo la había acompañado por al jardín, pero ella se sentía como si la hubiera llevado a una aventura apasionante.

—¿Nunca habías visto peces? —le preguntó él.

—Solo en el plato y unos mucho más grandes, por cierto —contestó ella.

Él se rio y la miró a los ojos.

—¿Dónde has estado, Elle, que no habías visto un pez?

Ella se dio la vuelta sin contestar y mirando otra vez el agua.

—He estado en un sitio muy distinto a éste.

—No quería ofenderte.

—No lo has hecho.

—Puedes descalzarte y meterte en el agua si quieres —le propuso él.

—¿No sería impropio de una mujer? —le preguntó ella en tono de sorpresa.

—Aunque lo fuese, solo estamos nosotros dos.

—No lo sé...

—Te acompañaré.

—¿Tú...? —preguntó ella sin poder imaginárselo.

Él se sentó, se quitó las botas, se remangó los pantalones y dejó ver unos

pies largos y unos tobillos con vello oscuro. Se levantó y se metió en el agua.

—Las piedras del fondo están lisas. No hay peligro.

Elle lo observó y se sentó, se quitó los zapatos, se levantó la falda y la enagua y se bajó una media. Él, en medio del arroyo, miró con atención cada movimiento. Elle dejó a un lado la media y empezó a bajarse la otra más lentamente. Estaba absorto. Ella sonrió para sus adentros. Con los pies descalzos, sintió el delicioso frescor de la hierba, se puso de pie, se levantó el borde de la falda por encima de la rodilla y se acercó a la orilla. Se metió y se quedó impresionada por lo fría que estaba al agua.

—¡Está helada!

—¿No lo había dicho? —preguntó él con una sonrisa.

—Te aseguro que no.

Las piedras estaban lisas y algo resbaladizas.

El agua estaba fría, pero era una sensación agradable en las pantorrillas, como lo era el sol en la cara... y la expresión del hombre que la miraba. Algo le hizo cosquillas en el tobillo y al mirar vio un grupo de peces diminutos.

—¡Ah...!

Elle sacó un pie del agua y apoyó todo su peso en el otro, pero los peces rodearon inmediatamente el otro tobillo. Cambió de pie, soltó la falda y volvió a levantarla, empapada, más arriba que antes.

—¡Los peces están mordéndome!

Nathan se acercó entre risas y ella se abalanzó dispuesta a que la tomara en brazos para liberarla de esas misteriosas criaturas. Él perdió el equilibrio, se tambaleó y la agarró por debajo de las rodillas mientras intentaba mantenerse de pie. Casi lo había conseguido, pero se resbaló y los dos cayeron al agua. El arroyo no era profundo, pero estaba muy frío y la ropa de Elle se empapó inmediatamente dejándola helada. Nathan también contuvo la respiración por la impresión, pero acabó riéndose. Elle quiso levantarse, pero pisó el borde de la falda y volvió a caerse de espaldas mojándose la cara, el pelo y buena parte de la blusa. Estaba atrapada entre la ropa mojada y Nathan se rio con más fuerza, incapaz de ayudarla o hacer algo él mismo. Tenía el pelo mojado y pegado a la frente y la camisa empapada permitía ver el contorno de su pecho. Sus dientes eran blancos y los ojos estaban entrecerrados por la sonrisa.

Elle lo recordó cuando estaba vestido tan protocolariamente la noche que se conocieron y se preguntó qué pensaría toda esa gente si viera a su abogado en ese momento. Su risa era contagiosa. Sintió un placer desconocido y empezó a reírse con todas sus ganas. Oyó el sonido, pero no pudo reconocerlo como propio. Pasó un minuto y seguía riéndose. Casi asustada por lo extraño de la situación, se recompuso y se tapó la boca con una mano.

Nathan dejó de reírse, se le esfumó la sonrisa y le miró la mano en la boca y la ropa mojada.

Ella bajó la mano a un costado y lo miró fijamente. Tenía la respiración entrecortada y los ojos más oscuros. Se miró fugazmente y comprobó que la

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

blusa era transparente y que el agua helada había tenido cierto efecto, aparte de los escalofríos. Sin pensar en las consecuencias, se inclinó hacia delante y le tomó la cara entre las manos. Solo tuvo un segundo para captar su expresión de asombro antes de besarlo apasionadamente.



Capítulo 7

Todo era desconocido y extraño en su nueva vida. Se sentía perdida e inepta. No podía gritar, pero sí pudo encontrar un punto de apoyo y aferrarse a él para sentirse segura.

Su boca era cálida y sus brazos irradiaban calor cuando la abrazó, lo que agradeció en contraste con el agua gélida. La avidez de sus labios la sorprendió. Estaba perfectamente afeitado y su piel se sentía suave y cálida. Sintió una opresión en el pecho y le costó respirar. Quería estrecharse más contra él y no perder nunca esa sensación de seguridad y ligera esperanza.

Nathan se apartó un poco y la miró a los ojos.

—Estás temblando.

Ella había creído que solo temblaba por dentro. La tomó en brazos, la sacó del agua y la dejó en la orilla.

—A lo mejor quieres secarte la falda.

Ella se apartó un poco, se sentó en la hierba y empezó a retorcer la tela. Él también intentó secarse los pantalones, en vano, y agarró los zapatos.

—Será mejor que volvamos a casa y nos pongamos ropa seca.

Elle agarró las medias y los zapatos y lo acompañó.

Esa tarde, a última hora, Nathan se reunió con la familia en su despacho. Ya había refrescado y encendió la chimenea. La habitación, con butacas de cuero y estanterías con libros, era agradable y acogedora.

Christopher abrió una caja y sacó unas figuritas que dispuso en una especie de formación. A juzgar por los sonidos, Elle comprendió que eran soldados. Grace dejó dos muñecas de trapo en el reposapiés y empezó a darles de comer de unos platos de porcelana diminutos. Robby vació una bolsa con piezas de madera y construyó unas torres murmurando para sí mismo.

—Grace no me ha hablado todavía —susurró Elle a Nathan.

—A mí tampoco me habla —replicó él—. Aunque algunas veces le oigo hablar con sus muñecas cuando está sola en su habitación.

—¿Siempre ha sido tan silenciosa?

—Sí. Era muy pequeña cuando Robby nació y su madre murió. Lloro cuando le duele algo o está asustada, pero nunca pide nada.

Elle miró a la niña. Estaba bien cuidada y tenía privilegios que no tenían otros niños. Haber perdido a su madre tenía que haber sido traumático, pero no explicaba su silencio. Elle se sentó en el suelo al lado del reposapiés.

—¿Crees que yo también podría tomar el té?

Grace la miró con escepticismo, pero tomó una taza y un plato en miniatura y se los dio. La niña la había oído y entendido, de modo que oía perfectamente.

—Gracias. ¿Tienes galletas?

Grace asintió con la cabeza, tomó algo invisible del reposapiés y tendió la mano hacia Elle como si sujetara una galleta. Elle fingió tomarla y morderla.

—Es deliciosa. ¿Cómo la has hecho?

Grace se limitó a ladear la cabeza como si no lo supiera y siguió dando de comer a las muñecas.

—Tiene que ser con harina de avena y uvas pasas —siguió Elle—. Son mis favoritas. ¿Cómo lo sabías?

Grace no contestó, pero le dio otra galleta imaginaria.

Más tarde, Elle acompañó a Nathan cuando fue a arropar a sus hijos. Miró alrededor y pudo ver sus libros y juguetes, entre ellos, la fila de muñecas de Grace. Ella nunca había tenido una muñeca. Durante el día tenía clase y daba lecciones de canto y por las tardes practicaba el francés. No recordaba haber tenido un momento de ocio hasta que terminó los estudios a los dieciséis años.

En una mesa baja y redonda, vio una especie de barco con tejado y ventanas. En cubierta y alrededor había como un par de docenas de parejas de animales. Reconoció las ovejas y la jirafa que Robby había llevado a la iglesia.

Nathan habló en voz baja con cada uno de sus hijos y tomó un oso de peluche que le había pedido Robby. ¿Qué golpe de fortuna había hecho que esos niños tuvieran un padre que los cuidaba tanto? Naturalmente, todos los niños tenían padres, pero ¿cuántas personas habían tenido un padre así? Nunca lo había pensado. Cuando Nathan besó a sus hijos, ella se preguntó si Ansel Murdock habría arropado a sus hijos cuando eran pequeños. Durante esos años, ¿adónde habría dicho a su esposa e hijos que iba los lunes y los viernes por la noche?

La familia Lantry no se parecía a nada que hubiese conocido, vivir entre ellos era como estar en un cuento de hadas.

Nathan apagó los quinqués y le tomó la mano para salir con ella de la habitación. ¿Qué haría si Nathan salía habitualmente por la noche? ¿Había casa de citas en Sweetwater? Se preguntó ella con espanto.

—¿Quieres acompañarme un rato más? —le preguntó él en el rellano de la escalera.

—Sí.

—Si quieres, puedes traer un libro o la costura.

Ella podía coser lo suficiente para remendar algo, pero nunca había hecho costura.

—Leeré —contentó ella antes de ir a su cuarto para buscar un libro.

—Elle, puedes pasar las tardes como quieras —le dijo él cuando volvieron a estar juntos en el despacho.

—Me gusta estar aquí si no te molesto.

—Claro que no me molestas —replicó él sentándose en una butaca y mirando su libro—. ¿Qué estás leyendo?

—Es un relato sobre un explorador que se llamaba Champlain. Vivió entre los indios hurones para estudiarlos. Adoptó su lengua y sus costumbres y exploró esas tierras y sus rutas fluviales. Sus estudios sobre geografía y sobre la vida de los indios inspiraron a muchos hombres después.

—Sí, he oído hablar de él —Nathan hizo un gesto para que le dejara el libro y arqueó las cejas al abrirlo—. Está en francés.

—Sí. Samuel de Champlain era francés.

—Ya sé que era francés, lo que me ha sorprendido es que estés leyendo un libro en francés.

—Tengo muchos libros en francés —replicó ella encogiéndose de hombros.

—¿Aprendiste francés en el colegio de la señorita Haversham?

Ella recuperó el libro y se sentó en un diván que había al lado.

—Puedes levantar cualquiera de los brazos hasta que se suelte el seguro y luego bajarlo para reclinarlo —le explicó él mientras le enseñaba el mecanismo.

—Qué ingenioso.

Él dejó el brazo bajado.

—Podrías sentarte a mi lado —le propuso ella.

Nathan le miró la cara levantada, la delicada curva de las mejillas y sus ojos expectantes. Se le aceleró el pulso y se le alteró el sentido común. Esa tarde ya había comprobado que no podía resistirse en lo que se refería a ella. Había prometido que daría un plazo de seis meses para que su relación evolucionara. Sin embargo, al pensarlo, ese tiempo le parecía una eternidad insoportable, pero tampoco podía sentarse en el extremo opuesto de la habitación y eludirla durante seis meses. Ganarse su confianza era parte de esa evolución de la relación. Se sentó en el diván.

—¿Quieres traer tus libros y dejarlos en una estantería aquí? Así, los tendrías más cerca por las tardes.

—Me gustaría. Además, puedes leer el que quieras.

—Yo no leo en francés.

—No están todos en francés.

—Tú también puedes leer los míos.

Ella echó una ojeada a los lomos.

—¿Cualquiera?

—Claro.

Ella se levantó y fue leyendo los títulos hasta que se paró en uno.

—*Ravenshoe...*

Ella sacó el libro y lo abrió por la primera página.

—Es el nombre de un personaje —le explicó él.

Ella volvió a dejarlo.

—*El secreto de lady Audley* —leyó ella en voz alta.

—Es una novela sensacionalista. Me temo que mis gustos literarios no son tan refinados como los tuyos —se disculpó él—. También hay clásicos si los buscas.

—¿Qué es una novela sensacionalista?

—Que tienen argumentos con asuntos que impresionan a algunas personas. Si decides leerlo, no se lo pases a las damas de Sweetwater.

—¿Qué asuntos son esos?

—No quisiera estropearle la historia.

—Es más probable que me atraiga.

Se había casado con una bebedora de champán que no se amilanaba porque algo pudiera ser inadecuado.

—No hay exploradores franceses. Una mujer que parece una perfecta ama de casa intenta cometer un asesinato. El personaje también ha cometido bigamia y ha abandonado a su hijo.

—Creo que será el primero que lea —comentó ella con una sonrisa.

—Te he avisado...

Ella se sentó al lado de él con el libro sin abrir.

—Aviso recibido.

—Háblame de tu familia —le pidió él—. Tenemos mucho de qué hablar, ¿no?

—No hay gran cosa que decir de ellos —ella se alisó la falda.

—¿A qué se decida tu padre?

Celeste había tenido razón. Durante el viaje desde Wyoming había comentado que tenían que pensar lo que iban a decir a la gente. Según ella, la gente no caía del cielo y tenían que tener preparada la historia de su vida. Por eso, siempre que podían estar un momento a solas, comparaban lo que habían pensado contestar cuando les preguntaran algo.

—Era banquero, accionista, en realidad. Pertenecía a un club de caballeros y asistía a la iglesia episcopal.

—¿Y tu madre?

—No la conocí mucho —eso era bastante cierto, pero él esperaba más y tenía que mentir otra vez. ¿Siempre le contaría mentiras?—. Murió cuando yo era muy pequeña. Por eso fui al colegio de la señorita Haversham.

—¿Tienes hermanos?

—No. ¿Y tú? ¿Tienes hermanos?

—Tengo una hermana mayor que yo y dos hermanos menores —contestó él.

—¿Vivisteis todos juntos cuando erais pequeños?

—Sí. Nuestras peleas enojaban mucho a nuestra pobre madre, pero es una santa.

—¿Todavía vive?

—Sigue viviendo en la casa familiar de Filadelfia. Iremos a visitarla antes

de que acabe el año. Le gustará ver a los niños y quiero que te conozca.

Ella asintió con la cabeza, sin poder imaginarse lo que sería conocer a su madre.

—Mi padre falleció hace unos años —siguió él—. Era juez. Por eso fui a la escuela de Derecho, pero entonces, llegó la guerra y no pude acabar.

—¿Luchaste en la guerra?

—Al principio luché en Missouri. Luego, estaba con Sheridan cuando capturamos al ejército de Jubal Early de camino a Waynesboro. Fuimos el regimiento que tapó el paso a Lee cuando escapaba a Appomattox y conseguimos que el ejército de Virginia del Norte se rindiera. Después de la guerra, el general quiso que lo acompañara a Prusia, adonde lo habían mandado de asesor durante la guerra francoprusiana, pero yo ya había visto bastante destrucción. Quería construir algo y no me había olvidado de este sitio. Me licencié en Derecho, compré un vagón lleno de madera y le pedí a una joven que se casara conmigo. Entonces, Sweetwater era un pueblo de tiendas de campaña, solo había algún edificio, pero ya estaba a lo largo de las vías del ferrocarril. Descubrí que podía vender la madera mucho más cara de lo que me había costado y la vendí. Pedí que me mandaran más de Colorado, puse anuncios en los periódicos más importantes y varios comerciantes e incluso un dentista también se lanzaron a la nueva empresa. No hay nada como establecerse ver crecer algo. Sweetwater tardó muy poco en ser un pueblo respetable.

Ella, más cómoda porque la atención se había centrado en él, escuchó la historia con interés. Nathan era impresionantemente emprendedor y ambicioso. Se sorprendió al enterarse de que tenía un almacén de madera.

—¿Ahí es donde trabajas durante el día?

—No, tengo personas que lo dirigen por mí. Yo trabajo en un despacho del ayuntamiento.

Ella podía imaginarse todo sobre sus historias, todo menos una cosa.

—¿Cómo se llamaba tu esposa?

Él tardó un momento en contestar.

—Deborah.

—¿Tus hijos se parecen a ella?

—Robby es el que más se parece. Christopher me recuerda a mi padre y Grace se parece a mi hermana Vanessa.

—Christopher se parece a ti —añadió ella.

—Sí. Mucha gente dice que me parezco a mi padre.

Elle no quería hurgar en un asunto doloroso, pero tenía mucha curiosidad.

—¿Te duele hablar de tu esposa?

—Lamento muchas cosas —contestó él sin contestar la pregunta.

Ella no insistió.

—Deborah no estaba preparada para vivir lejos de todo lo que había conocido en Filadelfia —siguió él para sorpresa de ella—. Le construí una casa

preciosa, puse en marcha una junta de planificación y trajimos un médico y un maestro. Pronto hubo iglesias y colegios —Nathan se encogió de hombros—. Sin embargo, no es una gran ciudad y las actividades sociales son limitadas. Ella echaba de menos a su familia —concluyó mirando a Elle.

Nathan tenía un pasado respetable y un historial de guerra ejemplar. Su ambición y visión habían alcanzado logros de los que podía estar orgulloso. Sin embargo, bajo la superficie atractiva y el hombre de negocios próspero, ella notaba una vulnerabilidad que le llegaba al corazón. En ese momento, comprendió las primeras palabras que le dijo.

—Cuando nos conocimos, me preguntaste por qué había venido al Oeste y me avisaste de que este sitio no se parecía a todo lo que yo conocía.

—Deborah no se quejó, pero nunca fue feliz aquí. La separé de su familia y de su entorno.

—Yo no tengo familia ni entorno y Sweetwater es mucho mejor que el sitio de donde vengo —le tranquilizó ella.

Fuera lo que fuese lo que se imaginaba de ella, no quería que creyera que estaba descontenta con su casa o con su manera de recibirla. Él se cambió de postura para poder mirarla mejor a los ojos. Ella le sonrió con calidez. Él levantó la mano y le acarició la mejilla con el dorso de los dedos.

—Eres increíblemente guapa.

La delicada burbuja de placer estalló por la decepción. La habían llamado «guapa» miles de veces. No significaba nada.

—¿No es verdad que la belleza está en el ojo de quien mira?

Él le introdujo los dedos entre el pelo de la nuca.

—Mirara quien mirase, estaría de acuerdo.

Animada, se inclinó lentamente hacia él con una expresión delicada.

—Nathan, me alegro mucho de estar aquí.

Como había esperado ella, él también se inclinó y los labios se encontraron. Fue un beso muy delicado, como no había recibido otro, ni siquiera el primero que se dieron, porque esa vez ella había estado preparada para que fuera placentero. Elle le pasó las yemas de los dedos por la mandíbula y le tomó la cara en la palma de la mano.

Nathan se acercó un poco para rodearle los hombros con un brazo y estrecharla más contra sí. A ella le gustó su sabor, el contacto de su brazo alrededor de ella y su olor. Le gustó todo lo relacionado con el beso, sobre todo, que le hiciera sentirse como si fuese alguien especial, alguien que merecía su atención.

Inexplicablemente, se hizo una pregunta, algo que la alteró y la privó de parte del placer. ¿Había besado a otra mujer después de que su esposa muriera? ¿Había tenido una amante o había ido a una casa de citas? Los hombres tenían que saciar sus necesidades físicas más elementales y él era un hombre como cualquier otro. ¿Le importaría a ella si lo había hecho?

Elle deseó no haber pensado eso. Pensar en sus actos más íntimos hacía

que fuese más hipócrita todavía. ¿Cuándo había empezado a importarle que la quisiera por otro motivo que no fuese afianzar su posición como esposa de él? ¿Por qué iba a importarle que se hubiese acostado con cien mujeres? ¿Desde cuándo le dolía que un hombre alabara su belleza? Había llegado hasta allí para encontrar una vida respetable y libre y eso era lo que tenía que hacer.

Sin embargo, algo había pasado desde que conoció a Nathan y se casó con él. Algo que no había previsto. Le importaba lo que ese hombre pensara de ella. Se apartó lo necesario para poder hablar.

— ¿Me acompañarás a mi habitación?

— De acuerdo — contestó él con la voz ronca.

Ella le tomó la mano y se levantó. Él también se levantó y la miró a los ojos. Elle se dio la vuelta, se dirigió hacia las escaleras y se paró al llegar a su puerta.

— ¿Me encenderías los quinqués?

Ella abrió la puerta y se apartó para que él entrara.



Capítulo 8

Buscó las cerillas y encendió una lámpara de la pared y el quinqué que había en el escritorio.

—Esto es muy silencioso por la noche —comentó ella en voz baja—. En la ciudad oía más barullo.

Él se quedó mirando hacia la puerta, pero no se dirigió hacia ella.

—Supongo que hay que acostumbrarse.

—Sí, supongo.

Él se dio la vuelta y la miró como si la acariciara por debajo de la ropa.

—Buenas noches, Elle.

—Buenas noches.

Nathan cerró la puerta, fue a su despacho y reavivó el fuego. Llevaba a esa mujer en la sangre. El sonido de su voz cuando decía la cosa más inocente, su olor embriagador, el brillo de su pelo oscuro, las curvas de su cuerpo bajo la ropa, todo se mezclaba para que ardiera por dentro. ¿Cómo iba a aguantar durante seis meses el exquisito tormento de su proximidad? ¿Qué había estado pensando?

Puso una pantalla de hierro delante de la chimenea por seguridad y se fue a su habitación. Encendió un quinqué, se acercó al escritorio y abrió el cajón superior para sacar una caja plana de madera. La dejó encima de la cómoda, la abrió y tomó aliento antes de sacar la foto de boda. Entonces pudo comprender qué había estado pensando. La primera vez se precipitó al casarse y por eso había querido ir más despacio con Elle.

Deborah era muy joven y no estaba preparada para la vida que él, inconscientemente, le había ofrecido. Ella, llena de sueños y esperanzas, lo había seguido al pensar que la aspiración de toda joven, tener un marido y una familia, estaba haciéndose realidad. Vio aquello que no podía llamarse ni pueblo y la decepción la dejó conmocionada. Él le había prometido que se quedarían en el hotel solo hasta que construyeran su casa y que luego la decorarían con todas las comodidades de un hogar. Fue lo que hicieron.

Echó una ojeada a la madera oscura y lustrosa, a la cama con cuatro columnas y al armario alto y tallado a mano. Toda la casa estaba llena de muebles preciosos, de alfombras mullidas y de cortinas. Deborah lo agradeció, pero nunca se sintió en su hogar. Todos los bienes materiales del mundo no podían comprar la felicidad de una persona.

Estaba seguro de que lo amó, pero había reservado sus cariños para los niños. Había sido una madre abnegada y afectiva y prefería quedarse en casa

para estar cerca de sus hijos. Él la animó para que hiciera amigas y participara en los grupos de mujeres, pero fue pocas veces y solo para complacerlo.

El recuerdo de su insatisfacción le serviría para sofocar los pensamientos lascivos sobre su nueva esposa. Puso el marco con la foto encima del escritorio y miró el rostro engañosamente sereno de Deborah, que le recordó el descontento que deterioró todas las esperanzas que había tenido sobre su matrimonio.

Ese matrimonio nuevo no se parecía nada y lo conservaría así. Elle había elegido ir a Sweetwater, no la había separado de ningún sitio ni de ninguna persona que ella prefiriera. Aun así, era difícil adaptarse a un sitio nuevo y más difícil todavía era adaptarse a un marido.

Efectivamente, Elle aceptaba sus besos, pero todavía tenían que avanzar para llegar a la verdadera intimidad entre marido y mujer. Ella seguía atrapada por el romanticismo del matrimonio y no quería desilusionarla cuando descubriera el aspecto físico. Solo tenía que acordarse de Deborah para convencerse de que estaba siendo sensato al esperar. Al final, el tiempo le daría la razón.

—Te debo disculpas —le dijo Nathan a la mañana siguiente.

Había estado esperándola a que saliera de su habitación antes del desayuno y de que todo el mundo estuviera sentado a la mesa.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Nuestro matrimonio fue algo inesperado y no preparé una luna de miel, ni siquiera me he tomado algún tiempo libre en el trabajo. Te prometo que haremos un viaje en cuanto pueda organizarme.

Ella había leído en algunos periódicos que las parejas recién casadas a veces se tomaban unas vacaciones después de la boda.

—Ya sé que no estabas preparado. No esperaba un viaje.

—Entendería que estuvieses decepcionada, pero así podemos organizar algo entre los dos.

—Nathan —ella le puso la mano en la manga—, te aseguro que no esperaba un viaje de luna de miel. No lo necesito. Ya viajé bastante para llegar aquí. No tengo prisa por marcharme.

—Sin embargo, ¿no sería agradable organizar una luna de miel juntos?

—Sí, claro.

—Iremos a donde quieras.

—De acuerdo. Ya lo hablaremos. Esperaba haber ayudado a Charlotte a preparar el desayuno esta mañana. ¿Es tarde?

—No, pero a lo mejor no te importa ayudar a Grace en cambio. La señora Shippen no llegará hasta dentro de media hora. Los niños están levantados y vestidos, pero Grace ha tardado más en despertarse.

—Claro —contestó ella, aunque la idea la aterraba—. Iré a ver.

Nathan asintió con la cabeza y empezó a bajar las escaleras. Elle fue hasta el cuarto de los niños y llamó a la puerta entreabierta.

—Grace, ¿estás despierta?

Entró vacilantemente. Las tres camas estaban vacías y deshechas. Se quedó desconcertada al no ver a nadie, pero entonces oyó un ruido detrás de un biombo. Se acercó, lo rodeó y se quedó parada. Grace, despeinada y con el camisón levantado, estaba sentada en una pequeña silla de madera con un orinal. Miró a Elle con unos ojos somnolientos.

—Ah... —Elle retrocedió—. No sabía dónde estabas, pero ya veo que estás despierta.

Grace se rascó la cabeza despreocupadamente, terminó, se levantó, volvió a la habitación y señaló hacia un armario de roble. Elle lo abrió y vio un montón de vestidos.

—¿Quieres elegir el vestido que vas a ponerte hoy?

Grace tocó el borde de un vestido azul y Elle lo descolgó.

—Es precioso —Elle abrió unos pequeños cajones que había en un costado del mueble y encontró la ropa interior—. Vamos a ver si tienes agua caliente.

Grace se quedó al lado del lavabo como si estuviera esperando. Elle tocó el agua de la jarra, comprobó que estaba caliente, vertió un poco en la palangana y dio a Grace el paño para que se lavara. La niña lo miró y se lo devolvió. Elle lo mojó y se lo dio otra vez. Grace se limitó a mirarla. Elle comprendió que esperaba que la lavara y lo hizo. La niña parpadeó cuando el paño le tocó la cara, pero miró a Elle con seriedad.

—Ya.

Elle colgó el paño para que se secase, la ayudó a vestirse y se arrodilló para ponerle los calcetines y los zapatos. Después, miró el pelo de Grace y suspiró.

—¿Dónde está tu cepillo del pelo?

Grace señaló a un cajón.

—Muy bien.

Elle sacó todo lo que necesitaba y empezó a deshacerle los nudos del pelo para hacerle dos trenzas mientras hablaba sola. Cuando acabó, se apartó un poco para ver el resultado. Grace era una niña preciosa, con la piel como el marfil y unas mejillas sonrojadas. Sonrió tímidamente a Elle y se le formaron dos hoyuelos como los de Christopher.

—Ya hemos acabado. Has hecho muy bien al elegir tu ropa.

Bajaron juntas las escaleras y Grace entró por delante al comedor.

—Ésta es mi niña preciosa —le dijo Nathan a su hija.

Elle sintió rechazo por el comentario. Lo había hecho con buena intención y era verdad, Grace era una niña preciosa, pero Elle se sentía incómoda cuando se resaltaba la belleza. Según su experiencia, eso rebajaba a una persona, la convertía en un objeto de placer para otra persona.

Cuando terminaron de desayunar, Nathan deseó a Elle que pasara un

buen día, dio un beso a Grace y a Robby y se marchó para llevar a Christopher al colegio y para ir al trabajo. Elle ayudó a Charlotte con los platos.

—¿Cuál es la rutina normal para el resto del día? —le preguntó a la señora Shippen cuando llegó.

—Los niños se entretienen con sus juguetes mientras hago las camas y reúno la colada —contestó ella—. A mediodía les preparo la comida y luego duermen una siesta.

—No sé bien qué se espera de mí —comentó Elle con incomodidad.

—Yo ya estaba aquí cuando vivía la primera señora Lantry —replicó la señora Shippen—. Ella pasaba casi todo el tiempo con los niños. Si no leía o cosía. Muy pocas veces salía a comer o a tomar el té con otras esposas.

Grace y Robby parecieron sorprendidos cuando Elle entró en el cuarto de los niños. Robby dejó las piezas de madera y corrió hasta ella.

—Léele a Robby.

—Me encantaría leerte algo, pero primero vamos a hacer vuestras camas.

Él hizo todo lo que pudo para estirar las sábanas y las mantas. Luego, agarró una muñeca de trapo, se subió a la cama de Grace, arrugándola otra vez, dejó la muñeca en la almohada y volvió a bajarse.

—¡Ya está!

Elle lo elogió y volvió a alisar la colcha. Cuando terminaron de hacer las camas, le dejó que eligiera un libro, se sentó en la mecedora y leyó en voz alta.

Apareció la señora Shippen y se quedó sorprendida al ver las camas hechas.

—El señor Lantry y usted también se han hecho las camas. Estoy quedándome sin tareas...

El comentario indicó que sabía que dormían en habitaciones distintas, pero no captó censura o extrañeza en su tono.

—Si puedo hacer algo más, dígamelo —le pidió Elle.

Robby y Grace siguieron llevándole libros hasta que les propuso que se pusieran unos jerséis para salir a dar un paseo. Los niños agradecieron su compañía y el inesperado cambio. Tenían que aburrirse jugando casi todo el día en su cuarto y ella se alegraba de poder ampliar sus actividades. Las payasadas de Robby le hacían reír y la aceptación silenciosa de Grace le conmovía. Pensó en todos los sitios donde podía haber acabado aunque hubiese conseguido casarse con un rancharo de Kansas y supo que no habría podido encontrar un hogar mejor ni una posición la mitad de respetable. Eso hizo que se acordara de Celeste y de las otras chicas y se preguntó cómo habrían pagado esa primera semana de sus nuevas vidas.

No era una soñadora ni se imaginaba situaciones que nunca podrían darse, pero aquello era real. Por algún golpe increíble del destino, estaba en un sitio que no se merecía y casada con un hombre desmesuradamente atento e íntegro. Nathan era amable con los empleados de la casa, amaba a sus hijos y era un caballero en todo lo relacionado con ella. Haría lo que hiciese falta para

quedarse allí y hacerse indispensable.

Esa tarde, mientras los niños estaban dormidos insistió en pelar patatas aunque Charlotte tuvo que enseñarle a hacerlo y luego se pasó todo el rato mirándola con curiosidad. Luego, eligió un libro, tomó una manta y fue al lado del arroyo. Extendió la manta y se sentó para oír los cantos de los pájaros. El viento corría entre las hojas de los campos de algodón e interpretaba una canción más melodiosa que cualquiera de las que ella había tocado al piano. Cerró los ojos y escuchó. El sol le calentaba el rostro y, seguramente, le saldrían pecas, pero le daba igual. Nunca había tenido el privilegio de pasar un día a sus anchas.

Sus pensamientos derivaron hacia el día anterior, cuando Nathan la animó para que se quitara las medias y los zapatos y cuando se metieron en el agua y todo acabó en un beso que no olvidaría jamás. Había olvidado muchos besos, había olvidado intencionadamente muchas cosas de su pasado. Sin embargo, quería aferrarse a sus recuerdos con Nathan porque eran las únicas vivencias puras y verdaderas que había tenido.

Que sus besos le gustasen quizá hubiese sido el descubrimiento más impresionante de su vida. Lo que había querido ser una forma de garantizarse la seguridad se había transformado en algo que nunca había esperado ni deseado. Que sus besos le gustasen no era tranquilizador, la asustaba como pocas cosas podían asustarla. Abrió los ojos y vio las algodonosas nubes de formas cambiantes. Por primera vez, se sintió parte de un universo tan grande que ella era pequeña e insignificante, pero estaba indescriptiblemente viva.

La falta absoluta de limitaciones era la sensación más liberadora que había conocido. Había elegido un destino nuevo, ser una persona distinta, y su vida pasada le parecía que estaba a millones de kilómetros de distancia. Iba a hacer todo lo posible para ser la persona que Nathan y sus hijos necesitaban. Al fin y al cabo, era Elle Lantry y lo que más deseaba era ser digna de su respeto. No dejaría mal a su marido.

El jueves, Elle ya no pudo esperar más para saber qué tal estaba yéndole a Celeste en su nueva casa. Durante el desayuno, sacó el tema a Nathan.

—Me gustaría visitar a Celeste si todavía tengo tu autorización.

Él la miró con curiosidad.

—Al parecer, no podías moverte libremente en el colegio de la señorita Haversham, pero no necesitas mi autorización para salir de la casa o visitar a tus amigas. Te vendrá bien ver a gente.

—Me invitaron a asistir al ensayo del coro femenino, pero creo que todavía no estoy preparada. Lo haré la semana que viene, cuando esté más asentada.

—Claro, como prefieras.

—Puedo llevarme a los niños a visitar a Celeste.

Ella ya los había cuidado el día anterior porque la señora Shippen tenía el día libre.

—No, salvo que tengas unas ganas enormes de ocuparte de ellos en vez de visitar a tu amiga —replicó él—. Disfruta de la visita a tu amiga.

Como no sabía cuál era la situación de Celeste, decidió que quizá fuese mejor ir sola la primera vez. El cochero que le envió Nathan se presentó a media mañana. El hombre, llamado Peter Driscoll, era bastante callado y la llevó por un camino muy agradable. Elle disfrutó del trayecto y pidió al señor Driscoll que se parara una vez para cortar un ramo de flores de lavanda. Él, sin hacer ningún comentario, la ayudó a montarse otra vez y llegaron al rancho de los Adams antes de mediodía.

El rancho estaba lleno de corrales y distintas construcciones y tenía una pequeña casa de un piso cerca de una arboleda. Celeste, al oeste de la casa, estaba tendiendo algo que parecían unas cortinas y se dio la vuelta. Vio a Elle que se bajaba del carruaje y se acercó corriendo.

—Gab... —empezó a decir antes de corregirse—. ¡Elle, qué sorpresa tan maravillosa!

Llevaba un vestido muy sencillo y un delantal blanco. Tenía la melena morena recogida en una trenza que le colgaba por la espalda. Esa escena tan cotidiana y su humilde vestimenta eran desconocidas para Elle, pero los ojos de su amiga resplandecían y tenía el rostro iluminado por al placer.

—Quería verte.

Elle le ofreció el ramo de lavanda antes de recibir el breve abrazo que le dio la otra joven.

—El señor Lantry me pidió que le esperara —intervino el cochero—. Daré de beber al caballo y buscaré un poco de hierba.

—Gracias —dijo Elle.

Celeste la agarró del brazo y la llevó a la casa.

—Prepararé té. He hecho un bizcocho y quiero que lo pruebes.

La cocina era pequeña, pero suficiente, y tenía dos ventanas que daban a una huerta. Celeste puso las flores en una botella de cristal con agua. Luego, echó unos leños a la estufa, llenó el hervidor de agua y lo puso al fuego.

—¿No te parece increíble que haga té y bizcochos? ¡Ah! Cuelga el sombrero ahí.

Elle colgó el sombrero y el chal en una percha que había junto a la puerta y se sentó. Celeste destapó un bizcocho bastante ladeado y cortó un trozo.

—Hago todas las comidas para Paul y para mí. Todavía no se ha quejado —Celeste se rio—. Aunque te aseguro que ha tenido motivos. No sabía distinguir la harina del café hasta esta semana. Sin embargo, es muy paciente y me explica las cosas sin alterarse. No me ha levantado la voz y mucho menos la mano.

Elle se sintió aliviada y probó el bizcocho, que estaba un poco seco, pero no espantoso.

—El té te ayudara a pasarlo —comentó Celeste como si le hubiera leído el pensamiento.

—Yo he pelado patatas —le contó Elle.

—Yo no sabía que las patatas salían así, ¿y tú? —le preguntó Celeste—. ¿Has visto un nabo?

Elle negó con la cabeza.

—¡Y los huevos! ¡Tengo que pelear para quitárselos a las gallinas! —el hervidor pitó, Celeste vertió el agua en una tetera desconchada y se sentó a la mesa—. Sin embargo, me compensa cocinar, barrer el suelo todos los días y arrancar las malas hierbas de la huerta. Me trata como si fuese... como si fuese especial —aunque estaban solas, Celeste bajó la voz—. Es atento en la cama, me pide permiso y me pregunta si me gusta cada cosa. Lo hace un par de veces cada noche y nunca había estado con una mujer, ¿puedes creértelo, Elle? Sin embargo, es muy delicado y me abraza después.

Celeste hizo una pausa y se le empañaron los ojos con lágrimas. Elle tuvo que tragar saliva para contener las emociones.

—No sabía que pudiese haber un hombre como él —siguió Celeste con la voz entrecortada—. Solo conocía vaqueros con prisa para volver a la partida de cartas o borrachos o maridos que engañaban a sus esposas o que querían algo que ellas no les hacían.

Elle asintió con la cabeza. Ella tampoco los había conocido, nunca se había imaginado que hubiese hombres que querían a sus hijos y que anteponían las necesidades de una mujer a las propias. Celeste sirvió dos tazas y puso una delante de Elle.

—¿El señor Lantry también es así de considerado?

Elle se puso azúcar y la revolvió.

—Es paciente con sus hijos y conmigo ha sido muy educado y considerado.

—¿También es un caballero en la cama?

Elle se encogió levemente de hombros y miró todo lo que había en la mesa antes de mirar a la otra mujer. Celeste arqueó las cejas y abrió unos ojos como platos.

—¿No habéis...?



Capítulo 9

—Ya sé que es desconcertante, pero antes quiere que pasemos por un noviazgo.

—Es mejor que pases por eso lo antes posible —comentó Celeste con una preocupación evidente—. Paul me dijo que nuestro matrimonio estaba consumado y era legal después de la primera vez. Tuve que pedirle que me lo explicara porque no lo sabía, pero, al parecer, todavía se puede deshacer todo si el marido y la esposa no han... rematado el asunto.

—Desde luego, él no va a seguir si cambia su opinión sobre mí —replicó Elle mirándola fijamente.

—Es posible que tenga sus motivos.

Celeste dio un sorbo de té y Elle también levantó su taza. Nathan no le había dado ningún indicio de que su matrimonio pudiese salir mal.

Efectivamente, no sabía cocinar ni estaba acostumbrada a las tareas domésticas, pero le había demostrado que estaba dispuesta a aprender y a hacer lo que le correspondiera.

—Pronto llevarán un piano. Entonces, enseñaré a los niños a leer música y a tocarlo.

—¿Qué tal te llevas con sus hijos?

—Muy bien. Su hija no habla.

Siguió hablándole de los pequeños y Paul llegó al cabo de un rato, saludó afectuosamente a Elle y Celeste le preparó unos sándwiches y le sirvió un vaso de leche. Él comió, se levantó y le dio las gracias a Celeste.

—De nada —contestó ella con una sonrisa que Elle no le había visto jamás.

La pareja se intercambió una mirada cariñosa y Elle tuvo que impresión de que si no hubiese estado allí, Paul habría besado a su esposa o quizá hubiese hecho algo más.

—Encantado de verla, señora —Paul se despidió de Elle antes de ponerse el sombrero y marcharse.

Elle miró a Celeste y le sorprendió su expresión mientras lo miraba alejarse. Sintió alivio de que al menos ese matrimonio hubiera sido acertado.

Hablaron de cuando estuvieron en la iglesia y Celeste le preguntó por la casa y los empleados. Luego, hizo un sándwich para cada una y otra taza de té. Elle le dio las gracias y se marchó a su casa. Por el trayecto, pensó en lo que había visto y oído. Pidió a Pete que volviera a parar para poder cortar más lavanda para su casa. Al llegar, el hombre la ayudó a bajarse, dejó el carruaje en la cochera y se llevó el caballo al establo.

Elle se cambió de ropa y le dio vueltas en la cabeza a la consumación del matrimonio mientras ayudaba a Charlotte a preparar la cena. Puso las flores en el centro de la mesa. Nunca había tenido la impresión de que Nathan estuviese conteniéndose porque dudara de ella o de que su matrimonio pudiese salir mal. Parecía sinceramente preocupado por proteger la sensibilidad de ella. El pensar que existía el más mínimo riesgo de que su matrimonio no fuese legal todavía hacía que se sintiese preocupada por su seguridad. Quería quedarse con toda su alma.

Esa noche, un rayo iluminó el despacho de Nathan. Él se levantó y cerró las cortinas.

—¿Es una tormenta? —preguntó Christopher.

—Solo es un chubasco de primavera —contestó Nathan.

Grace miró las cortinas cerradas y luego a su padre. Entonces, se levantó, abrió la ventana y miró al exterior.

—Solo es un chubasco —repitió Nathan antes de dirigirse a Elle—. Los Crandall celebran una gala de primavera el sábado.

—¿Qué es una gala de primavera? —le preguntó ella.

—Una excusa para hacer una reunión con ramos de flores por todos lados —contestó él con una sonrisa—. Además, también es una ocasión para que te conozcan todos los que no te conocen todavía.

Grace volvió de la ventana e intentó subirse al regazo de Nathan. Él la ayudó a sentarse y ponerse cómoda.

—Es casi la hora de irse a la cama, cariño.

La niña señaló hacia las estanterías.

—¿Qué quieres? —le preguntó Elle con la esperanza de que dijera algo.

Grace volvió a señalar.

—Me gustaría saber qué quiere —le dijo Elle a Nathan.

La niña se bajó del regazo, corrió hasta la librería y se puso de puntillas para alcanzar el libro que quería. Los libros de los niños estaban en los estantes más bajos. Se lo llevó a Nathan y le hizo un gesto para que volviera a levantarla. Elle tuvo que reconocer que la niña conseguía lo que quería sin hablar.

Nathan abrió el libro y leyó la historia. Elle estaba escuchando y observando las expresiones de Nathan y Grace cuando notó que le tocaban el brazo. Vio a Robby.

—¿Arriba? —le preguntó el niño.

Ella, sorprendida, lo sentó en el regazo para que pudiera ver a su padre leyendo.

—¡También ver! —exclamó él.

Nathan dio una palmada en el diván al lado de él. Elle se levantó con Robby y se sentó a su lado para que el niño también pudiera ver los dibujos. Su hombro quedó justo debajo del de Nathan y los brazos se tocaban.

El reloj de la repisa de la chimenea dio las horas y ella se acordó de las noches en Dodge. Pensó en la diferencia entre lo que estaba haciendo en ese momento y lo que estaría haciendo si se hubiese quedado, lo que había hecho todas aquellas noches en la casa de *madame* Fairchild. Los lunes y los viernes fueron de Ansel, naturalmente, pero lo jueves el cliente de una de las chicas pagaba para que ella mirara. Elle no había conocido otra cosa, eso había sido lo normal y le había parecido lo normal hasta ese momento.

Muchas veces, también había tocado el piano para los allí reunidos y había fingido no fijarse en lo que hacían las chicas y los hombres antes de subir a la habitación.

Ese día, al oír hablar a Celeste de Paul, al enterarse de más cosas de Nathan y al ver lo cariñosamente que trataba a sus hijos, había comprendido lo sórdido que había sido su pasado. Cada día tenía un motivo nuevo para agradecer que ya no estaba en Kansas y para convencerse de que no volvería a una vida como ésa.

Robby pesaba un poco, pero le gustaba tenerlo en el regazo y que se riera. Se inclinó hacia delante para señalar un dibujo y luego miró a Elle con la pregunta reflejada en los ojos.

—Es una rana —le explicó ella.

—¡Croooaaakk! —exclamó él con los labios arrugados e imitando a una rana.

Ella se rio y él también dejó escapar unas risitas. Elle notó que los ojos le escocían por las lágrimas de la felicidad que sintió al darse cuenta de que esos tres niños eran muy queridos y tenían un porvenir muy halagüeño. Nathan haría cualquier cosa por protegerlos y para que fuesen felices. Se dio cuenta de los privilegios y la inocencia que ella no había tenido. Hasta ese momento, nunca había comprendido realmente lo profundas que habían sido las privaciones de su infancia. Sintió una tristeza inmensa y una añoranza por algo que nunca podría recuperar.

—Es hora de prepararse para irse a la cama —dijo Nathan interrumpiéndole los pensamientos.

Robby saltó al suelo y salió corriendo. Christopher recogió sus juguetes antes de seguirlo y Grace rodeó el cuello de su padre con los brazos y esperó a que él se levantara y la llevara en brazos.

—¿Todas las hijas son las niñas de los ojos de sus padres? —le preguntó Nathan con una sonrisa.

Elle contestó con otra sonrisa porque no sabía nada sobre padres.

Cuando lavaron, cambiaron y arroparon a los niños, los dos adultos volvieron al despacho y Nathan le ofreció una copa de jerez.

—¿Ha sido agradable la visita a Celeste? —le preguntó él.

—Sí. Le va muy bien. Parece muy contenta con el señor Adams.

—La noticia es que Tom Bradbury está saliendo con tu amiga la señorita Kelly. Tom trabaja en el banco y vive en esta calle, un poco al este.

Entonces, ese Bradbury tenía que ser un hombre adinerado.

—¿Otro destacado amigo tuyo?

—Sí. Tom es un ciudadano ilustre.

No le extrañó que Lena se hubiese fijado en un hombre que, seguramente, era el segundo hombre más rico de la ciudad. Elle tomó la copa y fue hasta la ventana, abrió un lado de la cortina y miró a la noche. Los cristales estaban llenos de gotas de lluvia.

—¿Te sientes sola aquí?

Se sorprendió al oír su voz tan cerca. Miró por encima del hombro y lo encontró perturbadoramente cerca, con la copa en la mano y la mirada clavada en la noche.

—No, claro que no —contestó ella.

—Si alguna vez te sientes sola, ¿me lo dirás?

—No creo que tenga ocasión. La casa está llena de actividad por la tarde. Grace y Robby son una buena compañía durante el día.

—Grace no habla —replicó él.

—Lo hará —le aseguró ella.

—Pero ¿me lo dirás? —insistió él—. Una persona puede sentirse sola en un mar de gente y actividad.

Ella se sintió conmovida por su preocupación.

—Sí, te lo diré porque me lo has pedido —Elle se dio la vuelta para mirarlo y dejó que la cortina se cerrara otra vez—. ¿Te sientes solo?

Él miró su copa.

—No me había dado cuenta, pero lo estaba... antes de que tú llegaras.

—¿Y ahora?

—Ahora te tengo a ti —contestó él levantando la cabeza.

—Me conoces muy poco.

—Te conozco lo suficiente —Nathan ladeó la cabeza—. Eres inteligente y sensible. No había conocido a nadie que agradeciera aprender cosas nuevas y que se entregara cada día como lo haces tú. Algunas veces, me pareces tan inocente como uno de los niños y, acto seguido, tu mirada o algo que dices refleja el dolor de alguien que ha pasado una vida larga y complicada. Eres desconcertante.

—No soy complicada —replicó ella negando con la cabeza.

—Pero eres un misterio.

Ella dio un sorbo de jerez.

—No intento ser misteriosa.

Un trueno la sobresaltó y retrocedió un paso hacia él.

—¿Te dan miedo las tormentas? —le preguntó Nathan.

El trueno solo la había sorprendido, pero, por algún motivo, hizo que se acordara de lo que le había dicho Celeste sobre la legalidad del matrimonio.

—Bueno... sinceramente... —lo miró a los ojos—... me avergüenza reconocer que los truenos y los rayos me asustan.

Se acercó un poco más a él, quien tomó su copa, dejó las dos en una mesa y se dio la vuelta para abrazarla.

—No tienes nada que temer. Aquí estás segura.

Elle apoyó la mejilla en su camisa. Se había quitado la chaqueta después de cenar y cuando lo agarró del brazo, notó su musculatura y la calidez de su piel debajo de la tela. Cerró los ojos y captó el olor a almidón y a jabón de afeitarse que eran exclusivos de él.

No tenía miedo de las tormentas y nunca lo había tenido. No le daba miedo lo que pudiera pasar en el cielo, sino lo que pudiera pasar detrás de unas puertas cerradas. Le aterraba la idea de que dejara de ser bella y útil y que pudiera terminar como su madre. Por eso estaba allí. Su agudo sentido de la conservación superaba todos sus temores.

Él le acarició la espalda con una mano e introdujo la otra entre el pelo de la nuca. Se estremeció, separó la cara de su pecho y lo miró. Tenía los ojos oscuros, pero no eran negros ni marrones. Eran de un profundo color avellana con puntos verdes y enmarcados por unas pestañas negras. Tenía unos ojos afables que suavizaban sus facciones serias y sus labios bien delineados.

—Aquí estás segura —repitió él.

—Sí, lo creo.

Siempre que nunca supiera la verdad sobre ella. Le acarició el poderoso bíceps y la espalda con una mano y le pasó la otra por la pechera de la camisa. Los músculos del pecho se pusieron en tensión, cerró fugazmente los ojos y cuando volvió a abrirlos, su mirada velada se clavó en su boca.

—Puedes besarme —le ofreció ella—. Marido —añadió inmediatamente.

El deseo se reflejó en sus ojos, pero se contuvo como un santo. Elle había visto la ocasión y no estaba dispuesta a dejarse disuadir por su desconcertante vacilación.

—Bésame, Nathan.

Él bajó la cabeza y la besó en los labios. Ella recibió el beso y descubrió algo sorprendente: le gustaba mucho que la besara. Tenía un sabor dulce y ardiente y el placer la dejó sin respiración. Cerró los ojos, se dejó llevar por esa experiencia mágica y le tomó el mentón con la mano.

Él, al notar su contacto, ladeó la cabeza para besarla más profundamente. Ella habría gemido si hubiera tenido fuerzas o aliento. Le flaquearon las rodillas y se aferró a él.

Nathan la sujetó fácilmente, en realidad, con gusto. Era delicada e... increíblemente excitante. Era la mujer más generosa que había conocido y se entregaba a sí misma incondicionalmente, como entregaba su tiempo. Él se esforzaba por contenerse y reservarse y ella se entregaba plenamente. El contraste lo avergonzó. No debería aprovecharse de ella de esa manera, pero tampoco podía resistirse.

Le pasó la punta de la lengua por el bode de los labios y ella los separó con entusiasmo. Para sorpresa y placer de él, ella correspondió a su beso descarado

y elevó la intensidad del contacto. Su deseo por ella no había necesitado combustible para llegar al rojo vivo.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que lo que retumbaba no era su cabeza ni su cuerpo, sino que la tormenta era cada vez más atronadora. Elle se separó un poco.

—¿Puedo quedarme contigo esta noche? —susurró ella.

—Elle...

—Me siento segura contigo —le interrumpió ella.

—Si quieres... —concedió él incapaz de negarle algo.

Ella apoyó una mano en su pecho y lo miró a la cara.

—¿Esperarás fuera mientras me cambio?

—Esperaré —le aseguró él.

Ella se quedó cerca mientras él sofocaba un poco el fuego y apagaba los quinqués. Luego, la tomó de la mano y subieron las escaleras.

—Solo tardaré un momento. Dejaré la puerta entreabierta.

Él esperó en el pasillo y el susurro de su ropa lo abrasó por dentro. Ella volvió con un camisón blanco y tuvo que tomarla de la mano para no caer en la tentación de acariciarla por encima de la tela. Estaría desnuda por debajo y la capa de seda no bastaría para protegerla ni disimularla.

Él abrió la puerta de su dormitorio y ella entró por delante en la oscuridad.

—Acuéstate tú en la cama —le ofreció él.

Él podía quedarse en la mullida butaca mientras ella dormía.

—No puedo ocupar tu cama si no vas a dormir —replicó ella—. Tienes que descansar para trabajar mañana —Elle se dirigió hacia la puerta—. Volveré a mi habitación.

—No.

Ella se paró y se dio la vuelta para mirarlo.

—Quédate —le pidió él.

—De acuerdo.

Ella abrió la cama a oscuras y se metió. A Nathan le latía el corazón con tanta fuerza que ella tenía que haberlo oído. Se quitó la camisa, pero no los pantalones y se acercó a la cama. Eso no era bueno para su plan, ni para su cordura, ni para poder dormir.

Ella levantó las sábanas para que se metiera y él fue metiéndose lentamente. Elle le acarició inmediatamente el pecho.

—Me siento segura aquí, contigo.

No lo estaba, ni tenía ni idea de lo que estaba haciéndole a él.

—Descansa, Elle.

Ella se acurrucó con la cabeza debajo de su barbilla.

—Puedo oír los latidos de tu corazón. Me gusta el sonido.

Se sintió dominado por su seductor olor a canela, su pelo sedoso le acariciaba el pecho y tenía sus pechos, suaves y abundantes, estrechados contra

él.

—Elle, ésta no es una idea nada sensata —consiguió farfullar él.

—Me gusta cómo haces que me sienta, Nathan.

Ella levantó la cabeza y lo besó. Él vio estrellas al cerrar los párpados. Se apoyó en un codo y tomó el control del beso. Si mostraba la más mínima vacilación o miedo, ella podría retirarse. Elle le rodeó el cuello con un brazo. En cuanto él separó los labios, ella correspondió a su avidez. Quería entregarse a esa mujer, complacerla. Quería que fuese suya.



Capítulo 10

Elle se dejó llevar completamente por el beso y se sorprendió a sí misma, casi se asustó a sí misma. ¿Qué tenía Nathan Lantry que conseguía que sus besos fuesen especiales y que conseguía que quisiera saber algo más de esa maravilla apasionante? Había derribado irremediablemente las barreras que le habían protegido los sentimientos y el corazón. Ni siquiera quería reconstruirlas porque aquello le entusiasmaba. Lo que había empezado como un intento de unirse a él para sentirse segura se había convertido inmediatamente en una pasión que quería conocer y disfrutar.

—Elle... —susurró Nathan sin separar los labios.

Oír su nombre la llenó de dicha. Él le acarició el cuello con los dedos y ella se dio cuenta de que nunca había sabido que una simple caricia tenía la capacidad de despertar tantos sentimientos. Todo su cuerpo se estremeció de placer y sus pechos se endurecieron. Él le tomó uno por encima de la tela del camisón y ella suspiró. Se entregó al deleite de pasarle la mano por el vello del pecho antes de acariciarle el costado y la sólida espalda. Era tan fuerte, joven y vital que acariciarlo la dejaba sin aliento. La fuerza de su cuerpo contrastaba con su delicadeza al recorrerle la cintura y la cadera con la mano.

Él tomó los diminutos botones de su camisón y ella lo ayudó para que pudiera besarla en el pecho y trazara círculos con la punta de la lengua sobre sus pezones, hasta volverla loca.

Elle no estaba preparada para sentir ese arrebato de deseo que le brotó de las entrañas. Un rayo iluminó fugazmente la habitación y lo siguió un trueno que hizo temblar los cristales de la ventana. Metió los dedos entre el pelo de Nathan. Él levantó la tela de seda y le pasó los labios por el abdomen y siguió bajando hasta que esa caricia la transformó mágicamente, dejó de ser la mujer que fue una vez y se convirtió en la mujer que quería ser. Cerró los ojos para no ver los rayos, pero siguió viendo destellos por las caricias de sus manos, sus labios y su lengua. Sin dudarlo, se dejó arrastrar por las sensaciones que despertaba en lo más profundo de ella. Lo necesitaba, necesitaba sus caricias devotas tanto como el aire o la comida, con la misma intensidad y perentoriedad.

Cuando creyó que ya no podría aguantar un segundo más ese placentero tormento, él la llevó al borde de esa liberación perfecta. Los temblores convulsos dieron paso a un delicado estremecimiento y una relajación sublime de los miembros. Quiso corresponderle y lo agarró para colocarlo encima, pero él, en vez de descender sobre su cuerpo anhelante, tomó el edredón y la tapó

con él. Se tumbó al lado de ella, le dio la vuelta y la abrazo por detrás separados por el batiburrillo de sábanas.

—Nathan... —susurró ella sin entenderlo.

—Shh... Descansa.

—Pero Nathan... —insistió ella.

—Esto ha traspasado ampliamente los límites de un noviazgo, pero todavía necesitas tiempo para confiar en mí. No quiero estropear lo que podemos lograr solo por precipitarme.

Él lo dijo con delicadeza, pero también con firmeza. Le apartó el pelo del cuello y la cara para besarla en el mentón.

Nada la había preparado para un hombre así. Era cariñoso, incondicional, se preocupaba por su bienestar y anteponía su supuesta virtud a las necesidades y anhelos de él.

No había llorado desde que era pequeña y tampoco iba a perder el control en ese momento. Se tragó la sensación abrasadora de la garganta y cerró los ojos con fuerza para mantener la compostura.

Tumbada en su cama y abrazada por él, su olor la impregnaba. Era su esposa. La esposa de Nathan Lantry. Se había casado con ella después de verla una sola vez aunque esa decisión tan impulsiva era incongruente con todo lo que había llegado a saber de él. Había creído, porque era lo único que podía creer, que se convertiría inmediatamente en un objeto de placer para él, que ella satisfaría sus necesidades físicas y que él le proporcionaría una casa y seguridad. Le había proporcionado una casa y seguridad, pero ella no había saciado sus necesidades físicas ni mucho menos. Ese hombre tenía una voluntad de acero.

Elle se despertó bañada por la luz del sol y entre un revoltijo de sábanas. Era una sensación deliciosa, ronroneó, se estiró y abrió los ojos. Estaba sola. Se sentó para orientarse y despertarse del todo. La noche anterior el sueño se adueñó de Elle con una sensación de calidez y ahora recordaba todo lo que había pasado entre ella y su marido, hasta el momento más nimio. Sonrió, fue una sonrisa necia e indulgente consigo misma. Supuso que estaría despeinada y comprendió que tendría que ir a su habitación para asearse y cambiarse. ¿Qué hora era y dónde estarían Nathan y los niños?

Se levantó, se acercó al escritorio de Nathan y vio la foto enmarcada. Estaba en lo alto del escritorio, donde no podía pasarle desapercibida a ella, donde Nathan la vería cada vez que se acostara y que se levantara. Era una foto de Nathan sentado con una mujer detrás, de pie y vestida de novia. Elle fue a tomarla, pero se detuvo y retiró la mano. Sin embargo, se inclinó para mirar detenidamente la cara de la novia de pelo rubio. No podía considerarse bella según algunos criterios, pero tenía una sonrisa muy dulce y un aire de pureza inigualable. Elle sintió una opresión en el pecho. Su vestido era de satén y

estaba bien confeccionado. Su pelo rubio estaba recogido debajo del velo con cuentas de cristal. Deborah... Solo pudo pensar que era inocente, que se había entregado a su marido pura e inmaculada. Nathan había respetado su castidad como creía que respetaba la de ella al no hacer el amor.

Que su primera esposa estuviese puesta donde él podía verla cada vez que se acostaba y se levantaba le molestó de una manera que no quiso analizar muy detenidamente. Mantenía cerca a Deborah porque todavía la amaba. La lloraba. Se había abalanzado sobre él, había intentado seducirlo en cuanto había podido, pero ni siquiera la noche anterior lo consiguió. Lo que unas horas antes había celebrado, en ese momento le parecía tan inmundo como todo lo referente a su vida, tan inmundo como todo lo referente a quien era ella.

Se agarró el camisón para cerrárselo en el cuello y salió apresuradamente de la habitación.

Media hora más tarde, bajó a la cocina, en plena actividad.

—Lo siento, me he dormido —se disculpó con la señora Shippen, quien estaba lavando una camisa de niño.

Charlotte estaba secando un plato junto al fregadero y Grace y Robby estaban sentados a la mesa de la cocina jugando con unos aros de madera y un pequeño poste sobre una base.

—Buenos días —los saludó—. ¿A qué estáis jugando?

Grace levantó uno de los aros para que Elle pudiera verlo.

—Nunca lo había visto. ¿Cómo se juega?

Grace lanzó el aro y entró en el poste dando vueltas.

—Se llama *quoit* —le explicó la señora Shippen—. Habrá visto la versión que se juega al aire libre, ¿no?

—No —contestó ella.

—Quieres intentar... —dijo Robby entregándole un anillo.

Ella, emocionada de que la incluyera en su juego, tomó el aro y lo lanzó, pero no acertó.

—Me parece que tengo que practicar.

—Señora Lantry, usted puede dormir hasta la hora que quiera —le dijo la señora Shippen en voz baja.

—Siéntese —le pidió Charlotte asintiendo con la cabeza—. Le he reservado un plato.

—Eres muy amable, Charlotte, pero puedo tomarlo yo misma, gracias.

Agarró un paño y sacó el plato del horno. Charlotte dejó un tenedor en la mesa y le sirvió una taza de té. Elle desayunó mientras los niños jugaban. Cuando terminó, echó azúcar al té y lo bebió.

—Señora Shippen, ¿veía a la otra señora Lantry cuando se vestía para ir a fiestas o para salir por la noche?

—Sí, señora.

—¿Puede decirme cuál sería el vestido adecuado para esa gala de primavera?

—La señora siempre se ponía un vestido bonito con joyas elegantes y guantes. Además, compraba un regalo para la anfitriona.

—¿Qué tipo de regalo?

—Bombones o papel para cartas o bolsitas perfumadas... Algo así.

—Entonces, lo mejor será que lo compre hoy mismo. ¿Sería inoportuno que saliera esta mañana?

—Yo estoy aquí para facilitarle las cosas a usted, no al revés. Dígame sus planes y yo me ocuparé de los niños.

Elle se levantó y dejó su plato en el fregadero, donde Charlotte lo lavó inmediatamente. Elle se quedó a su lado mientras lo secaba con un paño.

—¿Qué más cosas hacía la señora Lantry?

—Hacía la lista de la compra —contestó la señora Shippen—. Supervisaba la limpieza de la casa, llevaba el presupuesto y organizaba alguna fiesta de vez en cuando.

—¿Cómo se sabe qué poner en la lista de la compra?

La señora Shippen miró a Charlotte antes de abrir un cajón y sacar un trozo de papel. Elle lo leyó y entendió la lógica de las cosas que se necesitaban. No sabía cómo se llevaba una casa.

—Lo compraré hoy.

—Muy bien.

Elle se puso el chal y tomó el bolso, pero se detuvo y volvió a entrar en la cocina.

—¿Cómo se paga?

—El señor Lantry tiene cuenta en las tiendas. Los comerciantes le mandan la factura.

—Vaya, es muy cómodo...

La señora Shippen la miró con extrañeza mientras ella se despedía de los niños.

El mero hecho de bajar los escalones hasta la calle y caminar por la acera le producía verdadera euforia. Nunca se cansaría de tener la libertad de entrar y salir cuando quisiera. Una vez en la calle principal, algunos hombres y mujeres la saludaron. Un tendero la reconoció de la iglesia y le saludó con la mano. Ella sintió algo cálido en el pecho y sonrió para sus adentros. Las mujeres no murmuraban a su paso. Elle se quedó mirando los escaparates y familiarizándose con las tiendas y las cosas que vendían. Entró en una y sonó una campanilla. Oyó voces femeninas en un lado de la tienda, pero siguió a lo suyo y eligió una caja de papel de cartas. Se acercó al mostrador y se fijó en una mujer que se apartaba de las otras para pagar unos polvos de talco y un paquete de agujas. Tenía la mirada baja y no la elevó hacia ella.

—Hola —la saludó la tendera—. ¿No es usted la nueva señora Lantry?

—Sí.

—Encantada de conocerla, señora. Soy Edwina Harrison. Mi marido lleva esta tienda.

—¿Qué tal está?

Otra mujer se apartó para abrir el círculo a Elle. Charlaron un rato sobre la gala de primavera y Edwina tomó la caja con papel de cartas.

—¿Es todo lo que quiere hoy?

Elle miró a la mujer que estaba allí antes que ella y que seguía esperando en silencio.

—Ella estaba antes que yo —Elle retrocedió un paso e hizo un gesto a la mujer—. Pase.

Era mayor que ella, delgada y con arrugas alrededor de los ojos. Iba decorosamente vestida, como todas ellas, pero no llevaba anillo de casada en la mano. Su rostro reflejó sorpresa, pero no levantó la cabeza y mantuvo la mirada clavada en algo que había en un estante inferior.

—No, pase usted primero.

—Se lo envolveré —intervino Edwina dirigiéndose a Elle—. ¿Lo apunto en la cuenta del señor Lantry?

Elle, desconcertada, retrocedió otro paso más.

—No, insisto en que atienda antes a esta dama. Estaba esperando cuando llegué.

—Bess Duncan no es una dama, señora Lantry —dijo en voz baja la mujer que Elle tenía a su izquierda.

Elle, con un nudo en las entrañas, miró a la mujer llamada Bess. La mujer, humillada, apretó los labios y acabó levantando la mirada. Elle se quedó paralizada por el dolor y la humillación que vio en lo más profundo de sus ojos grises y apagados, un dolor y una humillación que conocía muy bien. Nunca había visto a Bess, pero la conocía muy bien, conocía su miedo y su desesperanza, conocía el aislamiento y la censura que la habían acompañado durante mucho tiempo. Miró su reflejo como si fuera un espejo y vio la desesperación.

Bess, con una dignidad enorme, dejó lo que había elegido en el mostrador más cercano, se dio media vuelta y se marchó de la tienda. La campanilla sonó con una fatalidad siniestra.

—Qué descarado —dijo una de las mujeres—. Viene como si pudiera comprar tranquilamente con todas nosotras.

Elle dejó la caja con el papel para cartas encima del mostrador y luego, impulsivamente, tomó los polvos de talco y las agujas que había abandonado Bess.

—También necesito esto.

Edwina la miró con los ojos entrecerrados, pero envolvió todo con papel marrón y le dio el paquete a Elle. Elle no oyó nada más de lo que dijeron las mujeres, dio las gracias y se marchó precipitadamente. Una vez fuera, miró a todos lados hasta que distinguió a la mujer que se alejaba rápidamente. Se

levantó el borde de la falda y corrió detrás de ella. Al oír las pisadas, la mujer se detuvo, se apoyó de espaldas en una fachada como si esperara un ataque y miró a Elle con cautela. Ella se detuvo a un par de metros. Una vez allí, no sabía qué decir. Lo que más temía en su vida era acabar como aquella mujer. Miró alrededor nerviosamente, rasgó el papel del paquete, sacó la caja, volvió a envolver el resto y se lo ofreció a la mujer.

— Es suyo.

Bess no lo tomó.

— No deberían verla hablando conmigo. No le gustaría nada a sus amigas.

— Me da igual lo que piensen. Tome esto, por favor. Sé que lo necesita. Por favor.

Bess lo tomó lentamente, se llevó el paquete al pecho y miró fijamente a Elle durante un rato bastante largo e incómodo. Rebuscó en el pequeño bolso que llevaba colgado del brazo, sacó una moneda y se la ofreció a Elle.

— No, es un regalo — replicó ella.

Bess parpadeó, pero miró un momento a los ojos de Elle.

— ¿Por qué? — le preguntó.

— Porque no todas somos como ellas — contestó Elle.

Los ojos de Bess reflejaron la gratitud, un sentimiento que le dolió ver. Era evidente que hacía mucho tiempo que nadie la trataba con amabilidad. Evidente y desacertado. Elle se dio la vuelta y se alejó.



Capítulo 11

Elle no había estado nerviosa ni el día de su boda. Entonces, no sabía lo importante que era causar una buena impresión por Nathan. Se cambió tres veces de vestido hasta que quedó satisfecha. El vestido que le pareció más adecuado tenía una cinturilla ceñida de terciopelo azul y el cuerpo estaba hecho de crepé azul agua que caía en ondulaciones sobre el escote. La falda, de la misma tela, tenía una sobrefalda adornada con rosas de gasa y llevaba otra rosa en el hombro izquierdo. Un zafiro cuadrado le colgaba del cuello sujeto por una cinta de seda y los pendientes eran de la misma piedra preciosa. Unos guantes de terciopelo azul, como la cinturilla, le llegaban hasta los codos. En la mano derecha, por encima del guante, llevaba un anillo con zafiro. También se había sujetado unas rosas en el pelo recogido en lo alto de la cabeza.

Elle, una vez arreglada, entró de puntillas en el cuarto de los niños. Christopher y Robby tenían los ojos cerrados, pero Grace abrió los suyos con admiración. Ella la arropó bien por debajo de la barbilla.

— Buenas noches, pequeña.

Grace sacó una mano para tocarle un pendiente y le sonrió con timidez. La señora Shippen, que estaba sentada en una mecedora mientras esperaba a que Grace se durmiera, también le sonrió y le deseó que se divirtiera. Elle bajó las escaleras y se encontró con Nathan en el recibidor. Él la miró con lo que esperó que fuese aprobación.

— ¿Te parece inadecuado? — preguntó ella.

— Eres la mujer más exquisita que he visto jamás — consiguió decir él—. Nadie se fijará en los increíbles arreglos florales de Phoebe cuando llegues.

— Quiero que estés orgulloso de mí.

— Soy el hombre más afortunado de todo Wyoming — replicó él mirando hacia abajo—. Creo que se te ha desatado el botín.

— Vaya, los até con los guantes puestos.

— Permíteme.

Él se arrodilló sobre una rodilla con su impresionante traje negro y le hizo un gesto para que le diera el pie. Ella se levantó el borde del vestido y obedeció. El botín color bronce se elevaba unos diez centímetros por encima del tobillo y estaba abierto por delante, solo se sujetaba al pie y la pierna con un encaje de seda, como era la última moda cuando los encargó. Nathan ató la cinta con un lazo firme, se levantó y le ofreció el brazo. Ella desplegó el chal de encaje y se lo puso por encima de los hombros.

— Hay un regalo para la anfitriona en la mesa — comentó ella.

Él recogió el paquete y se lo puso debajo del hombro.

—Está a una manzana y había pensado ir dando un paseo. ¿Puedes?

—Naturalmente —contestó ella.

—Algunas veces, los zapatos de las mujeres no tienen la suela muy firme y el pavimento es de adoquines todo el rato.

—Estos botines tienen una buena suela por ese motivo.

En realidad, agradecía ese rato para serenarse. Disfrutaría con el paseo y el aire fresco. Nathan le tomó la mano y ella solo pudo pensar en la noche lluviosa que había pasado en su cama. Miró hacia arriba, pero no vio ni una nube en el cielo estrellado.

Una vez en casa de los Crandall, un sirviente tomó el chal de Elle y los acompañó hasta una habitación enorme que ya estaba llena de invitados.

—Soy Phoebe Crandall, querida —se presentó una mujer sonriente que se había acercado a saludarlos—. Él es mi marido, Richard.

Richard le tomó la mano y se inclinó cortésmente.

—Había oído decir que Nathan se había casado con una mujer muy bella, pero no me imaginaba que lo fuese tanto.

Elle sonrió con educación. No le había gustado cómo la había mirado, con más lascivia que admiración. Retiró la mano y tomó el brazo de Nathan mientras le entregaba el regalo a Phoebe.

—Es un detalle para ti.

—Gracias, querida —ella dejó el paquete en una mesa y Elle se fijó en el montón de regalos—. Podéis serviros las bebidas allí.

Nathan entró en la habitación con Elle y le señaló un mueble bar con tapa de mármol.

—¿Quieres beber algo?

—Lo mismo que tú.

Él sirvió un líquido rojo en una copa y se lo dio a ella. Nathan había tenido razón cuando le habló de las flores. Había flores por todos los rincones. Elle le preguntó a Nathan los nombres y él sabía casi todos. No pudo evitar acordarse de Celeste y de lo que le gustaron las flores silvestres que ella le llevó.

—Hola, Elle.

Ella se dio la vuelta y se encontró con Lena.

—Me había preguntado qué tal te iría. Visité a Celeste esta semana y está muy contenta con su rancho.

—Me alegro por ella.

Lena sonrió levemente y miró por encima de su hombro como si esperara a alguien. Un hombre algo mayor se acercó y saludó a Nathan con la cabeza. Nathan le tendió la mano.

—Tom...

Los dos hombres se estrecharon la mano.

—Te presento a mi esposa, Elle. Elle, te presento a Tom Bradbury.

Elle intercambió algunas cortesías con el hombre bajo la atenta mirada de

Lena.

—¿Te gusta nuestra ciudad en crecimiento? —le preguntó él.

—Sí, es muy agradable —contestó ella.

—El teatro estará terminado a finales del verano. Habrá óperas y representaciones y tendremos casi todas las ventajas de vivir en el Este.

—El teatro ha sido el proyecto preferido de Tom —le explicó Nathan.

—Estamos intentando cualquier cosa para atraer a más mujeres y familias

—siguió Tom—. ¿Te gusta la ópera? Lena dice que le gusta.

—No he visto ninguna.

Lena la miró a los ojos y mantuvo la mirada mientras los hombres hablaban.

—¿Nos disculpáis un momento? —preguntó Tom—. Quiero que Nathan comente una cosa con Leland Howard.

Los dos hombres se alejaron.

—Parece que te van bien las cosas —dijo Lena cuando se quedaron solas.

—¿Por casarme con Nathan? Sí, es un hombre admirable. Es amable con los niños y los empleado» y generoso con su tiempo y dedicación.

—Y rico, claro —añadió Lena.

Elle la miró por su tono irónico.

—Sí, tiene dinero.

—Espero que estés empleando todos tus recursos para tenerlo contento. Sería una pena que perdiera el interés.

A Elle no le gustó el comentario y tampoco supo por qué lo hizo. La animadversión de Lena no tenía ningún fundamento que ella conociera. En Dodge vivieron bajo el mismo techo y cenaron juntas, pero no habían intercambiado más de una docena de palabras hasta que se marcharon al Oeste con el grupo. Elle dio un sorbo de su bebida y Lena se mezcló con la multitud. La anfitriona miró a Elle y se acercó a ella.

—Ya veo que has encontrado las bebidas —comentó Phoebe con las cejas arqueadas.

—El jerez es muy bueno.

—Yo también doy un sorbo o dos de vez en cuando —Phoebe se inclinó hacia ella—. Pero no permitiría que las demás mujeres me vieran.

—¿Es impropio de una dama? —preguntó Elle bajando la copa.

—Algunas piensan que no es decoroso —contestó Phoebe ladeando la cabeza.

—Ah... —Elle buscó un sitio para dejar la copa, pero Phoebe la tomó y la dejó detrás de un helecho—. Gracias. Estaba preocupada por cometer un error así. No quiero dejar mal a mi marido.

—No lo dejarías mal ni aunque quisieras —replicó Phoebe con una sonrisa sincera—. Eres demasiado encantadora y bien educada. ¿Te gustaría ver mi última obra?

Phoebe la llevó a una habitación profusamente decorada que tenía un

piano, varias butacas tapizadas, un montón de plantas en macetas y distintas obras de arte sobre peanas de hierro labrado. Todas las superficies estaban cubiertas con paños de encaje, marcos, cajitas enteladas y cuencos de cristal con pétalos y hojas.

—He pasado semanas trabajando en este biombo.

El objeto era un biombo plegable con bisagras que tenía un collage con cientos de imágenes de mujeres y flores.

—Cubrí los asientos de las butacas durante el invierno.

Elle se fijó en los bordados y en los cojines con flores y no pudo imaginarse el tiempo que había necesitado para hacer todo eso.

—¿Has hecho todo esto?

Phoebe asintió con la cabeza y mostró a Elle unos adornos hechos con conchas y trozos rotos de porcelana blanca y azul.

—Regalé algunos de estos en las Navidades del año pasado.

Elle no supo muy bien qué eran, pero asintió con la cabeza.

—Son muy originales.

—¿A qué te dedicas cuando ha anochecido? —le preguntó Phoebe.

Fundamentalmente, se dedicaba a intentar seducir a su marido, pero no creyó que Phoebe quisiera oírlo.

—Bueno, se puede decir que acabo de... desembarcar.

—Claro —Phoebe volvió a señalarle el biombo—. Me quedan estampas y recortes si tienes pensado hacer algo con pegamento. ¿Qué coleccionas?

Elle echó una ojeada a los cuencos y cestas que había en todas las superficies.

—Un poco de todo, como tú.

—¡Por fin te encuentro!

Betsy Iverson entró y se paró en seco para admirar el biombo.

—Es precioso. ¿Cuánto has tardado?

—Desde febrero.

El orgullo de Phoebe fue evidente por su manera de levantar la cabeza como si, efectivamente, hubiese sido una proeza. Elle se sintió completamente desorientada porque no sabía nada de las cosas que llenaban el tiempo de esas mujeres. ¿Esperaba Nathan que bordara los asientos de las butacas y pegara estampas en cada espacio vacío? Desde luego, no esperaba que hiciera las tareas de la casa ni que lo satisficiera sexualmente, ¿qué más quedaba?

—Me temo que todavía soy una novata como esposa —Elle miró a Phoebe y a Betsy—. ¿Puedo contar con vuestra sensatez y conocimiento para haceros algunas preguntas?

—Naturalmente —contestó Phoebe—. Siéntate. Betsy, acompáñanos, por favor.

Elle se sentó en una butaca.

—¿Cuáles son exactamente vuestras obligaciones en vuestras casas?

Las mujeres estuvieron encantadas de contarle sus responsabilidades

domésticas, entre las que estaba supervisar a los empleados y la limpieza, planificar las comidas y organizar cenas con invitados.

—El colegio donde me eduqué no me preparó lo suficiente —les explicó Elle—. No tengo ni idea de hacer esas cosas.

—No puedo entender que un colegio de señoritas haga algo así. Demuestra una falta absoluta de previsión. Es fundamental aprender a ser una esposa —se indignó Betsy—. Tu misión es crear un paraíso de paz y pureza. La primera obligación de una esposa es conseguir que su casa sea el sitio más feliz y plácido de la tierra. Consultamos revistas femeninas para asuntos como la moda, la etiqueta, la decoración, la costura o la disposición de la mesa.

—También hay manuales. Te dejaré el mío —añadió Phoebe mirándola fijamente—. Betsy tiene razón. Es difícil comprender que un colegio para señoritas no enseñe lo necesario para llevar una casa. Yo aprendí costura a los once años y llevaba una bolsa con la labor.

—Efectivamente, mi educación fue lamentablemente deficiente —concedió Elle.

—¿Cuáles son tus talentos, querida? —le preguntó Betsy—. ¿Pintas porcelana?

A Elle se le cayó el alma a los pies.

—¿La música?

—¡Sí! —exclamó Elle—. Leo música y la interpreto. Enseñaré a los niños en cuanto llegue el piano nuevo.

Las otras mujeres se miraron y asintieron con la cabeza como si sintieran alivio por no tener que expulsar a una invitada vulgar y que no estaba a su altura.

—Además, estudié arte, historia y francés —añadió Elle.

—¿Hablas francés? —le preguntó Betsy.

—Con fluidez.

Las mujeres volvieron a mirarse.

—Me atrevería a decir que eres la única mujer de Sweetwater con un conocimiento tan refinado —le halagó Phoebe—. La envidia va a corroer a Minnie Oliver.

—Aun así, tu casa tiene que ser más elegante —afirmó Betsy con seriedad—. La falta de decoración visible hace dudar de la personalidad de una mujer y no puedes permitir que tu marido sufra esa indignidad.

—Claro que no. No sé por dónde empezar —reconoció Elle mirando alrededor abochornada por su ignorancia.

Betsy tomó aliento y luego resopló.

—Te ayudaremos.

Elle le sonrió con gratitud y Phoebe le señaló su piano.

—¿Por qué no nos tocas algo?

Había tocado para los visitantes de la casa de *madame* Fairchild casi todas las noches y no se había podido imaginar que sería correcto tocar para aquellas

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

personas, pero las dos mujeres la miraban con una sonrisa expectante. Sintió que los nervios le atenazaban el pecho, pero se acercó al piano.



Capítulo 12

Elle se sentó y levantó la pesada tapa. El instrumento de Phoebe era magnífico y sintió una emoción muy profunda solo de mirarlo. La anfitriona la enseñó unas partituras para que pudiera leer los títulos. Ella no reconoció ninguna pero abrió una que se llamaba *Hilos de plata entre el oro* y la tocó. Las dos mujeres se pusieron a cantar inmediatamente. Cuando estaba terminando sus amigas la aplaudieron y ella enlazó, con toda naturalidad, con un concierto de un compositor alemán. Hacía semanas que no tocaba y se dejó arrastrar por las notas y la pasión. Nunca le había dejado de sorprender que los grandes compositores hubiesen sabido juntar los acordes de una forma tan notable y hubiesen creados piezas tan emocionantes.

Su primer profesor convenció a *madame* Fairchild de que Gabrielle había superado su capacidad para enseñarla y ella contrató a un hombre de ascendencia rusa para que la formara durante dos años. Esas lecciones y el tiempo que practicó fueron su evasión y exprimió cada segundo de libertad para hacer algo que le gustaba. Después, el castigo por no obedecer las órdenes más estrictas de *madame* Fairchild fue impedirle la entrada en el cuarto de música. Elle siempre había sido obediente.

Las últimas notas del concierto se desvaneciendo y ella tomó una profunda bocanada de aire. Se recompuso, juntó las manos y levantó la mirada. Betsy tenía lágrimas en los ojos y la otra mujer también parecía sinceramente conmovida. Alrededor estaban los demás invitados, que se habían reunido sin que Elle se diera cuenta. Avergonzada, se sonrojó y vio que Nathan la observaba con una expresión de asombro. Se oyó un aplauso y luego dos hasta que todo el mundo empezó a aplaudir entre sonrisas de aprobación.

—Ha sido precioso —la felicitó Mildred.

Los demás asintieron y Elle, ruborizada, se levantó y se acercó a Nathan.

—Me gustaría una taza de ponche.

Él la llevó a la otra habitación y le sirvió una taza.

—No sabía que tuvieses tanto talento.

Ella se lo agradeció y tomó la taza.

—Ya te dije que sabía tocar y que podía enseñar.

—Sí, pero no me imaginaba esto. Muchas mujeres saben tocar el piano, Elle. Tienes talento. Ni siquiera puedo decirte lo que he sentido con tu música. Como ha dicho la señora Evans, ha sido precioso.

La había visto de verdad por primera vez y sintió una oleada de satisfacción muy cálida. Parpadeó con fuerza para contener el inusitado escozor

de las lágrimas. Que apreciara su talento musical significaba más que mil halagos por su aspecto externo. Le agradaba haber causado una buena impresión a sus amigos, pero lo que le importaba de verdad era la elevada opinión de Nathan.

Bebió ponche y comió algunos entremeses, pero el resto de la velada transcurrió como en una nebulosa porque la emoción se había adueñado de ella y difuminaba todo lo que hacía y pensaba.

De vuelta a casa, Nathan entrelazó los dedos con los de ella y la besó con cariño en el recibidor en penumbra. Solo se había atrevido a soñar que un hombre la mirara como lo hizo Nathan, con admiración y respeto. Por primera vez, deploró haber tenido que engañar. Sin embargo, no había tenido otro remedio. Había trazado un plan, lo había seguido hasta el final y sin esa mentira, no tendría nada de aquello. Tendría que vivir con esa farsa, una farsa que tendría que convertirse en su realidad.

—Buenas noches, Elle —se despidió su marido mientras subían las escaleras—. Que duermas bien.

Elle no podía dormirse por todo lo que le daba vueltas en la cabeza. Se levantó, se puso la bata y las zapatillas y encendió los quinqués y lámparas del recibidor y la sala. Efectivamente, no tenían adornos y no se veían encajes ni borlas por ningún lado. Pronto tendría que recibir y esa casa tenía que reflejar buen gusto y refinamiento. Era imprescindible que creara una atmósfera positiva para su marido. Lo que ella hiciera podía tener repercusiones en su nominación y elección. Ella no sería una rémora.

Tomó una de las revistas que le había dejado Phoebe, la ojeó y se detuvo para leer un consejo que confirmaba lo que le habían dicho: «Una mujer debería mostrar su capacidad artística y entregarse plenamente a la decoración de la casa». Todo lo que creaba una esposa eran símbolos importantes de la naturaleza femenina y la vida doméstica.

—Una mujer que hace costura —leyó en voz alta— mientras está de visita o está sentada delante de la chimenea por la noche da una imagen más cautivadora.

Nathan la encontraría más cautivadora si tuviera aguja e hilo entre las manos. Cerró la revista y la dejó en el diván. Naturalmente, un hombre recto esperaba que su esposa fuese decorosa, que supiese llevar una casa y recibir. Deseó que llegase la mañana para ir a la ciudad a llevar a cabo su ardua tarea. Sería atractiva para Nathan aunque tuviese que emplear toda su energía.

Elle dedicó la semana siguiente a comprar en la tienda principal o a hacer pedidos del catálogo. Más que zapatos, medias o tela, pidió encajes, tapetes con cenefas, cajitas y un biombo para decorar. Se puso una mesa en un rincón del despacho de Nathan y, al anochecer, trabajaba en distintas ideas.

El jueves, asistió al ensayo del coro en la iglesia y las demás mujeres la

recibieron de muy buena gana. También asistió otra de las chicas que había viajado con ella a Sweetwater. Luego, cuando se reunieron en casa de Minnie Oliver a tomar el té, se fijó en los esfuerzos que hacía Rita Thomas para no desentonar. Observaba a las demás para aprender a sujetar la taza o a preparar el té. La pobre temblaba tanto que se le derramó el té y salpicó el brazo de la butaca. Minnie fue a buscar un paño para limpiarlo y a Rita se le empañaron los ojos de lágrimas.

—No te preocupes, querida —la tranquilizó Minnie—. No ha pasado nada, ¿lo ves?

Rita asintió con la cabeza, pero se excusó y se dirigió hacia la puerta. Las demás mujeres parpadearon apenadas y Betsy se dirigió a Elle.

—No me importaría hablar con ella, pero como es tu amiga, tú la consolarás mejor.

Elle solo había hablado un par de veces con Rita antes de ir a Wyoming, pero se levantó y salió al porche. Rita estaba sentada en una silla de enea con las manos cruzadas sobre el regazo.

—Estropeo todo lo que intento.

—No le ha pasado nada a la butaca. Cualquiera podría haber derramado un poco de té.

—Tú, no.

—Minnie se siente mal porque estás disgusta.

—Me pongo muy nerviosa cuando estoy entre esas mujeres —reconoció Rita—. Me siento fraudulenta cuando me miran o me hablan.

—No eres fraudulenta, Rita. Ahora eres una mujer respetable. Eres una más aquí.

Rita la miró con sus luminosos ojos marrones.

—¿Te sientes como una más?

—Estoy decidida a hacer lo que haga falta para serlo —contestó Elle—. Ésta es la vida que siempre hemos querido y ahora la hemos alcanzado. ¿Tu marido es un buen hombre?

—Sí —contestó Rita con una expresión más tranquila—. Es un hombre muy bueno.

—¿Puedes ser feliz con él?

—Sí —volvió a contestar Rita con una sonrisa vacilante.

—Tomar el té por la tarde no es algo tan complicado en comparación con Dodge, ¿verdad?

—Ni mucho menos —Rita sacó un pañuelo del bolso y se secó los ojos—. Es que me pongo muy nerviosa cuando estoy con mujeres decentes. Tengo la sensación de que pueden ver dentro de mí.

—Pues no pueden. Pon la mejor de tus sonrisas y vamos a tomar el té.

Elle la ayudó a levantarse, Rita la tomó del brazo y volvieron adentro.

La casa de Minnie, como la de los Crandall, estaba abundantemente decorada. Las paredes estaban empapeladas hasta los techos con dibujos y las

cortinas estaban abiertas y sujetas con cordones con borlas. Minnie había puesto frascos de cristal y retratos con marcos ovalados por las mesas. También tenía una vitrina rebosante de piezas de vidrio y en las paredes había platos de porcelana pintada muy bien dispuestos. Elle observó la enorme repisa de la chimenea hecha de espejo y los estantes con figuritas de porcelana. Todavía no había reunido suficientes objetos.

—Rita, ¿me acompañarías esta tarde a la tienda principal?

—Claro —contestó Rita aunque pareció sorprendida por la invitación.

—¿Coleccionas algo? —le preguntó Elle más tarde, cuando se dirigían hacia la calle principal.

—¿Como qué?

—No lo sé. ¿Has visto las habitaciones llenas de cosas de estas mujeres? He comprobado que se espera que una mujer tenga todas esas cosas. Si no, es una vulgaridad.

Pasaron por el banco, donde Elle había abierto una cuenta cuando llegó, visitaron tres tiendas y compraron e hicieron pedidos. Cuando Rita comentó que se sentía incómoda al gastarse el dinero de su marido en caprichos, Elle le preguntó si le importaba gastarse el dinero de Ansel Murdock. Rita se rio y Elle pagó las compras.

Cuando llegó a casa, el piano ya había llegado. Para su asombro, no era un piano vertical, sino uno de cola corta. Todavía tenía que ir alguien para afinarlo y, por el momento, se limitó a admirarlo y a pensar cómo decoraría la habitación a su alrededor.

Al día siguiente, fue al centro de la ciudad para comprar mesas y vitrinas al ebanista. Esa noche, le preguntó a Nathan si podía contratar a alguien que la ayudara a recolocar los muebles y él accedió. Él no podía entender por qué su esposa había decidido redecorar su casa, pero si eso hacía que estuviese feliz, él se sentía encantado. El martes, entró en el comedor para cenar y vio unos muebles que no conocía. Eran un espejo enorme encima de un aparador muy grande con baldas a los costados que tenían platos de porcelana desconocidos para él.

—¿De dónde has sacado esos platos? —le preguntó él mientras cenaban.

—Los he pedido. ¿Te gustan?

—Sí, me gustan.

A los lados del espejo había dos floreros de latón con tallos secos y plumas de pavo real.

—Los floreros son muy poco corrientes.

—También compré un par de floreros de porcelana blanca y azul y puedo decidir cuáles me gustan más aquí. Mañana pondré los otros para que los compares.

Nathan y la señora Shippen se miraron, pero ella se limitó a cenar sin hacer ningún comentario. Él decidió hacer lo mismo.

Unos días más tarde, él llegó de trabajar cuando dos jóvenes estaban

marchándose. Lo saludaron educadamente y se secaron el sudor de la frente mientras se alejaban precipitadamente.

—¡Papá! ¡Mira! —le llamó Christopher desde el fondo del recibidor.

Nathan colgó la chaqueta del remate de la escalera y entró apresuradamente. Lo primero que vio fue la cortina ribeteada que colgaba de la puerta y estaba sujeta a un lado. La habitación que había sido la sala se había transformado tanto que no la reconoció. El piano ocupaba un rincón y la parte de detrás estaba llena de helechos muy altos en maceteros sobre peanas de latón. Los muebles estaban agrupados en pequeñas zonas para conversar y se habían añadido media docena de mesas y sillas nuevas. En el centro había una mesa redonda de madera oscura y con una base parecía un harpa. Encima tenía unos pedestales bajos con bustos de escayola. Reconoció a dos, eran Chopin y Beethoven, y supuso que los demás también eran compositores. Unas cortinas color vino colgaban a los costados de las ventanas, que tenían visillos de encaje. En todas las superficies había colecciones de conchas y cajas con adornos. Grace, fascinada, miraba dos bailarines de porcelana que daban vueltas dentro de una caja de música abierta.

Su primera intención fue preguntar de dónde había salido todo eso, pero no encontró las palabras y, seguramente, fue lo mejor. Elle, que estaba enseñando un cuenco con canicas a Robby, se incorporó y se acercó a Nathan con una expresión expectante.

—¿Qué te parece?

—Yo... yo no sé bien qué decir —contestó él con sinceridad—. Está muy distinto.

—Quería darte una sorpresa.

Parecía contenta consigo misma y eso iluminaba su precioso rostro y hacía que los ojos le resplandecieran. Era la mujer más hermosa que había visto en su vida y su sonrisa podía disipar las nubes de un cielo tormentoso.

—Estoy muy sorprendido.

Él recorrió la habitación observando las novedades y pensando en el gasto y dedicación que había supuesto todo aquello.

—Tienes un don —comentó él aunque reconocía la influencia de sus vecinas y amigas—. Me gusta más que la casa de los Crandall.

—¿De verdad?

Ella, con un gesto espontáneo, se inclinó hacia él con la cara levantada. Él le acarició la barbilla con el dorso de los dedos.

—Sí, mucho más.

Ella se puso de puntillas y él le dio un fugaz beso. Luego, ella se volvió hacia los niños.

—Vamos a lavarnos para la cena.

Grace la tomó de la mano y Christopher la siguió fuera de la habitación. Robby levantó los brazos.

—¡Arriba!

Nathan lo tomó en brazos y le dio un beso en la mejilla.

— ¿Qué crees que tenemos de cena, hombrecito?

— Pollo.

Nathan se rio y le dio un abrazo. Para Robby, toda la carne era pollo.

Esa noche, después de acostar a los niños, Nathan se sentó en su butaca y observó a Elle que trabajaba haciendo un biombo.

— ¿Dónde vas a ponerlo?

— En la sala — contestó ella.

Él pensó que ya no había nada más, pero no lo dijo. También pensó que era el dueño de una tienda de muebles y, según había comprobado ese mismo día, no había comprado nada allí. No le importaba que comprara en otros sitios de la ciudad, pero, seguramente, los otros propietarios pensarían que era raro que su esposa les comprara a ellos. Nunca se lo había dicho y, naturalmente, ella no podía saberlo.

— Me gustan las rosas y los recortes de las mujeres, dan mucho colorido.

Ella se limpió los dedos con un paño húmedo antes de añadir otro recorte al collage. Él prefería mucho más sentarse a charlar con ella en el diván, pero lo que quería de verdad era que estuviera contenta. Abrió su libro e intentó leer.

— ¿Crees que este fin de semana podremos hacer una excursión con los niños? — le preguntó ella.

Él, encantado por la idea, dejó el libro a un lado.

— ¿Qué tipo de excursión?

— Bueno, he leído que va a haber una actuación de malabaristas y acróbatas cerca de Smithville. No está lejos, ¿verdad?

— Como a dos horas. ¿Quieres ver malabaristas?

— Nunca los he visto, pero he pensando que a los niños podría divertirles.

— ¿Lo has leído en el periódico?

— Sí.

Él pasaba por alto noticias como ésa y buscaba asuntos de interés político. Siempre buscaba maneras de mejorar la ciudad y de que esa zona fuese más segura para su familia y las de los demás. Solía pensar en el futuro y educación de sus hijos y no en la manera de entretenerlos. Sin embargo, el brillo de sus ojos y el tono de su voz indicaban que también necesitaban un poco de diversión. Agradeció que ella fuese el contraste perfecto a su ciega ambición.

— Entonces, saldremos el sábado temprano — concedió él.

La sonrisa de ella lo emocionó e hizo que quisiera levantarse, cruzar la habitación y besarla hasta que se derritiera y los dos se estremecieran como pasó la noche de la tormenta. Pensaba en esa situación unas cien veces al día y en los momentos menos adecuados. Era su esposa y nunca había mostrado el más mínimo rechazo a sus aproximaciones. Esa disposición hacía que le costara más contenerse. Estaba seguro de que si acudía a ella en ese momento, no se resistiría. Se imaginó levantándola de su asiento y abrazándola. Recordó el contacto de su pelo entre las manos y contra la piel... no podía olvidar su olor

embriagador ni su cuerpo cálido y entregado.

Se había impuesto una limitación insoportable cuando decidió cortejar a Elle durante seis meses antes de hacer el amor con ella. No había contado con que la desearía tanto. Intentó convencerse de que había hecho lo que tenía que hacer y por los motivos acertados. Que esperar fuese difícil no quería decir que la decisión fuese equivocada. Era un hombre con fuerza de voluntad y disciplinado. Se aferraba con fuerza a lo que estaba bien y aprendía de los errores. Hacer lo correcto era más importante que sofocar sus necesidades físicas.

Elle se limpió las manos y miró el reloj antes de levantarse y acercarse a él. El deseo lo abrasaba por dentro y al verla acercarse lo abrasó mucho más. Ella se arrodilló delante de él y apoyó una mano en su rodilla.

—Estoy deseando que llegue el sábado. Gracias.

—No me des las gracias —replicó él antes de inclinarse y agarrarla de los hombros para que se acercara más.



Capítulo 13

Ella obedeció, se levantó y lo besó en los labios. Él había querido que fuese un beso normal, pero asando tocó sus labios cálidos y suaves, inclinó la cabeza para que el contacto fuese más profundo e íntimo. Le encantó su humedad ardiente y el leve suspiro de placer que le brotó de la garganta.

Ella no se sintió turbada por el beso ni hizo nada para disuadirlo o mitigarlo. Besarla era muy arriesgado porque parecía gustarle tanto como le gustaba a él. Uno de los dos tenía que poner sensatez antes de que él hiciera lo que soñaba hacer.

Se apartó, le retiró el mechón de pelo que le caía por la mejilla y la miró a los ojos, todavía rebosantes de ilusión. No quería que esa mirada cambiara nunca, no quería desilusionarla.

—Es tarde —consiguió decir él—. Será mejor que descansemos un poco.

Ella disimuló la decepción, muy impropia de una dama, y ordenó los materiales de trabajo. Por primera vez, dudó de sí misma. Su matrimonio sin consumir se había convertido en una preocupación. ¿Tenía algo que hacía que para Nathan fuese fácil posponer esa consumación?

Elle no durmió casi el viernes por la noche. Nathan había pensado que era preferible no decir nada a los niños sobre la excursión para que no se pusieran muy nerviosos. Si el nerviosismo de ella indicaba algo, había tenido razón.

Nathan había dado el día libre a la señora Shippen. Charlotte preparó el desayuno, hizo un paquete con sándwiches y manzanas para el viaje y se marchó. Nathan cargó las cosas en el carruaje y recogieron a los niños. Robby era el que estaba más nervioso y llamaba a las vacas y caballos que veía pastando.

—¿Qué es un acróbata, papá? —le preguntó Christopher.

—Son hombres y mujeres que se cuelgan de una barra a mucha altura y hacen piruetas.

—¿No has oído la canción de los acróbatas? —le preguntó Elle.

—No —contestó Christopher.

—«Vuela por el aire con gran facilidad» —cantaron Elle y Nathan a dúo—. «El osado joven en el trapecio volador».

Siguieron cantando y como ella la había tocado bastantes veces y se la sabía de memoria, iba diciéndole la letra. Cuando terminaron, Robby y Grace aplaudieron. Nathan miró hacia el lado y vio a Elle riéndose con ellos. Sintió

una punzada de cariño hacia su joven esposa por lo mucho que disfrutaba con cada nimiedad de la vida. Había estado tan absorto con el trabajo y los planes para la sección que hacía mucho tiempo que no disfrutaba con momentos como éste.

Deborah nunca apreció tanto lo que él hacía para intentar que estuviera contenta. ¿Cuándo dejó de intentarlo y se centró en su profesión? Estaba avergonzado por no haber planeado actividades divertidas para sus hijos. Tomó la mano de Elle.

Ella nunca se había sentido tan segura ni rebotante de una felicidad tan sencilla. Sonrió a Nathan para mostrarle su placer.

—Te agradezco que propusieras esto.

—Me alegro de estar aquí —replicó ella.

La expresión de él reflejó la extrañeza por lo que había dicho.

Robby se quedó dormido y Nathan lo despertó cuando llegaron a Smithville. El espectáculo había congregado a vendedores y espectadores de los alrededores. La calle central estaba flanqueada de casetas y había coloristas pasquines clavados en todos los postes, cercados y puertas. Nathan arrancó uno y se lo dio a Christopher.

—Es un dibujo del acróbata.

Christopher lo miró fijamente con los ojos desorbitados por la fascinación.

—¿Puedo quedármelo?

—Claro —contestó su padre.

Con una sonrisa, el niño dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo.

La primera actuación acrobática no empezaba hasta una hora más tarde y pasearon a lo largo de las casetas que ofrecían de todo, desde caramelos y juguetes de madera hasta fotografías y recuerdos. Nathan se detuvo y observó una tienda de campaña con un cartel clavado en el suelo.

—¿Nos hacemos una fotografía?

Ella se acordó inmediatamente del retrato con su esposa que había encima de su escritorio.

—Si quieres...

Él asintió con la cabeza y fue con su familia hacia la tienda de campaña. Una vez dentro, vieron algunas fotografías muy bonitas y enmarcadas sobre una mesa alargada. Detrás, un telón dividía el espacio para dar cierta privacidad. Un hombre con traje gris y corbata salió de detrás.

—Es una familia muy guapa —comentó él—. ¿Quiere distintas fotos de todos los integrantes para que cada niño tenga un recuerdo?

—¿Es posible? —preguntó Nathan.

—Claro —contestó el fotógrafo—. Empleo negativos de cristal para revelar retratos diáfanos y nítidos. Puedo hacer varias copias del mismo negativo.

—Entonces, una nuestra y otra de cada niño —decidió Nathan.

—Deberías sacarte un retrato tuyo para la campaña —le aconsejó Elle.

Nathan arqueó las cejas por su previsión.

—Una idea excelente.

Elle sacó el pequeño peine de marfil que llevaba en el bolso y peinó a los niños. Nathan se lo pidió prestado y luego fueron posando con un adulto sentado en una butaca mientras el otro se quedaba de pie con los niños. Cuando Nathan se sentó, se puso a Robby en el regazo y el resto de la familia lo rodeó. Una vez hechas todas las fotografías, el fotógrafo tomó el dinero de Nathan y le dijo cuándo podía volver a recoger las copias.

Otra vez fuera, toda la zona era un bullicio de gente y tiendas de campaña. Se oía a una mezcla de cerveza, salchichas y bollos de canela. Un malabarista con esmoquin rojo lanzaba seis pelotas al aire y las recogía para volver a lanzarlas en rotación. Robby lo observó fascinado. Un hombre en zancos pasó a su lado y también captó la atención de los niños. El olor a caramelo y palomitas de maíz los asaltó desde una caseta. Nathan compró una bola de palomitas de maíz a cada uno. Elle la probó y abrió los ojos como platos.

—Está muy bueno. ¿Podemos hacerlo en casa?

—Supongo que sí —contestó Nathan riéndose—. Mi madre lo hacía. El sirope de maíz y la mantequilla las mantenía unidas.

Por fin, se sentaron en unas gradas de madera que estaban alineadas a los lados de una zona vacía, donde habían apilado unos colchones debajo de una estructura de postes y alambres con algunos columpios de una barra que oscilaban a bastante altura. Grace se inclinó hacia su padre y se señaló las piernas cruzadas. Él miró a Elle.

—Tiene que hacer sus necesidades.

Elle le dio el bolso y la mitad que le quedaba de la bola de palomitas.

—Yo la llevaré.

Cuando volvieron, los bancos ya estaban llenos y una banda de música había empezado a tocar una pieza muy animada. Nathan sacó su pañuelo y les limpió las manos y caras pringosas.

A la hora fijada, un hombre vestido con un esmoquin y un sombrero de copa salió a la pista con un megáfono y anunció a la pareja que desafiaba a la muerte, a Hubert Stratton y Little Lou Beaty, los artistas del trapecio volador. El público aplaudió y vitoreó al hombre y la mujer vestidos con unos blusones muy adornados y unas calzas. Los dos treparon por unas escalas de cuerda situadas en los extremos opuestos de la pista. Una vez arriba, se sentaron en las barras y empezaron a columpiarse el uno hacia el otro.

Estaban a mucha altura y el peligro hizo que todo el mundo se callara. El hombre y la mujer se pusieron de pie en los trapecios y saludaron con a mano al público. Christopher y Robby también les saludaron con un grito muy agudo. Grace abrió los ojos como platos y se quedó atónita cuando los acróbatas se colgaron de la barra con las piernas y se columpiaron boca abajo. La multitud dejó escapar un sonido de asombro. Nathan disfrutaba observando a Elle y a los niños tanto o más que con la actuación. La expresión absorta de Elle indicaba lo maravillada que estaba. Lo miró una vez, se lo encontró observándola y le

sonrió con timidez.

—¿No te parece emocionante?

—Sí —reconoció él.

Hubert y Little Lou empezaron a columpiarse con más fuerza hasta que uno podía soltarse y volar para que el otro lo agarrara. El público contenía la respiración y volvía a soltarla cada vez que ninguno de los dos caía al suelo. El peligro mantenía hipnotizados a todos los espectadores. Nathan no tardó en mirar también y en quedarse cautivado por la emoción.

El público aplaudía y vitoreaba o se quedaba en silencio según la ocasión y cuando los acróbatas volvieron a tocar el suelo los niños parecieron sentirse defraudados. Sin embargo, la tristeza no duró mucho porque unos payasos y unos hombres en monociclos sustituyeron a los acróbatas.

Cuando terminaron las actuaciones, los Lantry volvieron a las casetas y puestos de venta. Nathan se paró en una caseta que vendía fotografías color sepia de los acróbatas y payasos. Las fotografías estaban montadas sobre cartones y también se podían comprar soportes o álbumes. Él pidió a cada niño que eligiera una y las pagó. Después, recogieron los retratos familiares y comieron en un bullicioso restaurante antes de volver a casa. Grace y Robby se quedaron dormidos en el asiento trasero y Elle propuso a Christopher que se sentara con ellos. Él se lo agradeció con una sonrisa y se sentó entre Nathan y ella.

—Ha sido un día muy divertido, papá.

—En realidad, fue idea de Elle. Ella fue quien prepuso que fuéramos.

—Gracias —el chico volvió a sonreírle con cierto cansancio—. Ha sido el mejor día de mi vida. Me alegro de que hayas venido y seas de nuestra familia.

El inesperado comentario formó un nudo que atenazó la garganta de Elle. Miró a Nathan, quien estaba observando detenidamente su reacción, miró otra vez al niño e intentó tragarse ese nudo para poder hablar.

—Yo... Para mí significa mucho lo que has dicho, Christopher. También estoy muy contenta de haberme casado con vuestro padre y de formar parte de vuestra familia. Nunca tuve una familia así y todavía estoy aprendiendo.

—¿No tuviste una familia?

Ella negó con la cabeza.

—¿Tu mamá también murió?

—Sí.

—¿Y tu papá no se ocupó de ti cuando ella murió?

—Él también murió.

—Ah...

Él miró a su padre y apoyó la mano en su pantalón, hasta que Nathan se la tomó.

Poco después, Christopher también sucumbió y dejó caer la cabeza sobre el hombro de ella, quien lo rodeó con un brazo para que se acurrucara y durmiera profundamente. Levantó la mirada y comprobó que Nathan estaba

observándola, pero él apartó la mirada.

Una vez en casa, despertaron a los niños y ella los llevó a comer un sándwich, los lavó y los cambió para que se acostaran mientras Nathan iba a dejar los caballos en el establo. Cuando los niños estuvieron acostados, Elle calentó agua para darse un baño en el cuarto que había detrás de la cocina. Llamaron suavemente a la puerta.

—No tires el agua —le pidió Nathan—. Me bañaré también y luego vaciaré la bañera.

Ella se bañó, se puso el camisón y la bata y entró en la cocina para preparar una tetera. Bebió dos tazas, limpió la taza y salió a buscar el paquete que Nathan había dejado en la mesilla del recibidor. Uno de los retratos era más grande que los demás y tenía un marco que también había comprado Nathan. Ella estaba sentada en una butaca con los niños alrededor y él detrás, de pie. Miró la fotografía con detenimiento y captó la satisfacción en su expresión y el orgullo en la de Nathan. Llevó el marco a la sala y encontró un sitio preferente encima del piano, pero cambió de opinión y la puso sobre una mesa. Al mirarla otra vez, se acordó de la fotografía de Nathan con su primera esposa. La fotografía nueva era engañosa. Si la veía un desconocido, creería que era la madre de esos niños. No lo era, naturalmente, era alguien que había llegado más tarde y había llenado un hueco en esa familia. Sin embargo, también era posible, solo posible, que si lo intensaba con entusiasmo, dejara de sentirse sola y poco querida.

Se dio la vuelta y miró el piano. No había tenido mucho tiempo de tocarlo desde que lo afinaron. Se sentó, levantó la tapa y tocó unas escalas. Sintió un estremecimiento por la espina dorsal. Tenía partituras en el baúl, pero se había aprendido muchas canciones de memoria. Se acordó de una en concreto y empezó a tocarla hasta que la música la arrastró, como pasaba muchas veces. Tocar era una evasión de su mundo corriente, la única ocasión que tenía para olvidarse de quién era y qué hacía. No obstante, esa noche no quería olvidarse del día que había pasado ni de la familia con la que vivía. Tocaba por la intensa belleza del momento, para expresar con las notas su sentimiento de gratitud y felicidad.

Nathan, después de comer algo, salió de la cocina y encontró a Elle tocando el piano. Ella, delicada, femenina y vestida de blanco, era un contraste absoluto con el imponente y negro instrumento. No habría podido decir qué era más cautivador, si la visión de ella absorta por la melodía o los increíbles sonidos que conseguía con sus delicadas muñecas y sus esbeltos dedos. Su aspecto era angelical, su música era un sonido celestial.

Al observarla, pensó lo mismo que siempre: todo lo que hacía era perfecto. Se llevaba muy bien con sus hijos; la niñera y la cocinera la apreciaban; nunca le había oído una palabra de enojo; agradecía hasta lo más mínimo... ¿Cómo había sido tan afortunado de que lo hubiera aceptado de entre tantos pretendientes? ¿Qué mano del destino lo bendijo aquel día? Su buena suerte era

inconcebible.

Las últimas notas se disiparon en el aire y ella dejó las manos en el banco, a los costados de sus caderas.

—Nunca había oído nada tan hermoso.

—¡Oh! —se dio la vuelta con un gesto de sorpresa evidente—. No sabía que estabas aquí.

—No quería asustarte. Estabas muy absorta...

Ella se dio la vuelta en el banco y él se fijó en que estaba descalza. Ella se dio cuenta y escondió sus pies debajo del camión.

—Espero no haberte molestado.

—Al contrario, disfruto mucho cuando tocas.

—Pienso empezar las clases el lunes —Elle se levantó y bajó la tapa del piano—. Estaba pensando...

—¿Qué?

—Que podría dar clase a otros niños para aportar algún ingreso a la casa.

La idea le sorprendió, como le sorprendía casi todo en ella. ¿Acaso creía que él no podía mantenerlos aceptablemente?

—Nunca hemos comentado los asuntos económicos, pero tampoco he dicho nada sobre tus gastos que pueda hacerte pensar que estemos necesitados. Gano bastante, Elle.

—Siento haber sacado el tema.

Elle se dio la vuelta y miró la fotografía que había dejado en la mesa redonda, entre Mozart y Bach. Señaló hacia la mesa con un gesto vacilante.

—Compré los muebles y estas cosas con mi dinero —añadió ella.

A Nathan le costó asimilarlo.

—Yo... yo supuse que lo habías puesto todo en las cuentas de las tiendas. Ya sabes que soy propietario de algunas y compro al por mayor.

—Me hicieron precio de mayorista —replicó ella—, pero calculé antes la cantidad, saqué el dinero y pagué en efectivo.

—¿Por qué? —preguntó él sin entender de dónde había sacado tanto dinero y por qué se lo había gastado en muebles.



Capítulo 14

Ella lo miró a los ojos con cautela.

—Quería aportar algo a nuestro matrimonio.

Él sintió una opresión en el pecho. Ya había aportado mucho, ¿cómo era posible que pensara otra cosa?

—No quería ofenderte ni dudar de tu capacidad para mantener la casa — siguió ella.

—No me has ofendido, Elle. Ha sido una lección de humildad.

Se acercó a ella, quien lo abrazó con la mejilla apoyada en su pecho. Sus hombros eran delgados y delicados, su pelo húmedo olía a limpio y sus pechos se estrechaban contra él. Miró por encima de ella y vio el retrato. La imagen de los dos juntos lo emocionó. Introdujo los dedos entre su pelo sedoso y le acarició la nuca.

—No sabía que una familia podía ser así —dijo ella con la voz involuntariamente ronca por la emoción—. No tenía ni idea de que me sentiría así por tener un marido.

Él la apartó un poco para poder mirarla a la cara.

—¿Cómo te sientes por tener un marido?

—Orgullosa —contestó ella inmediatamente—. Perpleja —añadió con una sonrisa que se esfumó enseguida—. Muy asustada de que pueda cometer un error.

—Todo el mundo comete errores.

—Y, para ser completamente sincera, siento como si me mantuvieras a cierta distancia para que todavía puedas cambiar de opinión si cometo un error demasiado grande.

Él se quedó pensativo un instante.

—¿Lo dices por mi imposición del noviazgo?

Ella se arrepintió inmediatamente de haber reconocido su falta de confianza en sí misma, se quedó rígida entre sus brazos con la cabeza vuelta hacia un lado y retrocedió. Él la agarró de la mano para que no se alejara.

—Sabes por qué fijé esa fecha.

—Sé que te parece lógico y necesario y respeto tu sensatez —el aire de vulnerabilidad desapareció y le sonrió—. Es tarde y tenemos que ir a la iglesia por la mañana.

Ella se soltó la mano, se dio la vuelta y se marchó. Cuando se quedó solo con su olor y el sabor embriagador de sus labios, apagó los quinqués. Tenía la espantosa sensación de que su vacilación solo estaba sirviendo para que ella se

alejara y eso era lo que menos deseaba. Tenía que replantearse su plan. No podía perderla.

La semana siguiente, Elle empezó a dar clases de piano a los niños. Robby era el que presentaba más complicaciones, pero, aun así, decidió enseñarle a su nivel.

En el ensayo del coro se enteró de que Lena y Tom Bradbury se habían ido de viaje a Cheyenne para casarse.

—Me pregunto por qué no se han casado en Sweetwater y nos han invitado —comentó Mildred en voz alta.

Minnie sirvió el té y pasó una bandeja con pasteles de limón.

—Me parece que ella tenía prisa por tenerlo bien atado y no quería interferencias.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Betsy.

—La invité a tomar el té —contestó Minnie—, pero levantó la nariz y miró hacia otro lado como a aquí oliera mal.

—Tampoco ha ido a ninguna iglesia —añadió Betsy—. Lo he comprobado en las demás congregaciones.

—Espero que Tom sepa lo que está haciendo —intervino Phoebe Crandall—. Es un buen hombre.

Todas asintieron con la cabeza y murmuraron como si estuvieran preocupadas porque había elegido una esposa problemática.

La animadversión de Lena había sorprendido a Elle, pero, aun así, le deseaba que fuese feliz. Casi nadie escapaba inmune de la vida que habían llevado.

A lo largo de la semana, Nathan y ella aceptaron otras dos invitaciones a cenar y una noche Elle comentó con Nathan que también deberían recibir.

—Creo que la casa está preparada —le explicó ella—. Los muebles y la decoración te dejarán en buen lugar. He leído mucho sobre el asunto y un candidato para un cargo tan importante como el de gobernador debería establecer relaciones sociales y mostrar a los votantes que su familia lo admira y que sus principios son irreprochables.

Nathan sonrió por su sincero deseo de encontrar un sitio en esa casa y en esa comunidad.

—Hay una relación compleja entre apariencia y comportamiento —siguió ella—. Cuando la sociedad reconozca tu gusto irreprochable, confiará en ti.

—Bastará con que te vea para reconocer mi buen gusto —bromeó él dándole un beso.

—Lo digo completamente en serio.

Él le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—Lo sé y me parece encantador.

—Entonces, elegiremos una fecha y mandaré las invitaciones.

Él aceptó con un agrado que no podía haberse imaginado. Su primera esposa nunca llegó tan lejos para agradecerle o impresionar a sus vecinos. Naturalmente, Sweetwater había cambiado y crecido desde que ella murió y no podía criticarla completamente. Sin embargo, aun teniendo en cuenta esos cambios, no podía imaginarse que Deborah hubiese sido tan diligente como Elle a la hora de intentar que su casa fuese un reflejo favorable de él. Elle tenía una fuerza y decisión que Deborah nunca mostró.

El viernes por la noche asistieron a una recepción en casa de Carl y Athena Lawrence. Elle solo había visto a la pareja un par de veces. Eran mayores que casi todos los demás y Athena comentaba muchas veces que Carl iba a vender la fábrica que tenía para poder volver al Este.

—Todavía tengo una hermana que vive en el norte de Nueva York —les contó a Elle y Minnie—. Me gustaría pasar algún tiempo con ella y volver a disfrutar de la vida de la ciudad antes de que me muera de vieja y de aburrimiento aquí.

—Athena, siempre hablas de Nueva York como si fuese el no va más de la vida civilizada —le regañó su marido.

—Porque lo es —replicó ella en tono serio.

Elle miró a Nathan y captó la lástima por su amigo. Era evidente que Carl había vivido en Sweetwater con una esposa descontenta y que no dudaba en dejarlo claro. Elle observó detenidamente a Athena e intentó comprender sus motivos y su desdicha. No sabía qué pena o historia había tras el deseo de esa mujer de vivir en otro sitio. No quería juzgarla, pero era difícil comprender que la vida allí pudiese considerarse un inconveniente en ningún sentido. Sin embargo, la vida era subjetiva, como los sentimientos y las reacciones de las personas, y tenía que recordarlo.

Tom y Lena ya habían vuelto de su viaje y eran el centro de atención. Mientras Tom contaba la historia de su decisión de casarse, Lena describió el hotel donde se alojaron a los invitados que tenía más cerca.

—La comida que se servía en el comedor era increíble. Hasta los lugareños comían allí. Necesitamos un hotel así de lujoso en Sweetwater.

Una doncella se dirigió a Athena y la anfitriona anunció que la cena estaba preparada. Nathan tomó la mano de Elle cuando iba a dirigirse al comedor con los invitados.

—He estado pensando en una cosa —le comentó.

—¿En qué?

—No invitan a Celeste y Paul a estos festejos, ¿sería inadecuado que los invitásemos nosotros a los nuestros?

—Es nuestra casa y es tu amiga. Puedes invitar a quien quieras.

—Gracias, Nathan.

Él la apartó de la gente y la llevó a una alcoba.

—Gracias —le dijo él.

—¿Por qué?

—Por todos los días —contestó él.

Ella, perpleja, frunció el ceño.

—Por estar satisfecha y por hacer tanto para que los niños estén felices.

—Estoy satisfecha y los niños se merecen estar felices. En realidad, cuesta muy poco complacerlos.

—Como a ti —replicó Nathan.

Ella no lo comprendió del todo, pero supo que le había afectado lo que había dicho su anfitriona.

—Nathan, lo que me has dado no es poco. Nunca podría llegar a decírtelo, pero...

Elle tuvo que contener la inusitada emoción que amenazaba con desbordarse. No pudo terminar la frase ni saber siquiera lo que iba a decir. Nathan la abrazó cariñosamente y con cuidado para no estropearle el traje de noche o el peinado. Ella inhaló su olor a jabón y almidón y le acarició la mejilla. Él la besó con una pasión casi desesperada que la dejó sin respiración. Cuando la soltó, tuvo que agarrarse a su brazo para mantener el equilibrio.

—Vamos a cenar, señor Lantry.

Él se dio la vuelta y ella lo agarró del brazo para que la llevara al comedor. Los demás invitados ya estaban sentados, Athena le dirigió una sonrisa muy elocuente a Elle y les hizo un gesto para que ocuparan sus sitios.

Nathan había meditado las palabras de Elle durante las dos semanas anteriores. Ella le había dicho que la mantenía a cierta distancia. Había disimulado enseguida para que él no notara lo que le dolía, pero cuanto más lo pensaba, más seguro estaba de que no estaba contenta con su relación. Últimamente, al pensarlo, se había dado cuenta de que ella tenía razón. Si no la dejaba acercarse demasiado, ella tampoco podría arrepentirse de él, de su casa o de lo que representaba. Sus constantes comparaciones con Deborah solo habían confirmado lo que había vislumbrado desde el principio. Elle no se parecía en nada a su primera esposa. Se lo advertía todos los días y decidió tener muy presente el descontento de Deborah en toda su relación con Elle. Aplicar ese criterio a su nueva esposa se había convertido en algo muy complicado... e injusto. Su necesidad de tener el control se había convertido en medida de seguridad para no defraudarla y perderla. Si no la desilusionaba, todo debería seguir como estaba.

No probó casi la sabrosa carne o las frescas verduras con salsa holandesa. Elle captaba toda su atención. Tenía a James Evans al otro lado y de vez en cuando contestaba las preguntas de Mildred, su esposa, sobre algunas palabras en francés. Elle masticó un poco y miró a Nathan.

—¿Te gustan los espárragos?

—Sí.

—No los has probado.

Él miró su plato y cortó uno con el cuchillo y el tenedor de plata. La cena fue eterna y cuando terminó. Nathan acompañó a los hombres al despacho de

Carl para beber la preceptiva copa de brandy. Carl ofreció cigarros y algunos los aceptaron.

Cuando Carl propuso por fin que volvieran con sus esposas, Nathan fue el primero en salir por la puerta.

—A lo mejor Elle estaría dispuesta a tocar algo... —propuso Phoebe señalando el clavicordio de Athena.

—Desgraciadamente, tenemos que volver con los niños —replicó Nathan inmediatamente—. La señora Shippen no puede quedarse hasta tarde esta noche.

—Qué desilusión —comentó Athena—. Todavía no te he oído tocar, pero tengo entendido que tienes un talento extraordinario.

—Todos recibiréis pronto una invitación para venir a casa —le dijo Elle mirando alrededor—. Entonces, estaré encantada de tocar algo. El señor Lantry ha comprado un piano magnífico, nunca había tocado un instrumento tan bueno.

Los Oliver y los Iverson les desearon buenas noches y Athena dio el sombrero a Nathan y el chal a Elle.

—Gracias por la deliciosa cena —le felicitó Elle—. Me conformaría con organizar un menú la mitad de bien.

—Estoy segura de que lo harás, pero si necesitas alguna ayuda, no dudes en llamarme.

Una vez fuera, Nathan la agarró de la mano mientras caminaban por la calle adoquinada.

—¿La señora Shippen no puede quedarse hasta tarde? —le preguntó Elle—. Creía que iba a dormir en el cuarto del piso de abajo.

—Quería marcharme.

—Ah... —ella lo miró—. ¿Te encuentras mal?

—Estoy perfectamente, gracias.

Ella no entendió su actitud y se mordió la lengua para disfrutar del aire fresco y del cielo lleno de estrellas. Se acordó de lo mucho que disfrutó Grace cuando la oyó tocar *La estrella* y empezó a tararearla.

—Algunos especialistas creen que Mozart compuso esa canción, ¿lo sabías?

—No.

—La versión original era francesa, pero se hicieron distintas versiones a partir de esa melodía, entre otras, una de Mozart.

—Tu preciosa cabeza está llena de datos sobre exploradores y compositores.

¿Estaba riéndose de ella? Lo miró, pero su sonrisa no era burlona. Cuando llegaron a casa, Nathan abrió la puerta y le cedió el paso.

—Vete subiendo. Te llevaré agua caliente y una copa de jerez.

Ella estuvo a punto de decirle que podía llegarse el agua, pero la expresión de él la disuadió. Se levantó el borde de la falda y subió apresuradamente. La

señora Shippen la había ayudado a ponerse ese vestido que tenía unos botones diminutos en forma de perlas.

Solo podía desabotonarse algunos y necesitaría ayuda. Se quitó las horquillas, dejó que los rizos le cayeran sobre los hombros y se cepilló la melena.

Llamaron levemente a la puerta y Nathan entró. Llevó una jarra detrás del biombo donde se cambiaba ella, salió otra vez y volvió con dos copas y una botella baja y cuadrada en una bandeja. Llevó una copa medio llena hasta donde estaba sentada. Ella observó el líquido y dio un sorbo.

—No es tan dulce. Me gusta más que el otro —comentó ella.

—¿Qué sabes del jerez? —le preguntó él.

—Sé que viene de España. ¿Puedo ver la botella?

—Me ocuparé de que siempre haya un poco a mano.

Él le entregó la botella y ella leyó la etiqueta.

—Solo puede llamarse jerez, al vino elaborado con uvas de la zona de Jerez —le explicó ella—. Algunas veces, el vino se refuerza con brandy después de la fermentación.

—Exploradores, compositores y vino... Tienes una formación muy interesante.

Ella le devolvió la botella y él la dejó en la bandeja.

—Cuando Femando de Magallanes preparó el viaje alrededor del mundo, se gastó más dinero en jerez que en armas —le contó ella antes de dar otro sorbo.

—Debió de ser un viaje muy agradable —comentó Nathan con una sonrisa y poniéndose detrás de ella—. Levántate y te soltaré los botones.

Ella se levantó y él fue desabotonando el vestido hasta que se abrió por detrás.

—¿Sabes cómo se llama el vaso que estás sujetando? —le preguntó él.

Ella miró la copa en forma de tulipán.

—No —contestó ella.

—Una copita —le dijo Nathan.

—¿Eso es español? ¿Dónde lo has aprendido?

Él sonrió y volvió a llenarle la copa.

—Del comerciante de Denver que me las vendió. ¿Qué colegio de señoritas les enseña a beber vino?

—Recibimos una educación muy completa en el colegio de la señorita Haversham.

—Evidentemente —él se acercó más y la besó en el cuello—. ¿Alguna vez te avisaron de que los hombres podían darte de beber para luego intentar seducirte?



Capítulo 15

Ése era un aspecto de él que no había conocido todavía. Bromista y seductor. Sintió un ligero estremecimiento que le recorrió los hombros y le endureció los pechos.

—Claro que me avisaron.

Se bebió el jerez y dejó la copa para poder rodearle el hombro con el brazo y estrecharlo contra sí.

—¿Crees que va a llover? —le preguntó ella.

Él frunció el ceño un segundo por el desconcierto.

—No tienes miedo de las tormentas, ¿verdad?

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—Esta noche no podía dejar de mirarte —siguió él.

La besó en la clavícula y ella cerró los ojos. Se empapó de su olor, le recorrió el cuello con la lengua y la besó en la boca. Elle creyó que iba a derretirse de placer.

Nathan se incorporó y, lentamente, fue quitándose el corpiño. Ella sacó los brazos y él se arrodilló para que ella pudiera salir del vestido. Se levantó, dejó el vestido medio tirado en el banco, volvió a ponerse detrás de ella y buscó el cordón de su enagua. Soltó el lazo y le bajó el encaje por las caderas sin preocuparse por recoger la prenda cuando ella lo alejó de una patada.

Estaba muy sorprendida por ese giro en los acontecimientos y su evidente intención. Tampoco podía estar más complacida si aquello llevaba a adonde ella creía que llevaba. Efectivamente, quería consumir el matrimonio y ser suya, pero también anhelaba sus caricias y llevaba semanas pensando en la última vez que estuvieron juntos. Temerosa de hacer algo que pudiera disuadirlo, apoyó las manos en su pecho para ver cómo reaccionaba.

Él le apartó el pelo para poder pasarle los dedos por los hombros, se inclinó y la besó. El placer que sintió ella fue indescriptible. Hasta ese momento, las caricias de un hombre habían sido un medio para llegar a un fin. Era un trabajo donde empleaba sus mejores aptitudes sin comprometerse ni relacionarse con la persona. Sus nuevas, infinitas y sorprendentes reacciones físicas y emocionales eran aterradoras porque tenía todas las de perder si el matrimonio no salía bien.

Él volvió a incorporarse y esa vez la miró a los ojos, boca y pelo como si a él también le parecieran sorprendentes sus reacciones. Retrocedió un paso y, si bien ya no se tocaban, la energía echaba chispas entre ellos.

Ella se atrevió a dar un paso y empezó a desabrocharle los botones de la

camisa. Él levantó una mano para quitarse el gemelo. Se quitó también el otro, los dejó en la mesilla junto a las copas de jerez y la tomó de un hombro para darle la vuelta y agarrar el cierre de su collar.

—Tienes unas joyas muy bonitas. ¿Son regalos de tus admiradores?

Ella, sin contestar, se dio la vuelta y le abrió la camisa. Él se la quitó y le mostró su piel resplandeciente, se sentó en el banco para quitarse los zapatos y los calcetines y dio unas palmadas entre sus piernas para que ella pusiera el pie allí.

Ella lo puso y se apoyó en sus hombros desnudos mientras le soltaba los lazos del botín y se lo quitaba. Entre tanto, se deleitó con la visión de sus musculosos hombros y de su pecho.

Nathan introdujo las manos por debajo de la pernera de sus calzones, encontró la liga y le soltó la media. La miró fugazmente antes de bajársela, quitársela y tirarla. Ella cambió de pierna y él repitió la operación lenta y eficientemente. Esa vez, él la agarró por detrás de la rodilla para que no bajara la pierna y le acarició sensualmente la pantorrilla. Subió la mano hasta el muslo. El corazón se le aceleró y Él se acordó de lo que sintió la noche que pasó a su lado entre truenos y relámpagos. Contuvo la respiración y lo miró a los ojos. La sombra de sus pestañas bajó dos veces. Le mantuvo la mirada, pero tragó saliva y ella captó su incertidumbre. Su primera esposa no fue feliz con su vida. ¿Fue infeliz por Nathan o por la faceta física de su matrimonio? Deseó no saber nada de hombres infelices con sus esposas, pero los ingresos que proporcionaban esos hombres habían mantenido la casa de citas en condiciones y le habían facilitado comidas y vestidos que no podían permitirse casi nadie en Kansas.

Se acordó inmediatamente de las quejas de Athena Lawrence sobre la vida en Sweetwater. Nathan fue incapaz de mirar a Carl después de los comentarios de su esposa. La insatisfacción de Athena había alterado claramente a Nathan porque justo después se la llevó aparte. Él se identificaba con la angustia de Carl porque Deborah tampoco fue feliz. ¿La vacilación de Nathan o su decisión de prolongar el noviazgo se basaba en el miedo a tomar una esposa que no fuera feliz con él? Conociéndolo como lo conocía, no creía que fuese de esos hombres que buscaban el alivio en otros sitios alegando que sus esposas eran frías o poco dispuestas. Había sido fiel a su esposa en un matrimonio desdichado. ¿De qué podía dudar en ese momento aparte de la preocupación de no complacerla? Su preocupación hacía que el pecho le rebosara con una emoción muy fuerte, con una sensación incómoda pero también ardiente y deliciosa. Quería tranquilizarlo.

—Tuve algunos admiradores —reconoció ella—, pero decidí venir aquí y casarme contigo.

Él le miró las manos cuando se las llevó a la parte delantera del corsé y se soltó los enganches. Él siguió mirándolas mientras dejaba caer el corsé y se desataba la cinta de seda que le cerraba la camisola. Cruzó los brazos, se agarró el borde de la camisola y se la quitó por la cabeza. Sus manos ávidas la

ayudaron inmediatamente.

La prenda colgó un instante de sus dedos antes de caer en el montón de ropa que había en el suelo. Le agradó el roce del aire fresco en los pechos, pero todavía notaba la opresión del corsé en las costillas. Se acarició las marcas que le había dejado.

—¿Te escuece? —le preguntó él.

—Bastante.

Él le apartó las manos y le pasó la suyas con delicadeza. Ella dejó escapar un suspiro que dio paso a un ronroneo de satisfacción. El quinqué creaba unas sombras hipnóticas en los entrantes y salientes de su musculoso pecho y cuando él le miró su cuerpo, ella supuso que tendría la misma reacción al verla.

—Eres muy hermo...

Ella le tapó la boca con un dedo.

—Por favor, no me digas que soy hermosa.

—Pero...

—No —insistió ella tajantemente—. La belleza no significa nada. Nada. No puedo evitar ser así no depende de mí y no dice nada de mí. Dime que estoy haciéndolo muy bien con los niños o que sé más de exploradores franceses que nadie que hayas conocido, pero no alabes mi apariencia.

Él la miró con extrañeza.

—¿Qué tipo de mujer eres?

—Solo soy una mujer que quiere ser tuya esta noche —contestó ella.

Los ojos de él se velaron por la pasión, le tomó los pechos con las manos y ella se derritió. Le acarició un pezón con el pulgar y ella tuvo que contener el aliento.

—Tienes el mejor acento francés que he oído —dijo él.

Si estaba riéndose de ella, le daba igual.

—¿Has oído muchos?

—No —él se inclinó y la besó sin dejar de acariciarla—. Se te dan bien los niños y la gente se siente cómoda en cuanto te conoce.

—¿De verdad?

—Sí. Las mujeres se sienten un poco intimidadas al principio, pero te toman cariño en cuanto les hablas y les preguntas por ellas.

—No, me refería a los niños.

—Eres natural.

Él volvió a besarla y ella le rodeó el cuello con los dos brazos para abrazarlo con fuerza. Nathan la agarró por debajo del trasero con las dos manos.

—Elle, ¿sabes lo que estamos haciendo? —le preguntó él sin dejar de besarla.

—Lo sé.

—¿En el colegio de la señorita Haversham enseñaban las facetas físicas del matrimonio?

—No puedes decepcionarme, Nathan. No pasará nada que no quiera que pase. Te deseo. Me gusta cómo me siento contigo. Es auténtico, es sincero y nunca me había sentido así.

La empujó delicadamente hasta que se topó con el colchón y se tumbó de espaldas. Él la siguió y le tomó un pecho con la boca.

Elle se sintió dominada por un arrebató de placer y se arqueó con el corazón acelerado. Por un lado, temía esos sentimientos desconocidos, que nunca se había permitido, y por otro, gozaba con la libertad de no reprimir nada. Cuando la boca ardiente de él le estremeció, cerró los ojos para deleitarse con la sensación.

—Te anhelo, Elle. Es una necesidad como no había sentido jamás, pero no haré nada que no te agrade.

—No creo que pudieras hacer algo que me desagradara —replicó ella con la respiración entrecortada—. Estoy segura de que los dos gozaremos. No como la última vez.

—No, no como la última vez —confirmó él.

Bajó la cabeza, le recorrió la piel con los labios, la besó y le lamió los hombros y los pechos. Ella le rodeó el cuello con un brazo y le levantó la cabeza para besarlo. Se giraron hasta quedar de costado y ella introdujo el brazo entre los dos para desabrocharle el pantalón y buscar su dureza. Nathan estuvo a punto de explotar por dentro y la besó con toda la pasión que se había negado durante demasiado tiempo. Estaba impaciente por hacer el amor con ella, pero lo estaba más todavía de complacerla. Gimió su nombre sin poder contenerlo.

—¿Quieres evitar tener un hijo? —le preguntó ella en un susurro.

La pregunta lo sorprendió, era una mujer llena de sorpresas.

—¿Cómo sabes esas cosas, Elle?

—Bueno, yo... yo le pregunté algunas cosas a una de las mujeres casadas.

Ni en un millón de años se habría imaginado a Deborah haciendo algo así. Sin embargo, Elle había querido llegar preparada. El gesto lo conmovió.

—No —contestó él—. Recibiría con agrado un hijo. ¿Y tú?

Ella lo miró sin salir de su asombro.

—¿Me preguntas qué quiero?

—Claro. Tú serías quien lo llevaría en su vientre, quien lo daría a luz y quien lo criaría. Deberías poder decidir si estás preparada y... si lo quieres.

Él vio el brillo en sus ojos y no supo si era el reflejo del quinqué o que se había emocionado.

—Estaría orgullosa de tener un hijo tuyo y me haría increíblemente feliz poder criarlo —Elle le acarició la mejilla—. No esperes, Nathan. Por favor, no te contengas.

La besó en los labios que le había ofrecido. Ella era todo lo que podía esperar y ya no tenía motivos para contenerse. Había dejado muy claros sus deseos y no iba a defraudarla.

La acarició y la encontró húmeda y ardiente. Se puso encima de ella, quien

lo ayudó y lo recibió. Ella contuvo el aliento y él vaciló.

—No quiero hacerte daño.

—No pares —susurró ella—. No pares. Duele muy poco.

Estremecido por el deseo, entró en su carne ardiente y tuvo que hacer un esfuerzo para contener el éxtasis que se adueñó de él y amenazó con vaciarlo. Ella lo estrechó contra sí y se enroscó a él de una manera que le abrasó las entrañas. Dejó de pensar, se dejó arrastrar por los sonidos que emitía ella, por su olor embriagador y por lo que sentía al estar unidos.

Cuando lo agarró del cuello y contuvo la respiración, él fue más despacio para alargarle el placer. Justo cuando creía que no podría aguantar un segundo más, ella gimió. Aceleró el ritmo hasta que ella gritó y él la siguió más allá del límite.

Nathan se puso a su lado y cruzó un brazo por encima de su abdomen para apoyar la mano en su cadera. Estaba tumbada de espaldas con el pelo dorado sobre la almohada y los pechos subiendo y bajando. Giró la cabeza y lo miró a los ojos. Por un momento, se sintió como si estuviera al borde de un precipicio. No podría soportar que estuviera avergonzada, humillada o asqueada. Sin embargo, ella separó los labios y sonrió. Fue una sonrisa dirigida solo a él. La sonrisa de una enamorada. Algo muy cálido y maravilloso le brotó junto al corazón, algo parecido a la esperanza.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó ella.

Estaba pensando que era la mujer más hermosa que había visto, pero ella no quería oírlo.

—Estoy pensando que soy el hombre más afortunado sobre la faz de la tierra. La noche que nos conocimos, no me conocías mejor que a los demás que te pidieron que te casaras con ellos. No sabías en lo que estabas metiéndote, pero aceptaste mi petición y no sé por qué. No puedo imaginarme tus motivos, pero me elegiste.

Ella le acarició la mejilla y lo miró a los ojos.

—Tú tampoco me conocías.

—Sé que eres generosa y considerada. En realidad, no confías en la gente, pero te entregas a pesar de todo. Algunos de tus actos me desconcertaron al principio, pero ahora veo que has intentado integrarte y adaptarte.

—No encajo —replicó ella con el ceño ligeramente fruncido.

—No eres como los demás ni quiero que lo seas. Me gustas como eres —él le acarició con el pulgar el ceño fruncido—. Te has integrado aquí, conmigo, en nuestra familia.

Ella lo calló con un dedo en los labios. Él se lo besó y luego los apartó.

—Hay muchas cosas que no quieres que diga. No puedo decir que me gusta cómo eres. No puedo decir que eres hermosa aunque seas maravillosa. Me cuesta respirar cuando te miro.

—¿Te gustaría que te valoraran por ser guapo?

—No me importaría un halago de vez en cuando.

Elle se quedó sorprendida y lo miró como si fuese la primera vez. Le pasó un dedo a lo largo de la recta nariz y por la tupida y delicada ceja. Sus hijos eran guapos y si le daba otro hijo, sería otro Lantry muy apuesto. La idea de tener un hijo la llenó de anhelo y emoción. Nunca había permitido que las esperanzas y los sueños llegasen tan lejos y la idea de tener un porvenir con ese hombre la llenaba de felicidad. No sabía muy bien lo que sentía por él, pero quería aferrarse a ese placer que le daba vértigo.

—Bueno, no puedo negar que eres un hombre guapo, pero lo que más me llega es tu verdadero carácter.

—¿Y qué te llega de mi carácter?

—Que eres ambicioso, equilibrado y capaz. Tienes unos principios rígidos y esperas mucho de quienes te rodean. Te gusta estar al mando, pero eres justo. Eres un padre cariñoso y te preocupas por el bienestar de tus hijos. Siempre harías lo correcto y eso es importante para ti.

Él pareció quedarse sorprendido, pero no dijo nada.

—¿Qué prefieres oír? —le preguntó ella—. ¿Que eres un hombre bueno o que eres guapo?

—Solo un hombre vanidoso diría que prefiere los halagos —contestó él con una sonrisa y apartándole el pelo de la cara—. Por eso, como no eres vanidosa, solo hablaré de tu forma de ser cuando quiera agradarte —le agarró la rodilla y se la pasó por encima de la cadera—. Tú, Elle Lantry, eres una de las personas más inteligentes que he conocido. Nunca juzgas a nadie por su apariencia o por la primera impresión. Aprecias lo más mínimo, hasta el esfuerzo más nimio de los demás. Eres muy curiosa y no reconoces tu valía.

Ella sintió una punzada de pánico ante ese análisis tan intuitivo. No podía permitirse que fuese demasiado perspicaz. Tragó saliva para que no se le notara el miedo en la voz.

—Que haya leído sobre exploradores y vinos no significa que sea inteligente.

—No he dicho que seas culta, que lo eres. Hay una diferencia. También tengo la impresión de que te sientes aislada, hasta aquí, en nuestra casa, o en una reunión.

Le preocupaba esa perspicacia fastidiosa, pero comprendía que eso lo convertía en un buen líder.

—Te admiro —reconoció ella—. Admiro tu honradez, tu ambición y hasta tu idealismo.

—¿Idealismo? —le preguntó él con las cejas arqueadas.

—Sí.

Ella deseaba, más que nada, ser digna de un hombre tan recto. Era tan firme e inalterable como una roca en medio de un río turbulento.

—Nadie me había llamado idealista.

—A lo mejor, debería limitarme a llamarte «guapo».

Él sonrió y esa sonrisa sí le arrugó los ojos y le enseñó los dientes. Le tomó

la cara con una mano y la besó. Ella le pasó una mano por el musculoso hombro y le arañó con suavidad el vello del pecho. Le gustaba todo de ese hombre.

—Estar así, hablando y disfrutando juntos, es algo nuevo para mí. Tenía miedo de asustarte. No quería estropear lo que habíamos empezado, nuestro matrimonio me parecía muy frágil.

Era mucho más frágil de lo que él se imaginaba, pero no por el motivo que él creía. Al haber dado ese paso y consumado su unión, esperaba estrechar sus lazos.

—Elle... —dijo él en un tono serio que le preocupó.

—Hablas más de lo que había previsto —replicó ella.

—Te amo.

¿La amaba? Parpadeó para intentar entenderlo, se sentó, se tapó los pechos con la sábana y se apartó el pelo de la cara sin mirarlo.

—No tienes que decirlo.

—Nadie tiene que decirlo. Te lo he dicho porque lo siento.

¿La amaba? Una vez llegó a creer que su madre la amaba, pero no la protegió de una vida en una casa de citas y dudaba de su amor, más en ese momento que en aquél. Después de ver unos hijos protegidos, se preguntaba qué amor era ése que permitía que una niña acabara como había acabado ella. Había visto cómo se desvelaba Nathan por sus hijos y pensaba en su futuro. Naturalmente, el amor que le había declarado no tenía nada que ver con padres e hijos, era el amor entre un hombre y una mujer. Nadie le había dicho eso y no sabía cómo asimilarlo o reaccionar.

—No hace falta que tú lo digas —él se sentó—. No espero nada de ti.

Ella, sin embargo, captó el dolor en su voz. Sí quería que lo dijera.

—Es que... —ella rebuscó las palabras para explicárselo—. No estoy segura de que crea en ese tipo de amor.

Él se quedó unos minutos en silencio.

—No hace falta que lo digas —repitió él para tranquilizarla—. Pero quiero que sepas que conseguiré que creas.



Capítulo 16

Ella se quedó mirando hacia otro lado para que él no le viera los ojos por temor a lo que podían revelar. Si alguien podía conseguir que creyera, era él. Si el amor existía de verdad, ese hombre lo sabía. Sin embargo, le daba miedo que el corazón ya se le hubiese encallecido. Desde la infancia, había estado perfeccionando la capacidad de no sentir nada. En ese momento, lo que más temía era que fuese realmente la preciosa muñeca sin vida que habían hecho de ella.

Si alguien podía ayudarla a cambiar, ése era Nathan Lantry. Después de lo que había vivido y de lo que él había compartido con ella, quería ser una persona distinta por dentro y por fuera. Se dio la vuelta y le tomó la cara entre las manos.

—Creo en ti.

Lo besó. Él la agarró de la cintura y la estrechó contra sí. Ella dejó caer la sábana y le rodeó las caderas con las piernas.

—No hablemos —le propuso ella.

En cualquier caso, Nathan se quedó mudo casi inmediatamente.

Nathan no recordaba habérselo pasado mejor en un verano. Tenía un par de asuntos que lo retenían hasta última hora algunas tardes a la semana, pero cuando volvía a casa, no pensaba más en el trabajo hasta el día siguiente. Ya no pensaba casi nunca en Deborah, guardó la fotografía de la boda en el cajón del escritorio y no volvió a mirarla.

Elle era completamente distinta a su primera esposa, desde su temperamento y vitalidad hasta su alegre conversación. No solo había aceptado la relación física, sino que participaba activamente, la iniciaba muchas veces y hablaba con sinceridad. La primera vez que ella le propuso que cambiaran de posición, se quedó tan sorprendido que ya no recordaba lo que había contestado. Tuvo que ser una respuesta coherente porque el resultado había sido una experiencia inolvidable.

Estaba comportándose como un niño enamorado. Cada vez que la veía vestida, se acordaba de la noche anterior. En cuanto la besaba, deseaba más. Su olor bastaba para que la erección le oprimiera los pantalones.

—A lo mejor debería comportarme con más decoro y... continencia —le dijo una noche cuando los niños ya se habían acostado.

Ella había ido al lado de su mesa en el despacho y él la había sentado en

su regazo.

—¿Eso es lo que quieres de mí? —preguntó ella—. ¿Quieres que sea más recatada?

—Jamás —contestó él mientras la besaba.

—¿Estás contento por no contenerte?

—Mucho —contestó él sin dejar de besarla.

—Quizá deberíamos convenir que el decoro tiene sus sitios, pero nuestro dormitorio no es uno de ellos.

Él se rio. Era incorregible, era enredadora, seductora e inesperadamente cálida y dispuesta. Algunas veces, no podía creerse la suerte que había tenido de encontrarla y de que estuviera dispuesta a ser su esposa en todos los sentidos. Nunca había conocido una relación como aquélla.

El último sábado de junio, Elle era un manojo de nervios porque iba a celebrar su primera cena. Aunque había organizado todo, había limpiado y adornado y había contratado a otra cocinera y a dos doncellas, iba de un lado a otro repasándolo todo.

—Elle, todo está perfecto —le dijo él por tercera vez—. Deja de preocuparte y tranquilízate antes de que saques de quicio a los empleados.

—Lo sé. Es que no quiero que nada estropee la cena ni te abochorne.

—Entonces, intenta mantener las manos quietas debajo de la mesa.

Ella se rio y se relajó.

—No me sentaré a tu lado, naturalmente. Te he sentado al lado de la señora Lawrence y yo me sentaré al lado del reverendo Kane.

—Entonces, ni se te ocurra poner las manos debajo de la mesa.

—¡Nathan!

A él le encantaba hacerla reír y la abrazó. Ella sacudió la cabeza.

—Ni se te ocurra mirarme y recordarme esto durante la cena. Si me echo a reír sin motivo y hago el ridículo, nunca te lo perdonaré.

—Lo harás.

—No, te juro que no.

—Entonces, será mejor que no me mires.

Sonó la campanilla de la puerta, Elle se sintió dominada por el pánico y miró a Nathan con los ojos como platos.

—La cena va a salir perfecta. Lo has organizado todo. Vamos a saludar a los invitados.

La tomó de la mano y la llevó hacia el recibidor. Los Oliver fueron los primeros en llegar, seguidos por los Evans y los Iverson.

Cuando llegaron los Bradbury, Lena entró en el salón y echó una ojeada a la gente. Fue mirando a las personas, una a una, con una expresión de desprecio, casi de enojo. Elle hizo un esfuerzo para atravesar la habitación y saludarla afectuosamente.

—Me alegro de que hayáis podido venir.

—¿Para qué? ¿Para poder restregarme por la cara que te has casado mejor que yo?

Elle, atónita, hizo lo posible para disimular la sorpresa. Miró a Tom, pero estaba saludando a Nathan y no había oído nada.

—En absoluto, sencillamente, me alegro de que hayáis venido.

Sus maridos pasaron al salón y Elle hizo un gesto a Lena para que los acompañaran. Lena se inclinó un poco hacia ella y Elle captó el olor a alcohol.

—Puedes ahorrarte los cumplidos cuando estamos las dos solas.

Lena vio a Nathan, que estaba sirviendo una bebida a su marido y fue directa al mueble bar. Las demás mujeres, que estaban alabando los muebles y la decoración, no se habían dado cuenta del encuentro entre Elle y Lena. Elle se unió a ellas, pero no apartó la mirada de Lena. Cuando llegó Phoebe, vio el biombo que había decorado Elle y también se lo alabó.

—Has conseguido que tu nuevo marido esté orgulloso —le felicitó Betsy—. Tiene que estar feliz de haberte encontrado.

Elle miró a Nathan, quien estaba hablando con Richard y Carl. Él también la miró y le hizo un gesto de aceptación con la cabeza. Estaba contento por haberse casado con ella, pero estaba segura de que su gusto para la decoración no tenía nada que ver con eso. Le sonrió y él también le sonrió antes de seguir la conversación.

Apareció la doncella y le hizo un gesto a Elle. Salió al pasillo y se encontró con otros dos invitados, Paul y Celeste Adams.

—¡Habéis venido! —exclamó Elle mientras se acercaba apresuradamente a Celeste.

—Siento el retraso —se disculpó Celeste—. Casi me eché atrás, pero Paul dijo que íbamos a venir.

—¿No quería venir? —le preguntó Elle con el ceño fruncido.

—Claro que quería venir —contestó Paul—. Creía que no tenía un vestido lo bastante bonito. Yo le dije que estaba tan guapa como cualquiera de las demás mujeres.

—Y tenías razón.

Elle no se había parado a pensar que los vestidos de Celeste podían no ser tan elegantes como los suyos, pero siempre había estado guapa en Dodge. Había pedido que vistieran adecuadamente para la cena y ella llevaba un vestido de seda verde esmeralda sin tirantes.

—Estás preciosa.

—¿De verdad? —Celeste se alisó la falda tímidamente.

Cuando pasaron a la otra habitación y la luz se reflejó en el pelo de Celeste, Elle se dio cuenta de que había dejado de teñírsele de negro y de que tenía las raíces rojas. Se lo había peinado de tal manera que el color verdadero solo se veía alrededor de su cara y, además, se había hecho una flor con una cinta de encaje y se la había puesto en la cabeza para distraer la atención, pero el

cambio de color era peculiar.

Tomó a Celeste de la mano y la acercó a los invitados.

—Ya conocéis a Paul Adams y a su esposa Celeste —dijo Elle a modo de presentación.

Las mujeres parecieron algo desconcertadas por la presencia de Celeste, pero cuando ella la mantuvo agarrada del brazo y Nathan entabló una animada conversación con Paul, todos los acogieron de buena gana. Elle esperó que empezaran a invitar a Celeste a las reuniones de mujeres y al coro. Celeste era dulce y sincera y se merecía sentirse bien recibida.

La cena transcurrió sin incidentes y el menú gustó mucho. Se sintió animada y se olvidó de las preocupaciones, hasta que Lena llevó una copa con un líquido color ámbar a la mesa. Tom la miró con severidad y apartó la copa de ella, quien lo desdeñó con un gesto de la mano y vació la copa. Betsy y Minnie la miraron de soslayo con expresión de censura. Lena había entrado en un círculo respetable por Tom, pero no parecía agradecerlo gran cosa.

Se sirvió el café con trozos de pastel de chocolate y frambuesa y luego, los hombres se dirigieron al despacho de Nathan para beber un brandy y fumarse un cigarro. Las mujeres rodearon el piano para que Elle interpretara algo.

—¿Qué queréis que toque?

—¿Qué te parece *Las carreras de Camptown*? Es muy divertida —preguntó Lena mientras se servía otra copa—. ¿Por qué los hombres tienen que ser los únicos que se diviertan? Están bebiendo y fumando mientras nosotras tenemos que admirar el ostentoso biombo de Elle —pasó rozando a Mildred Evans y se sentó en un sofá—. Es un mundo de hombres y no tenemos escapatoria.

Elle agarró unas partituras.

—Primero cantaremos algo todas. ¿Qué os parece?

—Delicioso —contestó Lena con una sonrisa de desdén.

Celeste y Elle se miraron a los ojos y Elle supo que su amiga estaba abochornada por el comportamiento de Lena.

—Ya veréis cómo canta Celeste —dijo Elle a las demás mujeres—. Tiene una voz de ángel.

—No es verdad —replicó Celeste mientras se sonrojaba.

Elle empezó a tocar y, para su alivio, Celeste se sabía la letra. Captó inmediatamente la atención de todas con su delicada voz de contralto.

Betsy se acercó, miró la partitura por encima del hombro de Elle y también empezó a cantar. Las demás se unieron al instante.

—¡Toca algo que podamos bailar! —exclamó Lena desde el centro de la habitación.

Estaba con una bebida en una mano y la foto enmarcada de la familia Lantry en la otra.

Los hombres aparecieron en ese momento y Tom oyó el comentario de su esposa.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Tom a Nathan mientras le quitaba la

foto a Lena y volvía a dejarla en su sitio—. Gracias por tu deliciosa cena —le dijo a Elle.

—¡Bah! ¡Vamos a quedarnos para bailar por lo menos! —exclamó Lena poniéndose una mano de Tom en la cadera—. ¡Toca algo animado, Gabrielle!

Los dedos de Elle se paralizaron sobre el teclado y pudo ver por el rabillo del ojo que Celeste se acercaba a Paul y lo agarraba con fuerza de la mano. Levantó la mirada y vio el gesto asombrado y ceñudo de sus invitados.

Tom agarró a Lena de la cintura y la sacó de la habitación. Nathan los siguió al pasillo. Elle no supo qué hacer, pero tampoco quería perderse nada de lo que Lena pudiese decir. Se levantó y también salió de la habitación. Mientras se alejaba, pudo oír los murmullos de sorpresa y censura de las demás mujeres.

—Te pido disculpas por el comportamiento de mi esposa —le dijo Tom a Nathan.

—Deja de disculparte por mí —intervino Lena.

Tom, al ver que Elle se acercaba, inclinó la cabeza con vergüenza.

—Gracias por su amable invitación, señora Lantry. Le cena ha sido excelente.

Elle se sintió fatal por él. Lo habían humillado delante de sus compañeros y de sus esposas. Se había dado cuenta de que Lena sentía animadversión hacia las otras mujeres y ella, pero, evidentemente, no le había dado suficiente importancia. Lena y ella no habían sido exactamente amigas, pero se intentaba que las mujeres que vivían en la casa de citas no fuesen amigas.

—Si podemos hacer algo, por favor, decídnoslo —le dijo Elle.

—Gracias, señora Lantry —replicó Lena con sarcasmo soltándose de Tom y agarrando a Nathan de la corbata para atraerlo hacia sí—. Gracias, señor Lantry. Si yo puedo hacer algo por usted en cualquier sentido, dígamelo.

Nathan se soltó la corbata bruscamente.

—Lo siento, Nathan —se disculpó Tom otra vez, antes de arrastrar a su esposa hasta la calle.

Nathan cerró la puerta y miró a Elle con una perplejidad evidente.

—Ha sido muy raro.

Elle asintió con la cabeza.

—Te llamó Gabrielle.

—A lo mejor le recordé a alguien.

—¿Había alguna Gabrielle en el colegio de la señorita Haversham?

—No sé de dónde sacó ese nombre —contestó ella inmediatamente.

—Evidentemente, está desequilibrada. Pobre Tom.

—Desde luego.

Phoebe apareció y se acercó a ellos.

—Ha sido desagradable, pero no te preocupes, querida —Phoebe dio unas palmadas en el hombro de Elle—. Empecé una conversación sobre la nota que la señorita Alcott ha estado escribiendo es el *Independent*. Puedes volver y seguir tocando el piano como si no hubiese pasado nada.

Elle miró a Nathan y a Phoebe.

—No sé... Me parece mal fingir que no ha pasado nada.

—Es lo que se hace en la sociedad educada —le tranquilizó Phoebe.

—Pero todos hablarán cuando se marchen de aquí. ¿Por qué no abordarlo y luego olvidarlo? —Elle miró a Nathan—. Haré lo que tú creas. ¿Qué te parece lo correcto?

Él pareció pensarlo un momento.

—Es incómodo abordar una situación bochornosa —reconoció él mirando a Phoebe, quien asintió con la cabeza—. Sin embargo, creo que Elle puede tener razón en este caso. Fingir no conseguirá que se olvide lo que ha pasado y el ambiente será tenso.

Elle sintió alivio aunque no supo por qué. No le importaba quién tuviera razón, sencillamente, no quería cometer un error y hacer más daño.

—Yo me ocuparé —añadió Nathan antes de volver al salón con las dos mujeres.

Varios invitados se volvieron para mirarlos con curiosidad.

—El señor Bradbury se ha disculpado por su esposa. Es un elemento importante de nuestra comunidad y en estos momentos necesita nuestra amistad y apoyo. No lo abandonemos o miremos hacia otro lado. Espero que podamos estar a su disposición si los Bradbury nos necesitan.

El reverendo Kane expresó conformidad en voz alta y casi todos los invitados accedieron a prestar su apoyo. Nathan animó a Elle para que volviera al piano y el resto de la velada transcurrió agradablemente.

Nathan no habló del incidente cuando se acostaron esa noche, pero estaba abatido. Elle le pasó un brazo por encima del pecho y lo estrechó contra sí. Él le tomó la mano y le besó los dedos.

—Cuánto me alegro de tenerte —dijo él en voz baja.

Debido al arrebato de Lena, Elle tenía muy presente su vulnerabilidad y la farsa que vivía. Su marido no se alegraría si supiera la verdad.

—Yo también me alegro de tenerte.

Él la abrazó y olvidaron los disgustos de esa noche.

El lunes, a media mañana, llamaron a la puerta y Elle dejó el diminuto vestido que estaba poniendo a una muñeca con Grace y fue a abrirla.

—Espero no molestarte —dijo Celeste desde el sombreado porche.

—Claro que no. Entra —Elle le tomó la sombrilla y la colgó de un perchero—. Estoy encanada de que hayas venido. Pasa, haré té —la invitó Elle mientras la acompañaba a la sala.

—¿Puedo ayudarte?

—Sí, claro —Elle se asomó a la puerta de la sala—. Ahora mismo vuelvo, chicos. La señora Adams ha venido de visita y voy a hacer té.

Grace levantó la mirada, pero no dijo nada. Robby siguió haciendo torres

con las piezas de madera.

Una vez en la cocina, Elle puso a hervir agua. Charlotte había asado carne hacía poco y seguía oliendo. Charlotte no estaba a la vista. Elle supuso que estaría fuera haciendo la colada.

—Le he contado la verdad a Paul —dijo Celeste.

Elle, sin comprender lo que quería decir, se secó las manos con un paño y se dio la vuelta para mirarla.

—¿Sobre qué?

—Sobre mí. Le he contado la verdad sobre Dodge City.

Elle intentó asimilarlo y parpadeó sin poder creérselo.

—¿Qué...?



Capítulo 17

—No podía seguir mintiendo a Paul —dijo Celeste como si pidiera a Elle que la comprendiera—. No podía exponerme a que se enterara de otra manera, no podía hacerle eso. No quería que toda mi vida fuese una mentira y eso fue lo que le dije.

Elle miró hacia la ventana, pero no vio el sol reflejado en sus cristales. Se quedó así hasta que el hervidor de agua pitó y Celeste lo apartó del fuego.

—¿Qué pasó cuando se lo dijiste?

No se había fijado en las bolsas de Celeste que estaban en el porche hasta ese momento. Probablemente, Celeste estaba buscando trabajo y un sitio donde quedarse.

—Lloró. Nunca había visto llorar a un hombre. Tuvo que destrozarlo por dentro.

Elle intentó imaginárselo, pero no pudo.

—Entonces, me dio las gracias por ser sincera. Dijo que no le importaba lo que hubiese hecho antes si quería ser su esposa en este momento.

—¿No le importa? —Elle se dejó caer en una silla—. Entonces, lo sabe todo sobre nosotras.

—Yo no quise extenderlo a todas, pero cuando supo que no había ningún colegio de la señorita Haversham, supuso que todas veníamos del mismo sitio.

Elle creyó que el corazón iba a salirse del pecho. Se imaginó que Nathan se enteraba. Se imaginó las reacciones de Betsy, Minnie y Phoebe y el pánico que se adueñaba de ella. Pensó en las noches que había pasado en brazos de Nathan y en la relación que habían creado. Empezó a temblar, nunca había tenido tanto miedo.

—¿Qué pasará si se lo cuenta a la gente? ¿Qué pasará si se lo cuenta a Nathan?

—No lo hará. Dijo que los demás no son de su incumbencia. Solo yo lo soy y vamos a dejar mi pasado atrás.

—Dios mío... —Elle intentó tomar una bocanada de aire.

—Me siento mucho mejor —siguió Celeste—. Como si me hubiera quitado un peso de encima.

¡Se sentía mejor! Elle sintió que se enfurecía.

—Estamos juntas en todo esto —Elle la miró con furia—. Vinimos a empezar una vida nueva y no ser quiénes éramos antes. Nos comprometimos a guardar este secreto, todas nosotras.

—Lamento que te sientas como si te hubiese defraudado. No podía

aguantarlo más. Fingir no va a cambiar. Ser sinceras sí nos cambia, ya no soy la misma persona.

Elle no sabía qué le dolía más, si ser quien era o mentir sobre quién era. No le gustaba mentir más que a Celeste, pero esa farsa había sido la única manera de labrarse un porvenir.

No podía imaginarse que Nathan aceptara su pasado tranquilamente y que le dijera que no le importaba. Era orgulloso y respetable y nada había manchado jamás su reputación. Tenía que tener en cuenta su posición en la comunidad. Tenía que mantener inmaculada su reputación para que pudiera aspirar a ser gobernador.

Se acordó de su decisión de esperar a hacer el amor porque creía que era tan pura como su primera esposa. Si supiera la verdad, se sentiría repugnado y desilusionado.

—Yo tampoco soy la misma persona —afirmó Elle aunque no estaba segura.

Lo único que había cambiado era su capacidad para sentir y ya no sabía si sentir era tan maravilloso. No podía soportar pensar en todo lo que sufriría Nathan si se enteraba de la verdad. Quería ser la mujer que él creía que era. Desorientada y asustada, se tapó la cara con las manos temblorosas.

—No quería hacerte daño —dijo Celeste en voz baja—. No me arrepiento de haberlo hecho, pero tampoco quería complicarte las cosas.

Ella asintió con la cabeza y bajó las manos decidida a dominar sus sentimientos.

—Lo sé.

—Paul no se lo dirá a nadie.

—De acuerdo —dijo Elle, nada convencida, se levantó y tomó aliento para reunir valor—. Vamos a tomar un té.

Volviéron a la sala, donde Grace había puesto dos sillas muy pequeñas alrededor de la mesa de té. Su muñeca, desvestida, ocupaba una y ella la otra. Cuando Elle entró con la bandeja del té, Grace aplaudió y sonrió. Elle invitó a Celeste a que se sentara en el diván e intentó pensar en otra cosa, pero no podía dejar de sentirse inquieta. Celeste se alisó la falda y se sentó.

Grace le dio el vestido de la muñeca y Elle se lo puso y le abotonó los botones diminutos.

—Eres la primera persona que ha venido a tomar el té —le comentó Elle a Celeste mientras devolvía la muñeca a Grace.

La niña sentó a la muñeca en su silla y Celeste le sonrió.

—Me parece que estas dos señoritas estaban antes que yo.

Grace parecía dispuesta a quedarse durante el té y Elle no encontró ningún motivo para que no las acompañara.

—Iré a por más tazas.

Ella salió un momento y volvió con las tazas y otra jarra de leche. Sirvió té en las cuatro tazas, aunque solo llenó la mitad de las de Grace y su muñeca.

También había llevado una taza con leche para Robby. Grace miró el plato con galleas y luego miró a Elle.

— ¿Qué quieres, Grace?

La niña señaló las galletas.

— ¿Qué son?

Grace se limitó a mirarlas fijamente.

— Robby, ¿quieres una galleta con leche?

Robby dejó caer una pieza de madera y se levantó.

— ¡Galleta, por favor!

Elle esperó a que se hubiera sentado en el suelo antes de darle una galleta y dejar la taza a su lado. Él mordió inmediatamente la golosina.

— Grace, ¿quieres una galleta? —le preguntó Elle.

La niña asintió con la cabeza y Elle, después de un silencio de frustración, le dio la galleta y le señaló la taza de té con leche.

— Toma.

Celeste miró a Grace y a Elle.

— ¿Las has hecho tú?

— No, las ha hecho Charlotte.

— A lo mejor me daría la receta.

— Claro, no creo que le importe...

— ¿Quieres un poco de galleta, muñequita? Puedes darle un mordisco a la mía. Toma, no llores.

Elle, sin salir de su asombro, miró a Grace, que había hablado a la muñeca que tenía sentada al lado.

— Yo ayudé a la señorita Charlotte a hacerlas —siguió la niña—. ¿Te gusta el azúcar que llevan encima? La espolvoreé yo misma.

Ella, que nunca había oído la voz de la niña, la escuchó maravillada y se le aceleró el corazón. Celeste la miraba con curiosidad. Elle se inclinó para susurrarle al oído.

— No habla nunca. Al menos, a nosotros. Nathan me dijo que le había oído hablarle a sus muñecas cuando estaba jugando en su cuarto, pero es la primera vez que yo oigo su voz.

Celeste sonrió, pero las dos tuvieron cuidado de no mirarla fijamente para no cohibirla.

— Charlotte tiene algunas recetas fantásticas que puede darte —le comentó Elle a Celeste—. Me ha enseñado a cocinar un poco para que pueda ayudar cuando ella no está.

Grace tomó el trozo de galleta que había dejado delante de la muñeca y se la comió.

— ¿Te has acabado la galleta, muñequita? —le preguntó Elle directamente a la muñeca—. ¿Quieres otra?

Grace miró a Elle como si le sorprendiera que un adulto hablara con su muñeca. Elle partió una galleta por la mitad y la dejó delante de la muñeca.

—Hay muchas, puedes comerte otra. ¿Quieres una Celeste?

—Me encantaría, gracias.

Elle no estaba segura de que lo que estaba haciendo fuese beneficioso, pero la conversación de Grace con su muñeca había sido su primera comunicación verbal y no le importó que esa charla fuese tan poco corriente.

—No te quemes la lengua con el té —le advirtió Grace a la muñeca antes de dar un sorbo.

Elle estaba encantada de oír a Grace, pero ese placer estaba ensombrecido porque Celeste le había contado la verdad a Paul. Era posible que sus días allí estuviesen contados y eso la hundía.

Terminaron el té y Charlotte fue para llevarse las bandejas. Elle le presentó a Celeste y le preguntó si le importaría darle algunas recetas. Charlotte se mostró encantada y le prometió unas cuantas para la semana siguiente.

Poco después, Elle acompañó a su amiga hasta la puerta para despedirla.

—No va a pasar nada —la tranquilizó Celeste—. Estoy segura de que Paul guardará nuestro secreto.

—Eso espero —replicó Elle.

—Lo hará. No te preocupes. Hasta el jueves.

—¿El jueves?

—Es el Día de la Independencia. El pueblo ya era un hervidero esta mañana.

—Ah, claro.

Llevaba semanas oyendo hablar de la celebración y Nathan había estado preparando el discurso que pronunciaría en el ayuntamiento para el público. Elle nunca había asistido a algo así y debería estar deseando que llegara ese momento, pero el nubarrón de la preocupación la acompañaba a todas partes.

Hizo todo lo posible para mantenerse ocupada y pensar en otra cosa. Esa noche le contó a Nathan que Grace le había hablado a la muñeca. Después de planear lo que los niños y ella se pondrían el Día de la Independencia, organizó unas reuniones para tomar el té en el cuarto de juegos el martes y el miércoles. Los dos días, Grace habló con su muñeca, pero no contestó a nada de lo que le dijo Elle.

Robby siempre estaba dispuesto a participar en cualquier juego o lectura que le propusiera ella. Enseñarle a tocar el piano era complicado porque solo quería aporrear las teclas como le apetecía, pero ella perseveró hasta que consiguió que diera la nota exacta.

Cuanto más unida y comprometida estaba con los niños, más le preocupaba que se descubriera su historia. Por la noche, se quedaba despierta al lado de Nathan, que dormía apaciblemente, mientras se imaginaba distintas situaciones en las que Paul Adams iba a visitar a su marido y le contaba lo que sabía.

¿Cómo era posible que Paul hubiese aceptado la verdad sin expulsar a Celeste de su casa? Había estado con las mujeres de Sweetwater y sabía los

principios tan estrictos que tenían. Nunca se aceptaría la vida licenciosa que había llevado antes. La decencia de una mujer se reflejaba en su marido y solo se aceptaba el decoro más elevado. Si se llegaba a saber la verdad, la reputación de Nathan quedaría por los suelos. Cuando los primeros rayos del sol entraron por la ventana y se oyeron algunos disparos y petardos en la distancia, Elle se preguntó si debería contarle a Nathan su vida en la casa de citas de Dodge City antes de que se la contara Paul.

Un disparo despertó a Nathan, giró la cabeza, abrió los ojos y la miró.

—Buenos días —dijo él con la voz ronca.

—Buenos días —le saludó ella.

—¿Cómo es posible que estés tan maravillosa a primera hora de la mañana como lo estabas la noche anterior? Algunas veces pienso que te he soñado porque ningún hombre puede ser tan afortunado.

—Como sabes muy bien, no me impresionan los halagos —replicó ella con una sonrisa.

—Ah, qué afortunado soy, he aprendido a impresionarte.

Se acercó para besarle el hombro desnudo. Ella se estremeció y él la abrazó debajo de las sábanas.

—¡Papá!

Unos golpes en la puerta siguieron al grito.

—Tendremos que esperar a esta noche —se lamentó él—. ¿Qué pasa, Christopher?

—¿Has oído los petardos? —preguntó su hijo después de abrir la puerta de par en par—. ¡Ya ha empezado la celebración!

Nathan dio un fugaz beso a Elle y se sentó.

—La gente dispara sus armas y tira petardos durante todo el Día de la Independencia. ¿No te acuerdas? Los ruidos que has oído son los vecinos que han empezado temprano.

—Estoy deseando que lleguen los fuegos artificiales —dijo el niño.

—Yo también. Es mi parte favorita —Nathan miró a Elle—. ¿Cuál es tu parte favorita del Día de la Independencia?

—Todavía no lo sé. Será mi primer Día de la Independencia.

El niño frunció el ceño.

—Pero todos los años hay un cuatro de julio...

Tenía que ser más cuidadosa con la forma de decir las cosas porque no soportaba acumular más mentiras en su relación.

—Yo estaba todo el tiempo en el colegio.

—¿Hasta los fines de semana? —preguntó Christopher con incredulidad.

—Vivía en un internado —le explicó Nathan.

—Te gustará el Día de la Independencia —le aseguró Christopher con seriedad—. Los discursos y esas cosas son aburridos, pero luego todo es divertido.

Nathan arqueó una ceja y miró a Elle y a su hijo, quien siguió hablando sin

darse cuenta de que había ofendido a su padre.

—El año pasado hubo una danza de guerra. ¿De qué tribu eran, papá?

—Creo que eran cheyenes.

—Llevaban plumas muy largas, mocasines y pantalones de piel. Llevaban plumas hasta en las hachas —le contó el niño—. Además, hay muchos juegos como el croquet para las niñas y béisbol y carreras de carretillas. También hay premios, ¿verdad, papá?

—Verdad. Ponte ropa vieja si quieres trepar por la cucaña —le aconsejó Nathan a Elle con una sonrisa—. Habrá un billete de cinco dólares en lo alto.

Ella lo miró con escepticismo y él le guiñó un ojo.

—¿Puedo intentar trepar por la cucaña este año, papá?

—Claro —Nathan volvió a mirar a Elle—. Yo tengo que ponerme un traje para leer la Declaración de la Independencia y pronunciar el discurso inaugural, pero luego vendré a cambiarme. Te ensucias con los juegos. Después, vendremos a casa para asearnos antes de los fuegos artificiales. Vamos a levantarnos y vestimos.

El niño sonrió y se marchó de la habitación.

El día ya prometía ser uno de los más calurosos del verano. Elle se había puesto un vestido de algodón rosa claro y un sombrero de paja con cintas a juego. Había elegido un vestido vaporoso de rayas verdes para Grace y ayudó a Robby a ponerse una camisa blanca y unos pantalones hasta la rodilla. Le había comprado un sombrero de paja y el frunció el ceño y se quejó cuando se lo puso.

—Te dará sombra en los ojos y estás muy elegante.

Ella lo tomó en brazos para que se mirara en el espejo del descansillo. Él no pareció muy convencido, pero se olvidó de sus reparos en cuanto oyó a su padre.

—¿Quién quiere montarse en el carruaje para ir al desfile?

Robby se liberó de sus brazos y bajó las escaleras todo lo deprisa que le permitieron sus piernecitas.

—¡Yo, papá!

Grace, con su sombrero de volantes, agarró la mano de Elle antes de bajar las escaleras. El detalle de confianza la emocionó.

—¿Pasa algo? —le preguntó Nathan desde el recibidor con Robby en los brazos y cierto tono de preocupación.

Elle negó con la cabeza y también le preocupó saberse emocionado tanto que su esposo lo hubiera notado.

—No pasa nada. Es que estoy feliz.

—Seréis las chicas más guapas —las tranquilizó él.

Grace sonrió a Elle, quien correspondió a su expresión de alegría. Iba a disfrutar de ese día independientemente de su desazón. Era una celebración importante para Nathan y los niños y ellos eran importantes para ella. Al fin y al cabo, era el Día de la Independencia y estaba decidida a agradecer la libertad.



Capítulo 18

Christopher llevaba un pantalón de peto y una camisa de manga corta y parecía como si fuese a emprender una aventura. Poco después de salir de la casa. Elle se dio cuenta de que, efectivamente, eso era lo que iba a hacer. El vecindario era un bullicio de familias que se dirigían hacia la calle principal. Todo tipo de medios de transporte alegremente adornados esperaban en el camino de entrada. Nathan los llevó a una carreta que estaba delante de la carreta de los bomberos. Pasaron veinticinco minutos hasta que todos los empleados públicos estuvieron montados en los carruajes o las carretas. Entonces, empezó el desfile encabezado por la banda de música. Hombres, mujeres y niños saludaban y vitoreaban por todo el recorrido.

—No me había dado cuenta de que hubiese tanta gente en Sweetwater — comentó Elle.

—Muchos viven en los ranchos o granjas de los alrededores y también los hay que han venido de pueblos cercanos.

Cuando llegaron a la calle principal, la transformación fue impresionante. Todos los edificios estaban cubiertos de telas azules, blancas y rojas que colgaban de los tejados y las banderas americanas ondeaban al viento.

Los músicos fueron los primeros que rompieron la formación y se llevaron los instrumentos a otro sitio. En el extremo este de la ciudad se había construido un estrado enorme con banderas patrióticas que colgaban de la cubierta. En la parte delantera había una tarima también cubierta con telas. Algunas personas ya estaban intentando conseguir las mejores posiciones.

—Dentro de quince minutos estarás ahí conmigo —le comento Nathan a Elle antes de saludar con la mano—. Allí está la señora Shippen. Los niños se quedarán con ella hasta que acaben los discursos.

—Yo podría quedarme con ellos —se ofreció ella.

—Tu sitio está a mi lado —replicó él con orgullo.

La señora Shippen llevaba un vestido blanco con ribetes rojos y un sombrero con plumas. Reunió a los niños y los llevó hacia un lado de la calle. Varios indios vestidos como había descrito Christopher esperaban en la plataforma y saludaron a Nathan cuando subió con Elle las escaleras de madera recién construidas. Los hombres, con un pelo y unos ojos muy oscuros, miraron a Elle con solemnidad. Ella no había visto nunca a un indio y esos le parecieron especialmente intimidantes con sus plumas en la cabeza. Evidentemente, no eran hostiles, ya que participaban en la celebración, pero ella se quedó muy cerca de Nathan por si acaso.

Un toldo de lona los protegía del sol y solo el extremo más adelantado de la tarima quedaba al descubierto. Un hombre alto y con el pelo blanco se acercó a ellos y Elle conoció al señor Simpson, el alcalde, y a su esposa. Los músicos de la banda, vestidos con chaquetas rojas, camisas blancas y pajaritas azules, se colocaron ordenadamente a un costado de la plataforma. El alcalde hizo una señal al director y los instrumentos empezaron a interpretar la primera pieza patriótica, captando inmediatamente la atención de todo el mundo, que fue saliendo de las tiendas y bocacalles para reunirse delante del estrado. El alcalde subió a la tarima y declaró inaugurados los festejos. Luego, presentó a Nathan, quien también subió a la tarima y desplegó un papel que sacó del bolsillo de la chaqueta.

—Un día como hoy, hace ciento nueve años, Jorge tercero era rey de Gran Bretaña, de Irlanda y de las colonias británicas en Norteamérica. Antes de que se pusiera el sol, la mayoría de esos colonos habían abjurado de su alianza y se habían declarado independientes.

La multitud irrumpió en vítores y Nathan hizo una pausa hasta que volvió el silencio.

—Es natural que celebremos nuestras libertades en el aniversario de una fecha tan memorable.

La gente volvió a aplaudir y gritar con emoción. Elle miró las hojas que tenía su marido y se preguntó cuánto tardaría en terminar el discurso si lo interrumpían después de cada frase.

Desvió la mirada hacia la señora Shippen y los niños y vio que Christopher observaba atentamente a los indios y que Robby y un niño pequeño miraban algo que sujetaba el otro niño. Tenía mucho tiempo para echar una ojeada a la gente del público y encontrar a casi todos sus conocidos. Celeste la saludó casi imperceptiblemente con la mano. Observó a Paul, quien estaba sin sombrero a pleno sol y con unos pantalones desgastados como si estuviera preparado para pasar el día participando en todos los juegos. Él miró a Celeste y Elle se dio cuenta de que estaban agarrados de la mano. Paul se la levantó y se la llevó a los labios con un gesto de cariño. Ella le sonrió con veneración. A Elle se le alteró el pulso. Nathan le había declarado su amor. Ella lo había oído, pero no lo había asimilado ni quería pensar en ello. ¿Por qué? ¿No lo creía? No tenía motivos para no creerlo. ¿Se consideraba indigna de su amor? Sí.

Nathan creía que la amaba, pero no la conocía de verdad. Se había enamorado de la imagen que ella había proyectado, no de la verdadera Elle.

Volvió a centrar su atención en Celeste y Paul. En su momento, se molestó con ella por haber traicionado su secreto, pero Celeste no había basado su matrimonio en un espejismo ni había mentido. Paul la amaba independientemente de su pasado. Mantendría el secreto, no tenía que preocuparse. Echó otra ojeada y vio a Phoebe y Richard Crandall y a Mildred Evans con su hijo Jimmy.

—Hoy nos alegramos y nos felicitamos por haber vivido para llegar a ver el inicio de otro Día de la Independencia, un día que conmemora que esta generación de estadounidenses no ha olvidado las enseñanzas de sus padres.

Nathan se atenía a un código de principios muy estricto y eso hacía que fuese el hombre que era. Su sentido del deber y del idealismo, además de su buen juicio, eran los motivos para que estuviera allí en ese momento y todo el mundo lo respetara. Sería un magnífico gobernador.

La dominó de repente una vergüenza que ensombreció el día soleado y la abatió. No estaría allí si Nathan supiera quién era. No estaría allí si los habitantes de Wyoming, sobre todo de Sweetwater, supieran quién era. Él, al aceptarla, había puesto en peligro todo aquello por lo que había luchado, todo lo que defendía, y ella lo había llevado a esa situación sin que él lo supiera. Había querido tanto la libertad y una vida normal que cualquier medio de conseguirlas le pareció aceptable.

La multitud aplaudió, vitoreó y silbó. Nathan había terminado el discurso. Saludó con la mano y una amplia sonrisa y presentó al alcalde Simpson, quien leería la Declaración de Independencia. El alcalde subió a la tarima y empezó a leer. Nathan fue al lado de ella y la tomó de la mano.

—Has estado brillante —le susurró ella.

Él sonrió.

Cuando el alcalde terminó, el reverendo Kane se dirigió al público y elevó una plegaria de agradecimiento porque eran libres y pidió a Dios que el día transcurriera sin incidentes.

—Voy a casa a cambiarme —le dijo Nathan.

—Espera —le pidió ella—. Tienes que quedarte para otra cosa.

—¿Para qué?

—Ya lo verás. Quédate aquí.

Lo dejó en la esquina del estrado y se levantó el borde de la falda para bajar las escaleras. Las mujeres estaban reuniéndose y Mildred iba colocándolas en dos filas. Elle, desde su sitio en la fila de atrás, buscó a Nathan entre la multitud expectante. Mildred hizo una señal y la pianista empezó a tocar el himno americano. Todas cantaron a tres voces y la multitud las escuchó con respeto. Elle nunca había participado en algo tan importante y, mientras cantaba, sintió que formaba parte de algo grandioso, algo digno y bienintencionado. Cantó los últimos acordes con un nudo en la garganta y lagrimas en los ojos. Sus voces se apagaron y se hizo un silencio.

Fue un momento que pareció flotar en el aire de mediodía. Poco a poco, la gente empezó a aplaudir. Las mujeres se abrazaron y se felicitaron unas a otras. Elle empezó a bajar las escaleras hasta donde la esperaba Nathan, quien la recibió con un abrazo.

—Estoy muy orgulloso de ti.

Todo estaba bien entre sus brazos, en ese momento, solo importaban las grandes cosas como su libertad, su salud y el amor que se tenían.

—Gracias por la sorpresa —siguió él.

Ella se apartó y sonrió.

—Nos encontraremos delante del banco dentro de veinte minutos.

—Allí estaré —prometió ella.

Buscó a la señora Shippen y se llevó a los niños al otro lado de la calle, donde una mujer india vendía baratijas. Compró algo a cada uno de ellos y Betsy se acercó a ella.

—¿Lo has oído? —le preguntó su amiga.

—¿Qué?

—Tom Bradbury se ha cansado del comportamiento de su nueva esposa. Ha pasado las últimas noches en el hotel —Betsy se inclinó un poco para susurrarle—. El recepcionista le contó a James Evans que ella tuvo una... visita en su habitación. Una visita masculina.

Elle recibió la información con un espanto que le avivó la angustia.

El comportamiento de Lena podía originar un problema para todas las mujeres que habían llegado de Dodge City.

—Siento oírlo.

—Es escandaloso.

Elle asintió con la cabeza. Efectivamente, la gente de allí se escandalizaba con el comportamiento de Lena.

—Ha dejado en ridículo al pobre Tom, que solo quería una mujer buena y honrada.

—Es un buen hombre —confirmó Elle con el estomago encogido.

—Todavía no lo he visto esta mañana —siguió Betsy—. Seguramente le dé vergüenza asomar la cara.

—No tiene que avergonzarse de nada —replicó Elle.

—Solo de que lo hayan metido en una situación muy incómoda.

Elle vio a Nathan, que se acercaba a ella entre los saludos y felicitaciones de sus conciudadanos. Nunca lo había visto con un peto y una camisa de algodón y le gustó su aspecto desenfadado.

—¡Papá! —exclamó Christopher agarrándolo de la mano—. ¡Va a empezar la carrera de mulas. Tenemos que ir ya!

—No podemos retrasarnos —confirmó Nathan.

Se subió a Robby a los hombros y se fue con su familia hacia los campos de juegos y las pistas de carreras. La carrera de mulas fue una de las cosas más divertidas que Elle había visto en su vida. Una de las mulas, después de avanzar unos metros, se paró y no hubo manera de que el chico que la montaba consiguiera que volviese a andar. Otra, tomó un camino que no era el que formaba la pista de carreras. El ganador se llevó cinco dólares y a su mula le pusieron una corona hecha con hojas de parra.

Para placer de Christopher, Nathan se apuntó a la carrera de cuatrocientos metros. Elle y los niños se pusieron cerca de la meta y lo felicitaron cuando llegó tercero. Aceptó el premio de cinco dólares con una sonrisa. Luego,

compraron unos sándwiches y unas bebidas y los tomaron en una arboleda sombreada. Christopher sacó un programa del bolsillo y lo desplegó.

— ¿Qué hora es? La demostración de los regulares es a la una.

— Faltan unos minutos — Nathan miró a Elle —. Me parece que no vamos a perdemos nada.

— No me gustaría perderme ni un segundo — replicó ella con una sonrisa.

Nunca había vivido algo parecido. El espíritu de compañerismo de toda la comunidad y la emoción de los niños y los adultos eran contagiosos. Se oían disparos y pequeñas explosiones de vez en cuando. Podían verse restos de petardos por el suelo.

— Todos los perros de Sweetwater están escondidos debajo de los porches — comentó Nathan.

— Vámonos — los apremió Christopher.

Los regulares estaban desfilando y disparando sus armas. Luego, los bailarines cheyenes actuaron y fueron tan coloristas y divertidos como había descrito Christopher.

Christopher intentó trepar a la cucaña, pero tuvo que desistir decepcionado. Nathan le dio su premio de cinco dólares por lo bien que lo había hecho y le pidió a Grace que fuese su pareja en la carrera de sacos. Llegaron mucho después que todos los demás, pero la niña se rio cada vez que se cayeron y se lo pasó muy bien.

— ¿Quieres intentarlo? — le preguntó Nathan a Elle.

— No...

Había visto a las demás que caían por la hierba sin la más mínima dignidad y ella no podía hacer lo mismo.

— Me haré con un saco para que podamos entrenarnos antes. El truco consiste en que yo dé pasos más cortos para que puedas seguirlos. Mira, Celeste está corriendo.

Efectivamente, Celeste tenía una pierna dentro de un saco y corría al lado de su marido, mucho más alto. Su sombrero se había soltado y dejaba ver su pelo rojo. Al verla, se acordó de los inciertos lazos que la unían a Nathan. En ese momento llegó a la conclusión de que tenía que contárselo todo. No podía vivir esperando que esos lazos se deshicieran y que todo se desmoronara. Como Celeste, no podía seguir mintiendo al hombre que amaba.

Ella lo miró mientras él esperaba una respuesta. Tenía un brillo en los ojos porque le divertía la idea. Nathan le desbarataba todo lo que creía saber del género humano, sobre todo, de los hombres. Era digno de confianza, íntegro, justo y equilibrado. Además, lo amaba con toda su alma. Nunca se había permitido tener sentimientos, hasta que llegó allí y conoció a ese hombre y a esa comunidad. Había sentido cierto afecto por algunas personas como su madre y su tutora, pero como ellas no le correspondieron, tuvo que mantener los sentimientos reprimidos. Había aprendido por las malas que los sentimientos hacían que las personas fuesen vulnerables. No tenía experiencia con esa

manera de arriesgarse. Nathan había sido valiente y se había expuesto a ser vulnerable. Quizá hubiese llegado el momento de dejar de contenerse y de sentir.

—Muy bien.

Elle se quitó el sombrero y se complació con la expresión de sorpresa y agrado que puso él. Nathan, después de pedirle a Rowena Templeton que vigilara a sus hijos, fue a buscar un saco y se alejó con ella. Le enseñó pacientemente hasta que pudieron correr sin tropezarse. Entonces, fueron hasta la pista y esperaron a que empezara la siguiente carrera.

—Nathan...

—No te pongas nerviosa.

—Te amo.



Capítulo 19

Nathan sintió como si el mundo se hubiese parado y, en medio de la conmoción, se concentró en el adorado rostro de Elle y en las palabras que había dicho. Ella lo miró con una franqueza tal que quiso abrazarla y besarla allí mismo. La mujer más exquisita que había visto, que también era amable y generosa, la mujer que le había arrebatado el corazón, también lo amaba. Su amor era el regalo más preciado que había recibido.

—¡Cinco, cuatro...! —exclamó el hombre que iba a dar la salida.

Él se acordó de la promesa que le había hecho esa mañana.

—Esta noche, señora Lantry.

Ella sonrió.

—¡Dos, uno...!

Se oyó un disparo y los dos se concentraron en sus pies y sus piernas para mantener el paso y no caerse. Nathan la agarraba con fuerza contra un costado. Si perdía el paso, él la llevaría en voladas hasta que recuperara el equilibrio. Se quedó encantado al comprobar que las demás parejas iban cayéndose y que ellos consiguieron acabar por delante de los demás. Elle tomó aliento, se rio y lo abrazó por la cintura.

—¿Qué hemos ganado?

El juez los declaró ganadores y señaló hacia una fila de mesas.

—Elegid vuestro premio.

Los premios eran pasteles de masa dorada o tartas con azúcar glaseado. A Elle se le iluminaron los ojos.

—¿Cuál es tu favorito? —le preguntó Nathan.

—No lo sé —ella miró los dulces como si estuviera eligiendo un anillo de diamantes—. No he probado el pastel de melocotón. Tiene un aspecto fantástico.

—Están calientes por el sol —Nathan lo agarró y lo llevó sobre la palma de la mano—. Vamos a comernos nuestro premio.

Se reunieron con los niños y se comieron los trozos sin platos ni tenedores, lo que pareció muy divertido a los niños. Elle, incluso, se comió un segundo trozo.

—¿Qué te ha parecido el pastel de melocotón? —le preguntó Nathan.

Ella estaba sonrojada y él le buscó el sombrero y se lo puso.

—Solo se me ocurre una cosa mejor —contestó ella con una sonrisa.

—Te amo, Elle.

—Yo también te amo, Nathan.

Ella lo dijo en un tono sensual que lo alteró y se imaginó algunas escenas de la noche que se avecinaba. Primero habría baile y fuegos artificiales, pero después... Estaba deseando llegar a su casa. ¿Cómo había podido ser tan afortunado de conseguir una esposa como Elle?

Al anochecer, los niños estaban agotados, pero nerviosos y habladores por pensar en los fuegos artificiales. Después de un día de actividades al sol, se arrastraron hasta su casa para darse un baño y cambiarse de ropa. Robby se quedó dormido después del breve baño y Nathan lo vistió sin despertarlo. Elle le puso un vestido azul a Grace y Christopher se vistió solo, aunque Nathan lo peinó. Robby durmió sobre el hombro de su padre mientras todos se dirigían hacia el campo donde se dispararían los fuegos artificiales. Christopher y Elle extendieron las viejas mantas que habían llevado y Robby se despertó en cuanto Nathan lo dejó en el suelo. Miró alrededor y se sentó con gesto de expectación. Nathan pidió a Christopher y a Grace que se tumbaran un rato para descansar hasta que empezaran los fuegos artificiales y ellos obedecieron.

—No puedo recordar un día que disfrutara tanto y ha sido porque tú estabas aquí —le dijo Nathan tomándola de la mano.

A ella le encantaba sentir sus fuertes dedos. Su mirada de devoción le llegó al alma e hizo que sintiera remordimientos. Rezó para que sintiera te mismo cuando le hubiera contado todo sobre su pasado, pero tenía que estar preparada para lo peor.

—Nunca había pasado un día así. Nunca había tenido una familia —Elle miró a los niños—. Gracias por dejarme formar parte del día de hoy.

—Eres mi esposa. Eres una parte importante de todo —Nathan la abrazó y la besó en lo alto de la cabeza—. Yo soy quien debería darte las gracias.

Ella apoyó las manos en su pecho.

—Es posible que el año que viene por estas fechas haya otro pequeño Lantry entre nosotros —le susurró él al oído.

La idea la aterró y emocionó al mismo tiempo. Se quedaron así mientras las estrellas iban asomando en el firmamento y la gente iba acomodándose en sus mantas por la ladera. Había visto algunos fuegos artificiales desde el balcón de la casa de citas, pero el único motivo para saber que el cuatro de julio era festivo fue que la casa estaba muy tranquila. Algunos habituales iban a última hora, pero Ansel Murdock nunca la había visitado ese día. Supuso que estaría con su familia en alguna celebración parecida a ésta. Aquella parte de su vida le parecía tan lejana que casi no podía relacionarla con el tiempo que había pasado en Sweetwater. Si Gabrielle no hubiese existido y no hubiese vivido aquella época... Si hubiese crecido como esos niños...

Mientras creció y vivió en la casa de citas, no conoció otra cosa, aquella vida le pareció normal. Tardó en comprender lo sórdida que era su existencia. Fue cuando otras chicas hablaron de sus familias y de sus planes para empezar

otra vida, cuando se dio cuenta de que otras jóvenes podían ir de compras y pasear por la ciudad sin que se burlaran de ellas.

El cielo se llenó de explosiones de color entre las exclamaciones de admiración de todos, entre ellos de Elle, quien observaba fascinada y maravillada. Miró el atractivo perfil de Nathan inclinado hacia arriba. Iba a hacer lo que tenía que hacer y decirle la verdad. Si la amaba como esperaba que la amara, su pasado no le importaría. Vivirían juntos, educarían a sus hijos y asistirían a las celebraciones por el Día de la Independencia hasta que fueran viejos.

La última explosión iluminó el cielo y las brasas fueron apagándose mientras caían hacia el suelo. Guardaría el recuerdo de ese día como algo muy preciado.

Se habían levantado unas tiendas de campaña alrededor de unas plataformas de madera preparadas para bailar y tocar música.

—Las tiendas son para que duerman los niños —le explicó Nathan—. Las mujeres hacen turnos para quedarse con ellos.

—Yo haré un turno —se ofreció ella inmediatamente.

Él la llevó a la puerta de una tienda, donde estaba sentada Sarah Pickering. Le asignaron el primer turno, de modo que Nathan y ella dejaron a Grace y Robby en sus mantas y se quedó. Tenía un bebé a su cargo que no paró de llorar hasta que ella lo tomó en brazos y lo acunó. El pequeño pesaba más de lo que se había imaginado, pero era suave y cálido y olía a leche y polvos de talco.

Nunca había tenido en brazos a un bebé y esperó no hacer nada mal, pero él cerró los párpados y cayó en un apacible sueño. Su cuerpo rechoncho contra los pechos le despertó un instinto maternal que no había sentido nunca. Era lo más encantador que había tenido en brazos. Era natural que quisiera tener en brazos a su propio bebé.

Nathan había dicho que era posible que el próximo año por esas fechas hubiera otro Lantry entre ellos. Era lo que más deseaba, aparte de quedarse con los Lantry en Sweetwater.

Al cabo de una hora, una mujer, que se presentó como Donetta Jones y era la madre del bebé, apareció para relevarla. Elle le entregó el bebé a regañadientes y salió para buscar a Christopher y a Nathan. Estaban sentados en unos tablones que había a lo largo de las pistas de baile.

—Hola —le saludó Nathan con una sonrisa.

—He tenido un bebé en brazos —le contó ella en voz baja.

—¿Qué tal? —le preguntó él sin dejar de sonreír.

—Me ha encantado —contestó ella.

—¿Me concedes este baile? —le preguntó Christopher como si le hubieran dado instrucciones.

Ella lo tomó de la mano y encontraron un sitio entre las parejas que se movían al ritmo de la música. A cabo de un rato, Nathan también se llevó

Christopher a la tienda de campaña con sus hermanos y luego volvió con Elle. La agarró del codo y la llevó a la pista de baile.

—Podríamos llevar tu fonógrafo junto al arroyo y bailar esta noche bajo las estrellas —propuso él.

Elle se apartó un poco y lo miró a la cara.

—¡Qué idea tan romántica!

—En estos momentos, tengo muchas ideas románticas en la cabeza.

Ella, con el corazón rebosante, apoyó la cabeza en su hombro. Después de otra canción, enfriaron el ritmo y dejaron de bailar. Ella siguió la mirada de Nathan hacia un lado y vio a Tom Bradbury sentado en uno de los tablones con unos hombres. Era la primera vez que lo veía en todo el día y le sorprendió que estuviera en los festejos de la noche.

Nathan se sacó un pañuelo del bolsillo y se lo pasó por la frente.

—Hay cerveza en una tienda, detrás de la banda de música —comentó él—. Voy a ir a por mí jarra, ¿quieres algo?

—No, vete. Yo iré a tomar una limonada con las mujeres.

Nathan se alejó del ruido de la música y los bailarines.

—Había estado preguntándome dónde te habrías metido.

Se dio la vuelta y escudriñó en la oscuridad. Lena Bradbury se acercó hacia él. No la había visto durante todo el día y su aparición lo sorprendió.

—Si está buscando a Tom, está junto a la pista de baile.

—Estaba buscándote a ti.

—¿Para qué?

Ella se puso delante de él para taparle el paso.

—Creo que podríamos llamarlo una... variación.

Nathan retrocedió un paso, pero ella dio otro hacia delante. Él miró alrededor. Alguien podría pasar por allí y verlos. Ella le apoyó la mano en la pechera de la camisa con un gesto muy coqueto.

—¿Estás nervioso por algo?

Él la agarró de la muñeca y le apartó la mano.

—Esto es inapropiado, señora Bradbury.

—Nadie tiene que saberlo. ¿Qué te parece si nos alejamos un poco más de la multitud y nos conocemos un poco mejor?

—Usted es la esposa de mi amigo y aunque no lo fuese, soy un hombre casado.

—Vaya, qué recto —ella lo miró con rabia—. Crees que eres demasiado para mí, ¿verdad?

—Claro que no, pero Tom es un buen hombre. Puede hacerla feliz si le da la oportunidad.

Ella se rio con desprecio.

—Hay demasiados hombres buenos en este pueblo. Los malos son mucho más divertidos.

—¿Por qué se casó con él si no iba a intentar que el matrimonio saliera

bien? ¿Por qué vino si no quería asentarse y casarse? —él decidió no beberse la cerveza y se dio la vuelta hacia el festejo—. Discúlpeme, pero mi esposa está esperándome.

—Claro, eres un caballero. Vuelve con tu delicada flor antes de que se marchite —ella levantó la voz cuando él empezó a alejarse—. O hasta que dirija su atención hacia un hombre más rico —ella lo siguió—. Le gustan los ricos. Sí, Gabrielle solo quiere lo mejor.

Nathan había llegado a la pista de baile, pero los músicos habían hecho una pausa entre dos canciones y las siguientes palabras de Lena pudieron oírse con toda claridad.

—Todos os creéis mejores que yo. Vosotros con vuestras elegantes casas, los carruajes, la ropa y esas ridículas fiestas.

La gente, delante de él, se dio la vuelta para ver quién gritaba. Él se paró en la esquina de la pista de baile. El gentío empezó a murmurar. Nathan giró la cabeza y vio a Tom que se levantaba lentamente del banco. Ese hombre ya había tenido que sufrir bastantes humillaciones. ¿Qué le pasaba a esa mujer?

—Lena —dijo una mujer en tono amable—. ¿Por qué no me acompañas y vamos a hablar a algún sitio?

Él reconoció a Rita Thomas, otra de las mujeres que había ido al Oeste en el grupo de novias y se había casado con el dueño de los establos.

—¿De qué vamos a hablar? —le preguntó Lena—. ¿De los viejos tiempos?

Rita se paró delante de ella. Nathan buscó a Elle con la mirada y la vio, con una expresión de angustia, cerca de donde la había dejado.

—Es posible que si da una oportunidad a sus amigas, comprobará que quieren ayudarla —intervino Nathan.

—¿Amigas? —preguntó ella en un tono burlón—. Esas... mujeres no son mis amigas. Eran la competencia allí de dónde venimos y son la competencia aquí. Nada ha cambiado, excepto los hombres que se meten en nuestras camas.

Alguien carraspeó y Rita agarró a Lena para calmarla o callarla, Nathan no lo supo, pero Lena la apartó bruscamente.

—¡No me toques! No eres mejor que ella —Lena giró la cabeza en dirección a Elle—. Todos os creéis mejores que yo, pero no lo sois.

Lena estaba iluminada por un farol que había cerca y estaba rígida por la furia. Se dirigió a Nathan.

—Tú, don abogado todopoderoso de la ciudad, eres como cualquier otro hombre que se ha fijado es esa mujer. Te ha cegado su perfume francés y esa voz tan sensual que ha conseguido —Lena se acercó a Nathan y lo miró con rabia—. Estás cautivado por su pelo rubio y sedoso y su piel aterciopelada. ¿Sabes lo que cuesta conseguir que una mujer sea así? No se escatimó nada con ella porque era especial.

—Basta, Lena, acompáñame.

Celeste había dejado el lado de su marido y había ido a callar a Lena y a apartarla de Nathan.

—Esta —Lena señaló a Celeste con un dedo tembloroso—, acababa todos los viernes con un ojo morado, por eso está encantada de estar aquí con gente como vosotros.

—Lena, cállate —le ordenó Celeste con una mirada amenazante.

—Pero no pasaba lo mismo con la encantadora Gabrielle. No, ella era la rosa entre los espinos, la dama con talento musical, la que estaba reservada solo para los clientes más ricos, la ramera francesa.

Se hizo un silencio sepulcral y Lena se rio con un sonido detestable que hizo que todo el mundo quedara visiblemente incómodo.

—Se os engaña muy fácilmente —Lena fue mirando a todos, uno a uno—. ¡Trajisteis un montón de rameras a vuestro envarado pueblecito! Sí, desde Dodge City, donde los vaqueros no paran de meterla los sábados por la noche y el viento no para de levantar polvo. ¡Sí, las habéis traído directamente a vuestras casas y os habéis casado con nosotras! —exclamó entre risas antes de mirar a Nathan a los ojos—. Tú, don candidato, te has casado con una ramera.

Nathan intentó asimilar las palabras, se debatía en la perplejidad, buscaba algo que las verificara mientras Celeste y Rita miraban con furia a Lena y un murmullo se extendía por la multitud. Buscó a Elle con la mirada y comprobó que se había acercado, pero seguía a varios metros, paralizada y mirándolo con un espanto que le hizo añicos el corazón por el desasosiego.

Cientos de piezas encajaron en el rompecabezas. Elle no sabía cocinar, ni coser, ni hacer ninguna tarea doméstica. No tenía experiencia en nada de lo que solía enseñarse a una joven. Sabía tocar el piano como los ángeles y hablar en francés con fluidez, algo que siempre lo había maravillado. Nunca había sido recatada ni se había cohibido con él. En realidad, ella había empezado y buscado las relaciones físicas. Había sido una pareja de cama dispuesta y fogosa.

No era de extrañar si conocía tan bien las intimidades entre un hombre y una mujer. Había sido tan ridículamente ingenuo y se había enamorado tan ciegamente que había creído que los deseos de ella se debían a lo que sentía por él.

Rita, por fin, agarró a Lena de un brazo y se la llevó aparte, adonde acudieron otras mujeres. Paul se acercó a Celeste, la rodeó con un brazo y los dos observaron la reacción de Nathan.

La gente hablaba entre dientes mientras él se dirigía hacia Elle, quien lo miraba con los ojos azules fuera de las órbitas y rebosantes de miedo. Él la miró a esos ojos y todo lo demás se disipó. Quería que le dijera que no era verdad, lo quería más que volver a respirar. No podía soportar que todo lo que había pensado de ella fuese mentira.

—¿Es verdad? —le preguntó con una mirada implacable.



Capítulo 20

Elle estaba temblando, pero lo miró a la cara.

—Sí, iba a decírtelo.

Él la miró fijamente mientras su mundo se desmoronaba por dentro.

—¿Qué ibas a decirme?

—La verdad, toda la verdad.

—¿Qué es la verdad exactamente?

La multitud se había dispersado y muchos se habían ido a sus casas con sus hijos. Los músicos habían guardado los instrumentos y Nathan y Elle se quedaron pronto solos.

—Iba a decirte que nunca existió el colegio para señoritas de la señorita Haversham. Lo inventamos cuando vimos el periódico y decidimos intentarlo. Celeste ya había contestado al anuncio y las demás la seguimos.

—Y no eres de Illinois.

—No. Me crié en Dodge City, en la casa de citas de *madame* Fairchild.

—La primera vez que estuvimos juntos no eras virgen.

Ella lo miró a los ojos y no dijo nada durante un momento angustioso.

—No.

Estuvo a punto de asfixiarse por el aire de la noche. Nathan sintió una opresión en el pecho y volvió a la tienda de campaña donde estaban sus hijos casi sin darse cuenta de que ella iba detrás. Los despertó, tomó a Robby en brazos, dio la mano a Grace y salieron a la calle. Christopher, somnoliento, hacía preguntas detrás de él, pero él realmente no las oía.

Elle también debía de estar allí, pero él solo se dio la vuelta una vez para cerciorarse de que su hijo los seguía. Cientos de pensamientos le daban vueltas en la cabeza y las palabras de Lena se repetían una y otra vez. Eran acusaciones que había esperado que su esposa hubiese negado, que alguien hubiese negado. Acusaciones que necesitaba que alguien negase.

Ella no lo hizo. Lo había mirado como alguien a quien habían sacado todos sus trapos sucios en público y quería salir corriendo, como alguien culpable.

La señora Shippen los oyó llegar a la casa y le ayudó a subir a los niños.

—¿Se ocupará de acostarlos? —le preguntó él.

—Sí, claro.

Sin decir nada más ni confirmar que Elle lo había acompañado a casa, bajó las escaleras, salió a la calle y cerró la puerta.

Elle lo miró fijamente. El pecho le dolía tanto que no podía respirar. ¿Qué le había hecho? No solo le había mentido y hecho daño, había destrozado su posición en la comunidad y sus aspiraciones políticas. Salió al porche, escudriñó en la oscuridad y se preguntó a dónde habría ido. Volvería. Ésa era su casa. Sus hijos estaban allí, su vida estaba allí. Ella era la que tendría que marcharse.

Tambaleándose, se acercó a la escalera del porche y se sentó antes de derrumbarse. Nunca había querido nada. Nunca se había atrevido a esperar tener un porvenir, un hogar o una familia. La esperanza no estaba hecha para mujeres como ella. Aun así, había querido empezar una vida nueva allí.

Había pasado toda su vida evitando que su corazón y su cabeza sintieran algo, limitándose a sobrevivir lo mejor que podía. Cuando Ansel le dio aquella cartilla, ella vislumbró un mundo nuevo y se atrevió a dejar Dodge City para empezar una vida nueva por sus medios.

Había hecho amigos, había descubierto la felicidad de una familia, había paladeado la libertad. Había paseado por las calles sin que la persiguieran o ridiculizaran. Se había enamorado. Había sido una necia de los pies a la cabeza.

La libertad y la seguridad habían sido una ilusión. Las semanas que había pasado allí habían sido una vida basada en el engaño. ¿Qué se había imaginado que iba a pasar? ¿Se había creído que nadie iba a ser más listo que ella?

Quizá Nathan lo hubiese aceptado si se lo hubiese dicho antes, si no se lo hubiesen arrojado a la cara delante de sus amigos y sus votantes. Sintió que se le revolvía el estómago. Se levantó, corrió escaleras abajo, dio la vuelta a la casa y vomitó detrás de los rosales. Pudo volver a ver las expresiones de la gente; sorpresa, repulsión, traición...

Había traicionado a todas las personas que había conocido en Sweetwater, a todas las personas que le habían mostrado amabilidad y le habían brindado su amistad. Se acordó de las mujeres que hablaban de Bess Duncan en la tienda y de que la consideraban indigna de comprar en las mismas tiendas que ellas.

Cuando se le asentó el estómago y las rodillas pudieron subir la escalera del porche, entró en la casa. Fue a la cocina, llenó una jarra con agua fría y subió al piso de arriba. Había estado durmiendo en la cama de Nathan, pero casi todas sus cosas seguían en el cuarto que solía utilizar de vestidor. Se encerró en el cuarto que ocupó cuando llegó, se desvistió, se aseó, se puso un camisón de seda y se sentó en el borde de la cama. Se rodeó el cuerpo con los brazos y pensó en toda la gente que había resultado afectada por lo que había hecho Lena. ¿Qué estarían haciendo Rita y su marido en ese momento? Pensó en las demás mujeres y en sus situaciones.

La única relación que no había sufrido era la de Celeste y Paul porque ella le había contado la verdad. No obstante, Celeste no podría volver al coro.

También pensó en Betsy, Mildred y en todas las amigas que había hecho. Tampoco la recibirían en el coro, ni en la iglesia, ni en las tiendas.

Sencillamente, no volverían a tratarla.

Sin embargo, ¿qué pasaría con Nathan? ¿Le darían la espalda los ciudadanos o entenderían que lo habían engañado como a los demás?

Le dolió el pecho y los ojos le escocieron. Se hizo un ovillo en la cama porque quería desaparecer, escapar esa misma noche, pero no tenía adonde ir.

Apretó los puños para canalizar su desesperación en furia contra Lena. No había hecho nada para que la odiara ni tuviera celos de ella, no podía entender tanta maldad. Le dolía la cabeza. El desengaño y el arrepentimiento la consumían. Sus necias esperanzas se burlaban de ella. No era digna de Nathan. Nunca sería una aportación positiva para él ni la apreciarían. No tenía ningún valor por su pasado.

Cientos de imágenes y sonidos desfilaron por su memoria. Escenas de los días que habían pasado juntos, cosas que habían dicho los niños, momentos que conservaba como algo muy preciado. Todo ello era parte de una gran fantasía, del mundo que ella se había construido con engaños y mentiras. Nada de eso había sido verdaderamente suyo, nada había sido real.

Debió de quedarse dormida porque llamaron delicadamente a la puerta y se sobresaltó. Tomó aliento y se sentó.

—Adelante.

Nathan entró, cerró la puerta y se quedó a los pies de la cama.



Capítulo 21

Todavía le dolía la cabeza e intentó orientarse. Todo lo sucedido esa noche le cayó como una marea gélida. Agradeció la oscuridad que ocultaba su vergüenza porque no podría soportar que él la mirara, ni ver el dolor en sus ojos.

Él se agarró con una mano a la columna de la cama. A ella se le aceleró el corazón.

—¿Está buscándote alguien? —le preguntó él.

Ella pensó unos segundos en la pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—Antes, dijiste que la otra mujer y tú decidisteis intentarlo. ¿Quería decir que alguien quería reteneros en Dodge City? ¿Quería decir que a alguien podría no gustarle que os marcharais?

Elle se agarró con fuerza el camisón para calmar los nervios. Sabía cómo sofocar las emociones. Siempre había sobrevivido distanciándose. Solo allí, con ese hombre y sus hijos, se había permitido tener sentimientos y en ese momento su error estaba atormentándola.

—*Madame* Fairchild nos tenía recluidas y si teníamos que comprar algo, nos acompañaba alguien.

Le contaría lo que necesitaba contarle y lo haría sin mostrar humillación. Tomó aliento para seguir.

—Nos dijeron que los barrotes de las ventanas eran para protegernos, pero no teníamos la posibilidad de marcharnos. Éramos la fuente de ingresos de *madame* Fairchild y una muy buena. Naturalmente, nosotras no veíamos el dinero. Ella lo cobraba y descontaba nuestros gastos —tenía la boca seca y le costó tragar saliva—. Sin embargo, ella no puede llegar a saber dónde estamos. Celeste sacó los billetes de tren en secreto. Rita dio láudano a la mujer, le quitó las llaves y nos escabullimos en medio de la noche. Al día siguiente, cuando se hubiese despertado, ya estaríamos muy lejos. Los trenes salen y llegan a Dodge City constantemente y nos dividimos en grupos para no llamar la atención.

Él se mantuvo de pie sin moverse y sin decir nada. Ella volvió a la pregunta original.

—No, nadie está buscándonos. Si creyese que había la más mínima posibilidad de poner en peligro a tu casa o a tus hijos, no estaría aquí.

—¿No niegas nada de lo que ha dicho Lena esta noche?

Naturalmente, él quería que lo negara. No quería creerse que se había casado con una mujer de una casa de citas y que la había llevado a su propia

casa.

—Iba a decírtelo —le repitió ella—. Había estado pensándolo, pero hoy lo había decidido, solo necesitaba una ocasión.

—¿Lo has decidido hoy? ¿Por qué?

—Bueno... Celeste me dijo que se lo había contado a Paul. Al principio, me espantó, pero luego me di cuenta que no era honrado basar nuestro matrimonio en mentiras y tú eres un hombre honrado. Te merecías la verdad.

—¿Y no se te ocurrió antes de que nos casáramos? ¿Nunca pensaste que ese detalle podría afectar a todo lo que pudiésemos esperar construir juntos?

Ella se merecía su ira. Estaba dolido y ella había hecho algo injustificable.

—No.

—¿No? —preguntó él—. ¿Así de sencillo?

—¿Te habrías casado conmigo si lo hubieses sabido?

Ella no podía ver su expresión en la penumbra, pero estaba muy recto y seguía agarrado la columna de la cama.

Nathan rememoró la noche que la conoció. La fascinación y atracción que sintió por ella fueron abrumadoras y, claramente, impropias de él. El ayuntamiento lo había animado a que se casara para aumentar las posibilidades de que lo eligieran, no para que la destruyera.

—No —contestó él—. No me habría casado contigo.

—Eso lo explica todo. Si fingimos llegar de un colegio para señoritas, fue para tener posibilidades de casarnos. Pareció un buen plan en su momento, en realidad, la única solución.

Él quería creer que había estado a punto de contárselo, pero ella no había sido muy franca. En ese momento, después de saberlo, era difícil creer nada de lo que ella decía. Su matrimonio había sido una mentira, una farsa.

Le corroía imaginársela con otros hombres, con infinidad de otros hombres. Evidentemente, lo había tomado por un tonto de remate tan cegado por su belleza y encanto que no se daba cuenta de todos los indicios que debería haber sido capaz de captar.

—Has debido de reírte mucho a mi costa —por fin, sus palabras transmitieron algo de su furia—. Cuando pienso en cómo me he portado contigo, me dan náuseas. Mi preocupación por no herir tu sensibilidad, mi resistencia a acostarme contigo demasiado pronto para no asustarte con el aspecto físico del matrimonio... Además, me permitiste seguir cuando te habías acostado con cientos de hombres.

—No fue así —replicó ella—. Además, no fueron cientos de hombres.

—Dudo que llevaras la cuenta.

—No hacía falta.

No volvería a dormir. ¿Cómo había sido capaz de quedarse dormida tan fácilmente? Eso lo enfurecía más todavía. Estaba demasiado furioso como para mantener una conversación civilizada y no quería despertar a los niños.

—Habla mañana. En realidad, hoy, más tarde.

Ya era el domingo por la mañana, pero no iría a la iglesia. No quería enfrentarse a la reacción de sus conciudadanos después de la humillante huida de la noche anterior.

—Me marcharé —dijo ella—. Dame tiempo para hacer el equipaje y me marcharé.

La idea bastaba para conseguir que él sintiera pánico, aunque no podía saber por qué.

—¿Adónde vas a ir?

—No lo sé, pero tengo dinero. Puedo quedarme en el hotel. Compraré un billete de tren y me marcharé.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a volver a Dodge City?

—No, jamás.

—Entonces, a otra ciudad. ¿Qué tipo de trabajo podrías encontrar? ¿Acaso buscarías otro marido para que se ocupara de ti?

Ella contuvo el aliento y su esfuerzo pudo oírse en el silencio de la habitación en penumbra. La había herido, pero no se sintió bien. No quería fustigarla y por eso quería posponer la conversación hasta que hubiera contenido mejor su furia.

—No tienes adonde ir. Te quedarás aquí mientras resolvemos esto.

¿Resolverlo? Nada más decirlo él mismo se preguntó qué quería decir eso, porque en el fondo no tenía la más mínima idea. Ella no dijo nada. ¿Qué iba a decir? Él tenía razón, era la parte agraviada y estaba dispuesto a decir la última palabra en todo lo que pasara de allí en adelante. No iba a seguir siendo un pelele para ella.

—Pediré a la señora Shippen que se lleve a los niños mañana por la mañana y nosotros hablaremos.

—Muy bien —contestó ella dócilmente.

Nathan se dio la vuelta, salió de la habitación y cerró con un portazo. Entró silenciosamente en la habitación de los niños y los observó dormir plácidamente, ajenos al dolor que había entrado en la casa y que amenazaba con alterar las cosas más todavía.

Tapó a Grace por encima de los hombros y recordó cómo miraba a Elle. Recordó la emoción de su esposa cuando le contó la conversación de Grace con sus muñecas. Sería una mentirosa y una... prostituta, pero había cambiado la vida de sus hijos. La furia volvió a adueñarse de él porque había conseguido que sus vulnerables hijos se encariñaran de ella. Ya habían sufrido bastantes pérdidas en sus cortas vidas. ¿Estaba pensando en que ella, efectivamente, se marcharía? La idea hacía que sintiera una opresión de terror en el pecho. ¿Qué pasaría si no había otra solución? En ese momento, no se le ocurría ninguna.

Alisó el pelo de Christopher y dio un beso en la frente a Robby antes de salir del cuarto. Una vez en su dormitorio, encendió un quinqué, se quitó las botas y la camisa y se aseó con el agua tibia que habían dejado esa tarde. Se tumbó, pero la cabeza no dejó de darle vueltas. Se acordó de que a Elle no le

gustaba que le dijera que era hermosa. Seguramente, no le gustaban los halagos porque muchos hombres habían alabado su belleza.

También se acordó de las joyas que llevaba a las cenas o cuando ejercía de anfitriona. No tenía sentido que una joven de un colegio para señoritas tuviera joyas tan bonitas, pero sí lo tenía si era una mujer que trabajaba para la clase alta. Los collares y pendientes podían ser parte de su vestuario o regalos que había recibido de sus admiradores.

Pensó en Celeste, Rita, Lena... Eran atractivas, pero no eran bellezas deslumbrantes como Elle. Gabrielle, se corrigió a sí mismo. Ya había oído varias veces ese nombre. Tuvo que haber sido la mujer más deseada de esa casa de citas... y de toda la ciudad.

El quinqué seguía encendido y Nathan miró el techo. Intentó ver a Deborah, pero sus recuerdos borrosos le llevaron la imagen de la fotografía. Había sido guapa, tenía un pelo brillante y una sonrisa bonita. Eran recuerdos de pureza e inocencia. Algunas veces, le parecía que el deseo que sentía por ella era algo vergonzoso. Ella no había disfrutado en la intimidad y había rechazado hablar de cuando hacían el amor o de su rechazo. Elle, en cambio, siempre había sido una pareja deseosa y fogosa, había manifestado sus preferencias y le había preguntado a él las suyas. ¿Qué hombre no estaría encantado de que su esposa no solo fuese hermosa sino que, además, fuese una pareja desinhibida en la cama? ¿Cuántos hombres habían disfrutado de ese placer?

Consiguió dormitar unos minutos o una hora, hasta que se despertó pensando en Paul Adams y con dolor de cabeza. Celeste se lo había contado y él había seguido casado con ella... y, evidentemente, muy feliz.

Volvió a dormirse y se despertó antes del alba para vestirse y salir al pasillo. La puerta del cuarto donde dormía la señora Shippen cuando se quedaba en casa estaba abierta y la cama pulcramente hecha. Bajó a la cocina y se la encontró bebiendo una taza de té.

—Tengo que pedirle un favor para esta mañana.

Le explicó que no acudirían a la iglesia y que le agradecería que se llevara a los niños durante la mañana.

Ella estuvo encantada de obedecer y los dos los despertaron y los vistieron. Nathan fue a conseguirles un carruaje, los abrazó y besó y los despidió con la mano.

Elle había oído la actividad que indicaba que ya era de día. Llamaron a la puerta y cuando la abrió, solo encontró una jarra con agua caliente.

Se lavó y se vistió con una falda de rayas verdes y una blusa blanca con cuello alto y chorreras. Se recogió el pelo con dos cintas y se puso unos pendientes muy bonitos. Se miró al espejo. Los ojos no tenían ningún brillo, sí tenían ojeras y parecía más pálida que de costumbre. Se empolvó con la esperanza de disimular la falta de sueño, pero el resultado no fue tan efectivo

como había esperado. En cualquier caso, ¿qué importaba? Sus días allí estaban contados y su aspecto importaba poco.

Llamaron a la puerta otra vez, se sobresaltó y se dio cuenta de que había estado mirando al espejo sin ver nada. Se alisó la falda.

—Adelante —consiguió decir.

Se abrió la puerta y apareció la amplia figura de Nathan. Se le aceleró nerviosamente el pulso al verlo.

—Los niños se han marchado toda la mañana. Ven a comer algo y luego hablaremos. Necesitarás un sombrero.

¿Adónde iba a llevarla? No había hecho el equipaje. Él había dicho que se quedaría por el momento. Elle se dio cuenta de que tenía al vaporizador de cristal en la mano y lo dejó en el escritorio. Fue a donde la esperaba Nathan en el pasillo y, por indicación de él, bajó por delante las escaleras y fue a la cocina. Evidentemente, no iban a ir a la iglesia.

Él le hizo un gesto para que se sentara donde había un cuenco con cereales, sirvió dos tazas de café y se sentó al lado de ella. Elle, con dedos temblorosos, tomó una cucharada de cereales. No tenían nada de malo, pero le costó tragarlos. Tomó otra cucharada e hizo un esfuerzo para pasarlos. Cuando se había comido la mitad del cuenco, dejó la cuchara, se limpió los labios con una servilleta y tomó la taza de café. Estaba fuerte y caliente, pero él se lo había endulzado como le gustaba a ella. Se preguntó si podría oír los latidos de su corazón como los oía ella.

Se atrevió a mirarlo. La observaba con el ceño fruncido, como ella ya había notado. Había notado su penetrante mirada clavada en ella. Su expresión no era de enojo ni de repulsa, como había esperado. Cuando las miradas se encontraron, captó el dolor de la traición.

Las disculpas no pudieron salir de su garganta. Nada de lo que dijera podía cambiar las cosas ya.



Capítulo 22

—¿Has terminado?

—Sí... —ella se aclaró la garganta—. Sí, gracias.

Él retiró los platos y los cuencos, recogió el sombrero de ella y señaló hacia la puerta trasera. Ella tomó el sombrero, abrió la puerta y los dos, uno detrás del otro, salieron a la luz del día.

Era difícil de creer que la belleza de esa tierra permaneciera intacta y verde cuando todo lo demás estaba pisoteado y mustio. Nathan se dirigió hacia el arroyo. Su paso indicaba que no tenía prisa. Parecía como si estuvieran dando un paseo para disfrutar del buen tiempo. Cuando llegaron a la orilla, rebosante de florecillas, él se paró y se quedó mirando el agua.

Elle recordó la primera vez que fueron allí y que ella se metió en el agua y perdió el equilibrio.

Se acordó de los dos agarrados en el agua gélida y de lo impetuosamente que lo besó por primera vez. ¿También estaba recordándolo él? Quiso mirarlo, pero miró la superficie brillante.

Él, a su lado, se sentó en el suelo. Ella se apartó un poco y también se sentó. El silencio se prolongó entre ellos hasta que el canto de un pájaro lo rompió. Otro pájaro contestó. Quizá fuese una pareja.

—Ya sé que es muy tarde y que tienes motivos para estar enfadado... y defraudado —dijo ella mientras se alisaba la falda automáticamente.

Él dejó escapar un sonido y la miró a la cara.

—Naturalmente, decir que estás defraudado es decir muy poco. Tienes todo el derecho a estar furioso conmigo. Te he engañado a ti y a todo el mundo. Fingí ser alguien que encajaba en tu vida y que sería una buena esposa para ti.

Él desvió un instante la mirada, pero volvió a mirarla.

—En su momento no vi otra posibilidad —siguió ella—. Nunca he estado sola, nunca he aprendido nada, no sabía cómo ganarme la vida.

Él, seguramente, estaba pensando en lo mismo que ella, en sus conocimientos para ganarse la vida. Por primera vez, notó que se sonrojaba por el bochorno.

—Entonces, una noche, Celeste fue a mi habitación. Su ojo todavía estaba curándose de la semana anterior.

—¿Qué pasó la semana anterior? —preguntó él por fin.

—Uno de los vaqueros jóvenes que la prefería, bebía mucho antes y mientras estaba con ella los sábados por la noche. Sin embargo, como se presentaba limpio y educado cuando estaba delante de *madame* Fairchild

durante la cena, le dejaban acompañar a Celeste a su habitación. Una vez allí, sacaba una petaca. A medida que avanzaba la noche, iba poniéndose agresivo. Algunas veces, si armaba alboroto, lo expulsaban, pero siempre lo dejaban volver.

—Porque podía pagar el tiempo que pasaba con ella.

—Sí y, probablemente, era todo su jornal.

—Entonces, Celeste fue a tu habitación... —el retomó la conversación.

—Había recortado un anuncio del periódico. El que habían puesto los hombres de Sweetwater pidiendo jóvenes inteligentes y refinadas que quisieran casarse.

—Visto ahora, quizá no fuésemos lo suficientemente concretos —comentó él con acritud.

Ella se miró las manos en el regazo para recuperar el aplomo.

—Sigue —le ordenó él sin disculparse.

Ella levantó la mirada hacia las ramas de los árboles que bordeaban el arroyo y buscó los pájaros que se llamaban unos a otros. Uno salió volando, bajó a la hierba y capturó un gusano.

—Yo acababa de enterarme de que el caballero que me visitaba iba a marcharse. Dijo que iba a volver al Este. Sus hijos iban a ir a la universidad y su esposa quería volver cerca de su familia.

Miró a Nathan. Él también la miraba, pero no dijo nada.

—No había intercambio de dinero entre los hombres y las mujeres. Eso le habría parecido demasiado vulgar a *madame* Fairchild, a quien le gustaba aparentar modales y un comportamiento apropiado. Había normas de conducta que teníamos que seguir, pero aquella noche, mi visitante...

—Haces que suene como si estuviera cortejándote.

—Efectivamente. Así aprendimos a hablar de nuestros deberes. Esa noche me dio una cartilla de ahorros con un saldo que me dejó sin respiración. Era un hombre muy amable y considerado.

Nathan apretó la mandíbula, pero no dijo nada.

—Me aconsejó que me marchara de Dodge City mientras pudiera. Su advertencia fue el reflejo de mis temores a envejecer y tener que vivir... bueno, en condiciones desagradables —Elle tragó saliva porque nunca había hablado de eso—. Eso es lo que le pasó a mi madre. No era vieja cuando murió. Sencillamente, no quiso seguir viviendo una vida así.

—¿Qué le pasó?

—Las mujeres que ya no eran jóvenes y las que no eran hermosas lo pasaban peor —le explicó ella.

—¿Cómo acabaste en la casa de *madame* Fairchild?

—Probablemente, nací allí. No recuerdo otra cosa.

Nathan oyó su respuesta, pero tardó todo un minuto en captar su significado. ¿Había nacido en un burdel? Pensó inmediatamente en sus hijos y en cómo los había protegido de cualquier cosa desagradable. Se acordó de la

reacción de Elle cuando conoció a sus hijos y se enteró de lo que hacían todos los días. Todo lo relativo a Sweetwater, a su vida y a su familia era desconocido para ella. También se acordó de cuánto quiso llevarlos a ver los acróbatas y de que ella había disfrutado de aquel día tanto como ellos. Intentó imaginarse su infancia.

—¿Cómo fue...? —preguntó él sin poder imaginárselo.

—Siempre tuve un cuarto propio. Me pusieron tutores. Tenía libros, ropa bonita y buena comida.

—¿Y los amigos?

—No había más niños. Veía a mi madre los domingos, hasta que murió, claro. Creo que yo tenía nueve años.

La habían adiestrado para eso. La habían adiestrado una mujer sin escrúpulos que vio a una niña hermosa como a una mercancía. La idea le dio náuseas.

—¿Y los hombres? —preguntó él—. Los clientes, quiero decir.

Elle se limpió una mota de polvo inexistente de la falda.

—No tuve un visitante hasta los diecisiete años.

La mandíbula y el cuerpo de Nathan se relajaron mínimamente.

—Aunque me entrenaron y observé de vez en cuando.

Él tragó saliva y tomó aliento.

—Cuando ya fui mayor, me enteré de que Ansel había estado esperándome. Siempre fue amable y considerado —repitió ella—. Hasta entonces.

—¿El mismo hombre que te dio la cartilla de ahorros? —preguntó él.

—Sí. Hasta entonces fue considerado. Yo casi podía fingir que vivía como los personajes de los libros que leía, aunque no tenía otra alternativa, claro.

—Eras una prisionera.

—Una favorita —puntualizó ella mirando hacia otro lado—. Cuando llegué aquí, me sentí libre como esos pájaros.

En ese momento, los ojos desorbitados por el gozo al descubrir las cosas más sencillas cobraban sentido. Si lo que había dicho era verdad, no había tenido alternativa en cómo se había criado ni en su situación antes de escapar y llegar allí. Sin embargo, eso no cambiaba que se hubiera casado con él en unas condiciones carentes de todo escrúpulo. Antes, ella había dicho que había fingido para ser alguien que encajara y ser una buena esposa y le había costado mucho digerir sus palabras. Había encajado perfectamente en su vida y había sido una esposa excelente. Eso hacía que ese giro de los acontecimientos fuese más desconcertante y difícil de resolver.

Oírle hablar de ese tal Ansel era más de lo que podía soportar por el momento. Aunque la habían criado en ese ambiente y no había sabido nada más, no por eso le dolía menos pensar en ello. Además, tenía una necesidad imperante de saber detalles que solo le harían más daño.

—Anoche dijiste que no habían sido cientos de hombres.

—Efectivamente.

Si ella no era más explícita, tendría que preguntárselo. Tomó aliento.

—¿Puedes hacer un cálculo aproximado de cuántos?

—Lo sé perfectamente.

Él se dio la vuelta y comprobó que estaba mirándolo como si esperara que la mirara a los ojos. Estaba tan maravillosa como siempre, increíblemente hermosa aunque a ella no le gustara que se lo recordara. Se preguntó fugazmente por qué sería. Evidentemente, tenía algo que ver con su concepto de la valía. Su recatada blusa blanca y palidez le daban una engañosa apariencia de inocencia y juventud.

—Tú fuiste el segundo, Nathan. Sólo hubo uno más.

Por fin, él pudo soltar la respiración.

—¿Cómo es posible?

—Porque él era extraordinariamente rico y podía permitirse tenerme en exclusiva. Me reservó para sí mismo y eso propició que sólo tuviera un... visitante. Fui increíblemente afortunada.

Él pensó que todo era relativo, que dependía del origen y de las vivencias de cada uno. Que ella se considerara afortunada por ser la favorita de alguien indicaba que su situación podría haber sido mucho peor, como, probablemente, lo había sido la de las demás mujeres.

Sin embargo, lo había engañado muy bien la primera vez y no tenía motivos para pensar que no volvería a hacerlo para asegurarse un hogar.

—Si me engañas una vez, la responsable eres tú, pero si me engañas dos veces, el responsable soy yo.

Naturalmente, ella no podía esperar que la creyera. Elle se entrelazó las manos sobre el regazo y giró la cabeza para mirar el arroyo por debajo del ala del sombrero. Lo más probable era que se divorciara de ella. No podría conseguir un trabajo allí, nadie la contrataría. Además, aunque alguien le diera un empleo, no sería capaz de soportar el ridículo y las miradas despectivas.

—Siento hacerte daño... y a los niños.

—Ellos no lo saben —replicó él.

—Lo sabrán. Christopher va al colegio y los padres hablarán.

En ese momento, al pensar en lo mucho que sufrirían los niños por su culpa, se encerró en sí misma. Lo que mejor hacía era no sufrir. Esforzándose para que su rostro, su cuerpo y su cabeza mantuvieran una compostura perfecta, vio a una ardilla que escarbaba junto a la base de un árbol. Seguramente, buscaba una bellota que había enterrado el otoño anterior. Envidió su búsqueda despreocupada de comida, que no le preocuparan las relaciones o las opiniones.

No pensaría en tener que abandonar a los niños, en despedirse. Comprobaría el dinero que le quedaba, haría el equipaje y se alojaría en el hotel. Una vez allí, compraría el periódico y vería si había algún trabajo en un pueblo cercano... o lejano. A esas alturas, daba igual dónde fuera.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Nathan había hablado, pero ella no había oído lo que había dicho. Se levantó y subió por la ladera de hierba hacia la casa. Cuanto antes se alejara de él y de ese sitio, mejor.



Capítulo 23

Nathan se había puesto unos pantalones y una camisa de algodón remangada y con el cuello abierto porque era una mañana soleada. Ensilló un caballo de los establos y fue a casa de los Adams disfrutando de algo que ya hacía muy pocas veces.

Después de la conversación del día anterior, Elle no salió de su habitación en todo el día, ni siquiera cuando volvieron los niños. Antes de marcharse esa mañana, pidió a la señora Shippen que le llevara una bandeja con comida.

Desmontó al llegar a la puerta del patio, lleno de polvo y gallinas picoteando, ató el caballo y miró alrededor. Se abrió la puerta y Celeste salió de su diminuta vivienda. Se había cortado mucho pelo, pero el color rojizo resplandeció a la luz del sol. La encontró sorprendentemente atractiva y eso se debía, en gran medida, al aire de paz y confianza que había alcanzado durante las semanas que llevaba allí. Pareció sorprendida de verlo.

—Señor Lantry —le saludó ella limpiándose las manos en el delantal—. ¿Qué le trae por aquí?

—Quería hablar con Paul —contestó él.

—Creo que está arreglando un cercado por el oeste —ella se hizo sombra con la mano y miró en esa dirección—. No lo veré hasta mediodía.

—Gracias.

Nathan agarró las riendas para desatar el caballo.

—¿Qué tal está Elle?

—No ha salido de su habitación.

—¿Puedo visitarla?

—Sí, claro.

Él se llevó la mano al ala del sombrero para despedirse y se montó en el caballo. Nathan siguió el cercado recién reparado hasta que encontró a Paul, que estaba inclinado sobre un poste para colocar el alambre. Se irguió cuando vio que Nathan se acercaba y se echó el sombrero hacia atrás. Sacó un pañuelo rojo del bolsillo trasero de su pantalón y se secó la cara.

—¿Qué te trae por aquí, Nathan?

Nathan desmontó sin soltar las riendas y se acercó a él.

—Me gustaría hablar contigo.

Paul lo miró un instante antes de señalar hacia unos sauces.

—Vamos a la sombra.

Nathan llevó el caballo debajo de los árboles y lo ató a una rama baja para que pudiera pastar. Una alforja le indicó que Paul ya había estado descansando

allí. Paul se sentó en la hierba con los brazos alrededor de las rodillas y esperó a que Nathan hablara. Nathan se aclaró la garganta.

—Elle me ha dicho que ya sabías todo lo relativo a *madame* Fairchild y Dodge City antes de que Lena lo hiciera público.

—Sí. Celeste me lo contó.

—¿Por qué crees que te lo contó?

Él pensó un momento la respuesta.

—Una mentira es una carga muy pesada. Creo que ya no quería llevarla encima.

—¿Cómo...? ¿Cómo pudiste aceptar la verdad? ¿Cambió algo? ¿Te... te dolió?

Paul miró alrededor antes de volver a mirar a Nathan.

—Es fácil sentirse a gusto en nuestros pequeños mundos —contestó él por fin—. Algunas veces nos olvidamos de lo complicada que es la vida fuera de este sitio que nos hemos creado. Las mujeres sin padres o maridos que velen por ellas lo pasan muy mal. El padre de Celeste la vendió cuando solo era una niña. Creyó que el hombre iba a casarse con ella, pero lo que hizo fue traerla y llevarla, con otras dos niñas, por los campamentos del ferrocarril, donde vivían en tiendas de campaña. Ellas cocinaban, lavaban y se prostituían a los hombres que construían las vías. Cuando Celeste se escapó de ese hombre, la vida en la casa de citas de Dodge City le pareció como una agradable comida campestre. Además, no sabía hacer otra cosa —miró directamente a los ojos de Nathan—. No me importa nada lo que hiciera antes. Ella no eligió esa vida. No pudo hacer otra cosa que sobrevivir como pudiera. Sobrevivió y ahora está aquí. Es una buena persona y tiene un corazón muy grande para el amor.

Nathan dejó que esas palabras calaran en él. Estaba claro que amaba a la mujer de pelo indómito con la que se había casado. Pasaba por alto su pasado porque la amaba. Para Nathan era mucho más complicado porque se había enamorado de Elle, porque había confiado en ella y se sentía traicionado.

—¿Y la mentira? —preguntó Nathan—. ¿No te importa que te engañara para casarse?

—Al principio, sí, mucho. Sin embargo, pensé en lo que habría hecho yo si hubiese tenido que salir de aquella vida. Estas tierras dan la oportunidad de empezar otra vida. Mi padre asaltó unos cuantos trenes en su momento. Luego, tuvo una familia y sentó la cabeza para criarnos. Era un buen hombre y enseñó a sus hijos que había que cumplir la ley. La gente cambia.

—No lo sabía —dijo Nathan mirándolo fijamente.

—Todas las personas de Sweetwater tienen un pasado —replicó Paul encogiéndose de hombros—. Algunos bueno y otras, malo. A mí me parece que una persona es lo que llega a ser, no lo que fue antes.

—Pero... —Nathan se quitó el sombrero y empezó a darle vueltas entre las manos sin mirar a Paul—. ¿Cómo soportas imaginártela con esos hombres? Eso sucedió.

Paul sacó una botella de la alforja, le quitó el tapón y se la ofreció a Nathan.

—¿Quieres limonada?

Nathan la rechazó amablemente. Paul dio un buen sorbo y volvió a tapar la botella.

—Celeste está conmigo porque es lo que quiere y porque ha podido elegir. Me ha elegido a mí.

Nathan se pasó una mano entre el pelo.

—Ella lo ha dejado atrás —siguió Paul—. Si amas a Elle... si sigues queriendo que sea tu esposa, tienes que dejarlo a un lado.

Nathan lo miró. Los ojos de Paul resplandecían en su rostro curtido por el sol.

—No permitas que el orgullo se interponga en el camino de lo que puedes conseguir.

Nathan se sintió dominado por la rabia. ¿Orgullo? Estaba muy bien que Paul dijera eso porque su carrera política no estaba en juego. Se corrigió inmediatamente. Paul se jugaba tanto como él, si no más, y lo había hecho. Además, parecía feliz y muy satisfecho.

Sin embargo, Celeste le había contado la verdad. Nathan se preguntó qué habría pasado si Elle hubiese sido sincera antes de que fuese demasiado tarde.

Se quedaron un buen rato sentados y la conversación derivó hacia el tiempo y el trigo del verano. Luego, Nathan se levantó, estrechó la mano del otro hombre y se marchó.

Pasó el resto del día y el siguiente dándole vueltas a la cabeza. Cuando fue a trabajar, notó que lo miraban por la calle y el hombre que lo ayudaba con el papeleo solo le habló de asuntos laborales. Todo el mundo sabía que lo habían puesto en evidencia, pero nadie habló de eso.

Elle había bajado a cenar, pero no dijo nada, y comió como si esperara que pasase algo. Quizá había esperado que él sacara el asunto... o que le pidiera que hiciese el equipaje y se marchara.

Afortunadamente, los niños no habían tenido que padecerlo y pasaron los días como si no hubiese ocurrido nada.

—¿Nos leerás esta noche? —preguntó Christopher cuando terminaron de cenar.

Nathan levantó la mirada y comprobó que se lo había preguntado a él.

—Sí, claro.

Fueron al despacho y los tres niños lo rodearon en el diván. Grace alargó los brazos hacia Elle para indicarle que quería que la tomara en brazos y los acompañara. Nathan le hizo un gesto con la cabeza para que accediera. Ella la tomó en brazos y se sentó al lado de Nathan sin que los brazos se tocaran.

Nathan leyó en voz alta y los niños se callaron. Al cabo de un rato, apartó la mirada del libro y vio a su hija acurrucada en brazos de Elle y Robby, aunque estaba sentado en su regazo, la había tomado de la mano. Sus hijos habían

llegado a quererla y depender de ella.

Más tarde, mientras los arropaba en la cama, él sintió una opresión en el pecho por las emociones no manifestadas. Grace agarró la muñeca de trapo que Elle le había puesto al lado y le habló.

—¿Qué pasa? ¿Quieres que mamá te de un abrazo y un beso? Muy bien.

La niña dirigió la cara de la muñeca hacia Elle. Nathan no supo quién se quedó más sorprendido, si él o ella. Sin embargo, ella se inclinó lentamente y dio un beso y un abrazo a la muñeca.

—Buenas noches, muñequita. Eres una muñequita muy especial y te quiero.

Grace había llamado «mamá» a Elle. Él no podía respirar casi. Entendió el paralelismo que Elle había trazado entre ella y los niños. Ella nunca había conocido el amor y protección que ellos consideraban natural, pero en vez de tenerles rencor por eso, les tenía cariño y los protegía.

Cuando besó a su hija para desearle buenas noches, pensó en lo que habría sido para una niña como ella crecer en una jaula dorada sin poder opinar sobre su porvenir. Si su preciosa e inocente hija hubiese estado en las mismas circunstancias, no sería mala ni inmoral, sería una superviviente. Si era sincero, Elle había sido inocente. Era inocente. La habían enclaustrado en aquella vida y la habían alquilado a aquel hombre como él alquilaba un carruaje para dar un paseo el domingo.

Salieron de la habitación y se quedaron a la luz del farol de gas que colgaba de la pared del pasillo. Era la mujer más hermosa que había visto. Añoraba tenerla a su lado por la noche. Añoraba tomarla en sus brazos y recibir sus cálidos besos y el placer de su cuerpo.

El resplandor de sus lágrimas lo tomó por sorpresa.

—¿Por qué estás llorando?

—Oíste lo que me llamó —ella se sacó un pañuelo de encaje de la manga y se secó los ojos—. Nunca quise hacerles daño, Nathan. Tienes que creerlo.

—Lo creo —él le levantó la barbilla con los nudillos de una mano—. No creo que quisieras hacer daño a nadie.

Ella apoyó la mano con el pañuelo en su pecho y se acercó un paso. Él también dio un paso y la tuvo entre sus brazos, tan delicada y cálida como recordaba y oliendo a canela y almizcle. Su cuerpo reaccionó como siempre al aroma y a su proximidad, que nubló todo lo demás y despertó el deseo que sentía por ella. Inclinó la cabeza y la besó profundamente. Elle le correspondió y tomó una bocanada de aire que le estrechó los pechos contra él.

La tomó en brazos, ella le rodeó el cuello con los suyos y, con cuatro zancadas, él llegó a la puerta de su dormitorio, la abrió con el pie y entró para dejarla en la cama.

Ella le tomó la chaqueta y se la quitó, le siguió la camisa, ayudada por él, quien le dio la vuelta para poder desabotonarle el vestido. Se lo bajó, aunque tuvo que levantarla un poco para poder quitárselo, y lo tiró a un lado. A los

pocos segundos, ya le había quitado el corsé, la camisola y los pololos y estaba acariciándole los costados y el vientre de tal forma que ella ronroneaba abrazada a él.

Se quedó a su lado y ella se arrodilló para tomarle la cara entre las manos y besarlo. Flaqueaba en lo relativo a ella. No podía resistirse, nunca había podido rehuir ese deseo abrasador que los consumía.

Imaginársela con otro hombre lo desquiciaba. Imaginarse a ese hombre acariciándola lo corroía como el ácido. Quería borrar a los demás de la cabeza de ella, de su pasado, de sus vivencias. La codiciaba con un anhelo egoísta, posesivo.

La soltó para poder quitarse los zapatos y los pantalones y la tumbó en la cama. Ella lo acarició hasta que se estremeció y los latidos del corazón le retumbaron en los oídos. Nada habría podido evitar que le pasara la lengua por la piel hasta que gimió.

La provocó, le dio tanto placer que se puso tensa por lo que se avecinaba... y entonces dejó que esas sensaciones se sofocaran para centrarse en otra zona.

—Nathan, Nathan, ya, ahora... —le pidió ella con la voz ronca por el deseo.

Se puso encima de ella, le clavó la mirada y le pasó la rodilla hasta que jadeó. Ella lo atrajo hacia sí. Él entró y se cimbrió con fuerza. Todavía la amaba, la amaba como no había amado nunca. No podía imaginarse la vida sin ella. Era su esposa y la necesitaba tanto como respirar.

Ella dejó escapar un leve grito y se estremeció. Él la siguió y se vació.

Se puso de costado y le tomó el rostro entre las manos para mirarla a los ojos. La besó y entrelazó los brazos y las piernas con los de ella. No sabía cómo hacerlo, pero sí sabía que tenía que dejarlo a un lado, como le había aconsejado Paul. El orgullo y la rigidez serían su perdición si no aprendía a amarla incondicionalmente y a perdonarla.

Casi toda su vergüenza y su rabia se debían a que nunca había podido controlarse con ella. Había sucumbido al deseo como un necio. Elle conseguía que se sintiera vivo, que se sintiera un hombre, y eso lo había abochornado como si se considerara por encima de esas sensaciones... y de la devoción sin disimulo.

—Elle...

Ella no respondió.

—Estoy acostumbrado a mantener el control —siguió él—. Solo sé mantener las cosas ordenadas y atenerme a un código de principios. Sé que espero demasiado. Soy rígido. Estoy cansado de mantener todo en equilibrio —reconoció él—. No sé qué hacer cuando las cosas se escapan de mi control. No me gusta esa sensación.

Ella se había quedado dormida, pero él siguió hablando.

—Me siento fuera de control contigo y eso me asusta, pero también me

gusta —le acarició el pelo por encima del hombro—. Me entristece que nunca fueses una niña.

Poco después, el sueño también se adueñó de él.

Nathan se despertó y abrió los ojos. La casa estaba en silencio y no había nadie más en su cama. Se sentó, se orientó y se levantó para lavarse y vestirse. Miró la hora. Nunca había llegado tarde al trabajo, que él recordara. ¿Por qué había permitido Elle que durmiera hasta tan tarde?

La luz entraba a raudales en la habitación que había utilizado Elle. Miró dentro, entró y comprobó que estaba vacía. Abrió los cajones y el armario. No había nada. La habitación estaba tan vacía como antes de que llegara ella. Se había marchado.



Capítulo 24

Volvió a comprobarlo aunque no habría podido pasar por alto toda su ropa, pero tampoco había llevado sus cosas a la habitación de él. Había hecho el equipaje.

Bajó los escalones de dos en dos y la buscó por el piso inferior. Grace y Robby estaban jugando en el porche trasero mientras Charlotte pelaba patatas.

— ¿Dónde está todo el mundo? —le preguntó a la mujer.

— Llevé a Christopher al colegio y la señora Shippen ha ido al mercado.

— ¿Y mi esposa? —preguntó con nerviosismo.

— La señora Lantry se marchó temprano.

— ¿Cómo es posible que se llevara todas sus cosas sin mi conocimiento?

— Las recogieron ayer —le explicó ella.

— ¿Quién?

— No lo sé, señor, pero yo diría que Pete Driscoll.

Se había marchado. ¿Se habría montado en un tren esa mañana? ¿Qué estaba pensando y planeando? Dio un beso a Grace y Robby y volvió apresuradamente a la casa.

Agarró su sombrero, fue medio corriendo a la calle principal y entró en los establos. Pete estaba sentado en un barril limpiando un arnés y fumando en pipa.

— ¡Pete!

— Buenos días, señor Lantry. ¿Necesita un cochero?

— Ahora, no —contestó él—. ¿Cargaste los baúles de mi esposa ayer?

— Sí, señor. La señora Lantry quería llevar unas cuantas cosas. Me ayudó el chico Parker. Es fuerte.

— ¿Adonde las llevaste? ¿A la estación?

— No, señor. Al hotel. Al tercer piso.

Nathan se dio la vuelta, cerró la puerta y se dirigió al edificio de ladrillo que había al final de la calle. Un hombre ayudaba a una mujer a bajar de su carruaje y Nathan los sorteó para entrar en el hotel. No reconoció al hombre que estaba en el mostrador, pero él sí sabía su nombre.

— Buenos días, señor Lantry. ¿En qué puedo ayudarle?

— ¿Cuál es la habitación de mi esposa?

Él lo miró en el libro de reservas.

— La treinta y seis.

Nathan fue hacia la escalera, pero la voz del hombre lo detuvo.

— Ella no está allí.

Nathan se dio la vuelta. ¿Había llegado tarde? Apoyó las manos en el mostrador y arqueó las cejas con impaciencia.

—Está en el comedor —le explicó el recepcionista señalando hacia un pasillo—. Por allí.

—Gracias.

Nathan se acordó de quitarse el sombrero mientras recorría el pasillo alfombrado y oía el ruido de los platos y los cubiertos. Había media docena de mesas ocupadas por parejas o familias, pero Elle estaba sola al lado de la ventana. El corazón le dio un vuelco al verla. Ella levantó la cabeza, lo miró con sorpresa y dejó bruscamente la taza en el platillo.

—¡Nathan!

Él se quedó un momento de pie sin saber qué hacer, pero acabó sentándose enfrente de ella.

—¿Qué haces aquí?

Ella se sonrojó y no lo miró a los ojos, se quedó mirando el mango del cuchillo como si la tuviera fascinada.

—Mandé una carta al consejo territorial, me disculpé por mi engaño y les pedí que te absolvieran de cualquier responsabilidad porque no sabías nada. Les pedí que tuvieran en cuenta que no sabías de dónde había llegado yo, ni ninguna de las chicas, como no lo sabía nadie del ayuntamiento. Les dije que no deberían tener nada contra ti para darte su apoyo en la elección —ella lo miró con arrepentimiento—. Quiero fervientemente que culpen a quien corresponde, no a ti. No podría soportar que yo fuese el motivo de que no te nombraran candidato.

—¿Y la noche pasada? —preguntó él—. ¿No significó nada para ti?

—Lo significó todo para mí —contestó ella—. Tus hijos y tú significáis todo para mí y por eso no quiero hacerles daño ni interponerme en tu carrera política.

—Si no quieres hacemos daño, entonces, no te marches. Sería muy poco hombre si no te pidiera perdón y te rogara que te quedaras.

—¿Puede saberse por qué ibas a tener que pedirme perdón? Yo he sido quien te ha engañado.

—Estaba muy preocupado por mantener el control —él la agarró de la mano—. Permití que el orgullo se interpusiera en el camino del amor y el perdón. Me avergonzaba que la gente supiera que me habían engañado, pero eso era muy superficial. La verdad es que me da igual lo que piense la gente de mí... o de ti. Me importa lo que tú pienses de mí y rezo para que no pienses que soy egoísta y orgulloso.

—Claro que no. Eres amable y generoso.

—Eso es lo que dijiste de tu... amigo y me puso celoso.

—El era amable y se lo agradecí, pero nunca lo amé —a Elle le tembló la barbilla—. Te amo a ti, Nathan.

—Y yo te amo a ti, Elle. Dime que te quedarás y serás mi esposa mientras

vivamos.

—Pero seré un obstáculo para...

—Retiraré mi candidatura. Ser gobernador sin ti sería una victoria insignificante.

—Estás hablando de dejar tu profesión.

—También soy el abogado de la ciudad y no he incumplido mi contrato. Además, tengo una serie de negocios. Tengo una tienda de muebles y un almacén de madera. Puedo replantear mis intereses en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Tienes una tienda de muebles?

Él asintió con la cabeza.

—¿Es dónde compré los muebles?

Él negó con la cabeza.

—Dios mío... —ella se llevó la mano a la boca.

—Que compraras los muebles en otro sitio puso de manifiesto que tenemos que estar al tanto de lo que las mujeres quieren ver en la tienda. Compraste en otro sitio porque lo tenías a mano.

—Y por la calidad.

—Captado. Es posible que tú ayudes a elegir las existencias en el futuro.

Al oírle hablar del futuro, Elle sintió esperanza, pero también hizo que sintiera remordimiento.

No quería ser el motivo para que Nathan renunciara a sus sueños. Sabía cómo era la gente y daba igual cuánto cambiara o mejorara, nunca sería suficiente para que la perdonaran y nunca olvidarían.

Nathan le tomó con firmeza y calidez la otra mano temblorosa.

—Nadie te amó ni te cuidó nunca. Estuviste sola en ese mundo e hiciste lo que sabías hacer mejor. Nunca tuviste el ejemplo de una familia y solo pudiste hacer lo que se esperaba que hicieras, sin elección. Hoy puedes elegir, Elle. Nunca te retendré donde no quieras estar y no intentaré manipular tus sentimientos. Si eliges quedarte en Sweetwater y ser mi esposa, quiero que lo hagas porque me amas y no por otra cosa.

Las lágrimas le nublaron la vista y Elle tuvo que parpadear para contenerlas.

—No me merezco tu amor.

Nathan miró hacia otro lado, como si quisiera comprobar qué hacían los demás comensales. Elle también miró, pero las mesas más cercanas estaban vacías y las personas de las demás mesas no les prestaban atención.

—Ahí es donde te equivocas —replicó él cuando volvió a mirarla—. Te mereces que te amen como cualquier otra persona. Te mereces el amor como crees que se lo merece Grace —comparó él como si supiera que esas palabras iban a llegarle al corazón—. Te mereces una familia y una vida nueva.

—Pero todo el mundo sabe...

—Elle —le interrumpió él en tono serio—. Da igual lo que sepan o piensen los demás. Renunciaría a mi profesión si tuviera que hacerlo, pero no hará falta.

Me iría a otro sitio si así fuésemos a estar juntos. No puedes cambiar tu pasado. Nadie puede, pero podemos construir un futuro juntos.

Elle notó que los ojos se le llenaban de lágrimas. Saber que la amaba y deseaba le curaba heridas que tenía abiertas desde que tenía uso de razón. Nathan no podía cambiar su pasado, pero amarlo y ser su esposa cambiaría su futuro y le emocionaba esa posibilidad.

—¿Qué dices? —le preguntó él con un brillo de esperanza en los ojos—. ¿Te quedarás y serás mi esposa?

—Sí —contestó ella—. Lo seré.

Durante la siguiente reunión del consejo territorial, pidieron a Nathan que se quedara fuera, en el pasillo, mientras deliberaban. Él ya había decidido que aceptaría de buena gana cualquier decisión. Tenía otras posibilidades si la política no entraba en su porvenir.

—¿Te importaría entrar? —le pidió Carl Lawrence después de abrir la pesada puerta de roble.

Nathan, a juzgar por la expresión de los seis hombres, no pudo saber cuál había sido el veredicto, pero se sentó con tranquilidad. El alcalde Simpson actuó de portavoz.

—Nathan, el ayuntamiento se considera responsable en gran medida del reciente y desdichado malentendido.

Nathan miró a las caras que había alrededor de la mesa.

—Al fin y al cabo, el ayuntamiento tuvo la idea de buscar mujeres, sobre todo, con la esperanza de que una esposa mejorara tu imagen familiar. La intención fue buena.

El alcalde miró a los demás hombres, quienes asintieron con la cabeza.

—Algunos de nuestros amigos y vecinos se han casado gracias a ese plan, tú entre ellos.

Nathan miró a Henry Thomas, quien se había casado con Rita, y Henry no apartó la mirada.

—Creemos que esas mujeres vinieron aquí para empezar una vida nueva. Estas tierras sirven para empezar otra vida.

Nathan se acordó de lo que Paul le había contado sobre su propio padre. Había pocas personas que no tuvieran algo en su pasado que no quisieran olvidar.

—Hemos hablado con los ciudadanos, los comerciantes e, incluso, con el reverendo Kane y hemos decidido que no se volverá a mencionar el pasado de esas mujeres y su procedencia no saldrá nunca de los límites de Sweetwater. Nathan, eres nuestro candidato para ser gobernador de Wyoming.

Nathan fue mirando uno a uno y encontró aceptación y amistad.

—Gracias. La verdad es que estaba dispuesto a dedicarme a otra cosa, pero como me habéis elegido y cuento con vuestra confianza y apoyo, me

sentiré orgulloso de representar a las personas de este territorio.

Celebraron una breve reunión de trabajo en la que Nathan participó con impaciencia porque estaba deseando llegar a su casa y contarle la noticia a Elle.

Ella, vestida con una falda azul y una camisa blanca con rayas, lo recibió en el porche. Tenía los ojos azules brillantes por la expectación.

—Soy el candidato —le comunicó él.

Luego, le explicó que el consejo territorial había decidido no volver a hablar de la procedencia de ella y las demás mujeres. Sweetwater eliminaría esa información. Se aceptaría a las mujeres que habían llegado de Dodge City como a cualquier otra persona.

—Es posible que los niños se enteren algún día —replicó ella.

—Si eso pasa, entenderán que la aceptación, el perdón y el amor es una forma de vivir.

Ella lo agarró de la mano y lo llevó a un asiento de enea para dos personas que no estaba antes en el porche.

—¿De dónde ha salido? —le preguntó él.

Ella lo obligó a sentarse y se acurrucó a su lado.

—Los están llevando a tu tienda en este momento. Es toda una selección de muebles para el porche.

Él se rio. Se abrió la puerta y salió Grace con Robby de la mano.

—No llores, Robby —dijo Grace—. Mamá te dará un abrazo y un beso en el dedo.

Él levantó el dedo índice hacia Elle con lágrimas en los ojos.

—Beso...

Ella miró a Nathan sin salir de su asombro. ¡Grace había hablado a su hermano pequeño! Ella se lo sentó en el regazo y lo abrazó. Nathan se sentó a Grace en las rodillas.

—Vaya, señorita Grace. Les hablas a tus muñecas y a Robby. ¿Significa eso que vas a hablarnos a nosotros?

Ella lo miró con cierta timidez por el rabillo del ojo y asintió con la cabeza.

—¿Qué dirás cuando nos hables?

Ella se metió un dedo en la boca y se encogió de hombros.

—Es posible que pida hígado con cebolla para cenar —aventuró Elle.

Grace negó con la cabeza y un mohín de disgusto.

—Es posible que nos pida permiso para ayudar a Charlotte a limpiar las cenizas de la estufa —dijo Nathan.

Grace puso los ojos en blanco, se rio y se sacó el dedo de la boca.

—No, no pienso.

—Entonces, ¿qué dirás? —le preguntó Nathan con una sonrisa.

—Diré que quiero tocar el piano con mamá.

Nathan la abrazó y le dio un beso en la mejilla. Elle y Robby también la abrazaron. Entonces, se abrió la puerta y apareció Christopher.

—¿Por qué está todo el mundo tan contento?

—Estamos contentos de ser una familia —le contestó Nathan.

—Vamos a tocar el piano —propuso Elle con una sonrisa.

Los niños más pequeños saltaron al suelo y acompañaron a su hermano mayor hacia la puerta. Nathan agarró a Elle de la mano y la retuvo para darle un beso.

—Gracias.

—¿Por qué? —preguntó ella acariciándole la mejilla.

—Por casarte conmigo.

—Ha sido un placer, señor Lantry. Gracias por amarme.

—Eso ha sido un placer para mí.

—¿Ya estáis besándoos otra vez? —preguntó Christopher desde dentro de la casa.

La pareja entró y poco después se oyeron las impecables notas de un concierto de Bach acompañadas por una armónica desafinada y un coro de risas.



GÉNERO: Romance Histórico
Título original: *Her Wyoming man*
Editor original: Harlequin Historical, 06/2011

Editorial: Harlequín Ibérica, 12/2011
Colección: Internacional, 494